

A woman with dark hair, wearing a black leather motorcycle jacket and large hoop earrings, is shown in profile, looking down at a black handgun she is holding in her right hand. The background is a solid, vibrant blue. The lighting is dramatic, highlighting the texture of the leather and the contours of her face.

LADY SHADOW

Mar Vaquerizo

zofiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias de las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compara

Sinopsis

Nerea es coleccionista y marchante de arte, un empleo digno pero, sobre todo, legal. Es la tapadera perfecta para su otra profesión, ladrona de guante blanco y, según la policía, de las mejores que han existido.

Cuando está a punto de realizar uno de sus últimos trabajos clandestinos, Rubén, un inspector de policía con una importante investigación en marcha, irrumpe en su vida provocándole un caos personal y profesional al que no se había enfrentado nunca.

¿Serán capaces de comprenderse? ¿Podrán seguir adelante con sus carreras profesionales sin hacerse daño? ¿Atrapará el policía a la ladrona? ¿Escapará Nerea haciendo honor a su nombre de guerra?

LADY SHADOW

Mar Vaquerizo

zafiro 

Para Dani y Luis,

*mis protagonistas favoritos y la mayor historia de amor
que jamás podré contar.*

Os amo

Prólogo

—¿Nombre?

—Nerea García.

—¿Edad?

—Treinta y dos.

—¿Profesión?

—¿Qué más le da, si ya lo tiene todo en esa fichita tan mona?

Ésa era la conversación que Nerea tenía que soportar cada vez que acababa detenida.

Siempre las mismas preguntas e iguales respuestas.

Atravesó el pasillo de salida de la comisaría de la calle Leganitos, en pleno centro de Madrid, segura de que, de nuevo, no tenían nada contra ella.

Salió al exterior con la idea de parar un taxi. Se marchaba libre y sin cargos, como tantas otras veces.

Miró a ambos lados de la calle mientras se abrochaba la cazadora de cuero negro y luego sacaba su larga melena oscura del interior de la misma, dejándola caer sobre la espalda, delante de los policías que custodiaban la puerta.

Uno de ellos la miró embobado. Ella le devolvió la mirada, mostrando los ojos más azules que aquel tipo hubiese visto en su vida, provocando que abriera la boca, sin creerse lo que contemplaba.

—Ponte un babero —le sugirió con sonrisa coqueta antes de continuar en busca de su transporte.

Al darse cuenta de que no había mucho movimiento en aquella zona un martes a las dos de la madrugada, metió las manos en los bolsillos y digirió sus pies, enfundados en unas botas militares de caña alta abrochadas por encima del ajustado pantalón vaquero, hacia la Gran Vía.

¡Hombres! Daba igual que fueran polis, todos caían en sus redes. Podría desplumarlos en un minuto y no se darían cuenta.

Caminó los pocos metros que separaban la comisaría de la avenida, sin preocuparse demasiado por la detención.

No tenían nada y nunca lo tendrían. No había de qué preocuparse.

Levantó la mano nada más pisar esa calle principal, ante la inminente llegada de un taxi libre.

Estaba agotada.

En otra ocasión hubiese caminado para despejarse, pero esa noche necesitaba llegar a casa.

Capítulo 1

Nerea se levantó al día siguiente con ojeras. Seguía cansada y tenía las muñecas un poco doloridas debido a las esposas policiales.

Dejó la imagen del espejo por imposible y se dirigió a la cocina de diseño, con electrodomésticos integrados, de su amplio ático en el centro. Un café bien cargado le pareció la mejor opción en ese momento.

Arrastró los pies descalzos por el suelo de madera oscura hasta llegar al portátil, que descansaba sobre la mesa de cristal del salón. Tenía que seguir estudiando.

El café la espabiló en cuanto dio el primer sorbo, además de quemarle ligeramente la garganta a su paso. «Delicioso», pensó con una sonrisa que hubiese parado el tráfico en la Castellana.

La luz entraba por las grandes cristaleras que rodeaban medio salón de su casa; eso era lo que más le gustaba en el mundo, estar en su piso, frente a sus amplios ventanales, por los que se colaba el sol, y junto a las cosas que tanto sacrificio y riesgo le había costado conseguir.

Echó un vistazo a su alrededor.

—Perfecto —susurró fijándose bien en el sofá rojo de cinco plazas situado frente a la televisión de plasma de cincuenta pulgadas y la chimenea de gas empotrada en la pared, en la esquina de la derecha, donde había, además, un pequeño sillón.

En la zona del comedor, la mesa presidía el espacio, rodeada de varias sillas del mismo tono sangre que el sofá. Por último observó las paredes

blancas e impolutas que casi dañaban la vista por la claridad que inundaba la habitación. Estaba enamorada de su hogar. Era su refugio.

Decidió centrarse en el trabajo.

Sería pan comido. Entrar, sacar el dinero y salir. Tenía todos los datos necesarios para desplumar a aquel ricachón que se fiaba de cualquiera... o, al menos, eso parecía. Desde luego no tenía barreras con las mujeres. Había que aprovechar esa ventaja.

—Un par más como éste y lo dejo —le contó a la pantalla del portátil, que resplandecía en sus ojos azul cielo.

Cincuenta millones de euros más era la cifra a la que quería llegar, antes de decir *bye, bye* y dedicarse a la vida legal. Si los sumaba a los trescientos millones que ya abultaban su cuenta, viviría una plena y larga jubilación.

Esbozó una sonrisa por ese pensamiento y, sin más, se sumergió en la tarea, abducida por los datos.

No debería haberse arriesgado tanto acudiendo al banco el día anterior. Prácticamente lo tenía, pero, si algo iba mal en la red de la empresa, se vería obligada a ir a la sucursal antes de que fuera imposible sacar el dinero y, para tenerlo todo atado, necesitaba confirmar un par de cosas.

No era habitual que robase en España, por norma general lo hacía en el extranjero. Cuando actuaba, pasaba la pasta directamente a su cuenta en las islas Caimán y no dejaba rastro de la transferencia de capital.

Era una gran *hacker*, gracias a eso había abandonado los robos de guante blanco que realizaba con anterioridad para sobrevivir. Los que llevaba a cabo desde hacía tiempo los catalogaba como «robos al por mayor».

Ése en concreto era especial. El cabrón utilizaba su fortuna para acostarse con niñas de un máximo de dieciséis años.

Estaba deseando dejarlo sin un puñetero euro.

«Así aprenderás a no abusar de niñas, hijo de puta», pensó mirando la foto del susodicho en el ordenador.

Era ladrona, sí, pero no una ladrona cualquiera que sólo quería dinero para

vivir rodeada de lujos; eso resultaba demasiado fácil, había muchas personas a las que robar porque sí. Ella se dedicaba a desvalijar a otro tipo de sujetos, unos que utilizaban mal su capital, como aquel personaje que estaba estudiando en ese instante, quien le revolvía el estómago; también tenía como víctimas, por ejemplo, a traficantes de armas o gente que jugaba con la salud de los demás, lucrándose con falsos medicamentos que no servían para nada, y negocios sucios de esa índole.

Pero dar con el blanco adecuado no resultaba un trabajo sencillo; costaba mucho encontrar a esas personas, pues lo tenían todo tan escondido que muchas veces parecía que no existían en realidad.

Llevaba un año intentando hacerse con las cuentas de Gustavo Almeida Herreros, empresario, multimillonario, casi cincuentón y gilipollas, aparte de hijo de puta, cabrón y pederasta.

—Qué asco me das —le susurró a la foto, sintiendo un escalofrío en la espalda.

El timbre de la puerta sonó de pronto.

Eso la sorprendió.

No esperaba ninguna visita. No tenía amigos, ni socios. Trabajaba de manera individual y estaba completamente sola desde los dieciocho años. Gajes del oficio. Además, funcionaba así también en relación con sus otros negocios, pues nadie sabía dónde vivía, sólo su móvil, y hacía acto de presencia exclusivamente si era necesario.

Revisó a su alrededor, buscando cualquier cosa que quien estuviese al otro lado de la puerta no debiera ver.

Cogió la pistola que descansaba encima de la mesa y la metió dentro de un jarrón negro y enorme que había junto a la librería. No era la primera vez que la dejaba allí, resultaba un buen escondite. Tenía otra en el cajón de las mantelerías, en el que pulsando un botón oculto aparecía una bandeja supletoria en la que ocultaba otra arma exactamente igual y cuatro cargadores más.

La casa era segura, pero toda precaución era poca.

Cerró los documentos del portátil antes de bajar la pantalla del mismo.

Se acercó al videoportero para observar. Al otro lado de la puerta de la calle había dos hombres altos y corpulentos, ambos con cazadoras de cuero; uno la llevaba negra, y el otro, gris. Además, uno tenía el pelo rubio oscuro, y el otro, negro como el azabache.

Miró de nuevo el monitor del sistema de seguridad mientras arrugaba el ceño.

Apretó un botón y habló.

—¿Sí?

—Señorita García, somos policías —dijo el rubio, mostrando la placa a la cámara—. Queremos hacerle unas preguntas.

Resopló, dirigiendo la mirada hacia la puerta de su piso.

«¿Qué narices querrán ahora?», se planteó mientras abría la puerta de la calle con el pulsador y, a continuación, se calzó unas deportivas negras y fucsias que había en la entrada.

A los pocos minutos llamaron a su puerta. La abrió de tirón, para enfrentarse a ellos con su calma natural en esos casos y terminar con la inesperada visita con rapidez. Quería acabar lo que había empezado a hacer antes de su inoportuna llegada.

Los dos agentes la miraron unos segundos sin pestañear. Ella les dio tiempo a que asimilaran lo que contemplaban.

Una chica de casi un metro setenta y cinco, delgada, tonificada, pelo negro recogido en un moño mal hecho, ojos azules, labios carnosos, con el inferior sutilmente más grueso que el superior, vestida con unas mallas negras, una camiseta de algodón lila de manga larga y cuello de pico, que insinuaba sus pechos, y unas deportivas muy femeninas. Parecía recién salida de un anuncio de Adidas.

—¿En qué puedo ayudarlos? —se decidió a intervenir. Aquellos dos no parecían tener ninguna prisa.

El rubio carraspeó para aclararse la voz, mientras que el moreno clavó sus ojos verdes en el rostro de Nerea con mucha dureza.

—Queremos hacerle unas preguntas —contestó este último, como si la magia que la chica ejercía sobre el sexo opuesto, y que ella sabía que tenía, no lo afectara.

—Pasen, por favor.

Aceptó que entraran alzando la mano y señalando en dirección al salón.

El rubio parecía deseoso de ver toda la casa, como si se tratara de la visita a un museo, pero el moreno tiró de él para esperar que Nerea iniciara la marcha.

La siguieron hasta el sofá. Ésta les indicó que se sentaran. Ella se quedó de pie.

—¿Quieren un café?

No quería que se quedasen más de la cuenta, pero ser amable formaba parte de su naturaleza.

A veces pensaba que tenía algún trastorno de personalidad, pero no era cierto, simplemente había dos Nereas: la de verdad y la que timaba a todos esos indeseables. Una era la buena y la otra...

—No se moleste —contestó el moreno.

—Estaría bien —aceptó el rubio al mismo tiempo.

Se miraron contrariados, como si antes ya hubiesen hablado de lo que tenían que hacer, cómo comportarse, y uno de ellos se estuviera saltando las reglas.

Nerea los observó divertida enarcando una ceja, descifrando la conversación no verbal que mantenían aquellos dos mientras sacaba conclusiones de ambos. Desde allí tenía un buen plano.

El rubio era guapo, con los ojos marrones muy claros, el pelo corto, pero como si necesitase un buen corte, y unos buenos músculos que se le marcaban debajo de la cazadora gris. «Interesante. Qué lástima que seas poli», pensó Nerea calculando que rondaría más o menos su edad, aunque

podría pasar por tres o cuatro años más joven. Tenía ese aspecto juvenil que hace que tardes más en envejecer.

Pasó al otro hombre, el que la miraba diciendo «eres culpable y lo descubriré». De mayor altura que su compañero, uno noventa como poco, hombros más anchos, cintura estrecha y musculoso sin llegar al exceso. Lucía barba de uno o dos días y el pelo negro se le rizaba en la parte superior de la cabeza, donde lo tenía más largo, pero por el cuello lo llevaba perfectamente cortado y arreglado.

De perfil, tal como estaba en ese instante, podría parecer el nuevo modelo de Armani para su colección 2019. No pasaría desapercibido ni aunque fuese como un pordiosero. Su piel era tostada y eso lo hacía todavía más atractivo.

Se giró para mirarla y reanudar la conversación.

Ella prestó atención a esos ojos verdes que brillaban como la piedra recién pulida.

—Señorita García, sólo tenemos unos minutos y nos gustaría hacerle unas preguntas —interrumpió sus pensamientos el rubio.

—Puedo prepararle ese café mientras hablamos —sugirió cambiando la mirada de uno a otro, sin saber por qué eso le costaba tanto—. Síganme, por favor.

Sin dejarles tiempo a replicar, se encaminó hacia la cocina, haciendo que la siguieran de nuevo.

La cafetera estaba aún encendida. Sacó una taza pequeña de uno de sus muebles de diseño, la colocó en la máquina Nespresso y le ofreció al policía rubio el muestrario de cápsulas para que eligiera.

Aquel tipo enarcó las cejas y, sin tener mucha idea, optó por una muy bonita de color rosa.

Nerea la colocó en el compartimento y pulsó un botón.

—Somos los inspectores Fernando Salgado —con aspecto de estar harto de aquella amabilidad, el moreno de ojos verdes se decidió a realizar las

presentaciones, señalando primero a su compañero y luego a él mismo— y Rubén Márquez.

—Encantada —contestó Nerea, estrechándoles la mano uno a uno.

La del inspector Salgado era fuerte, pero la de Márquez era tremenda; grande, fuerte y bronceada.

Se giró para sacar la taza de la máquina y se la dio a Salgado.

Miró a Márquez, cogió el muestrario y se lo ofreció, obviando su negativa anterior. Éste eligió sin dudar un Arpeggio, que era también el favorito de Nerea, uno de los más fuertes y con una espuma tostada deliciosa.

Colocó la cápsula en la máquina, dejó la nueva taza en su sitio y puso el azucarero cuadrado de cristal y acero sobre la mesa, junto a dos cucharillas.

Después de servir a los dos policías, ella se preparó otro igual que el último; el segundo de la mañana.

Salgado los miró envidiando sus cafés, parecían sacados de una revista. Nerea le sonrió cortésmente y los invitó a regresar al salón.

A Márquez se lo veía incómodo, como si no quisiera estar allí más de la cuenta y el tiempo estipulado se estuviera acabando..., más o menos lo mismo que sentía ella, porque debía terminar el trabajo para poder pasar a otra cosa y terminar con aquello de una santa vez.

—¿Y bien? —preguntó Nerea, sentándose en la *chaise longue* mientras ellos se acomodaban al otro lado.

—Sabemos que ayer estuvo detenida en la comisaría de la calle Leganitos y que la soltaron sin cargos —comenzó a decir Márquez, no muy amigable.

—Así es. Hasta las dos de la madrugada —confirmó ella antes de dar un sorbo a su café, manteniéndole la mirada.

—Queremos hacerle las preguntas que no le hicieron ayer —continuó el policía, sin apartar sus ojos de los de la chica.

Nerea enarcó una ceja, sorprendida. Le hicieron las preguntas de siempre, los polis de siempre. ¿A qué se referían? Mantuvo la compostura intentando saborear su café, pero algo en aquel tipo se lo impedía.

—¿Y qué preguntas son ésas? —se interesó, procurando mantenerse serena para no tensar más la situación.

—¿Qué sabe y qué tiene que ver con Gustavo Almeida Herreros? —soltó el moreno peligroso a bocajarro.

Estaba acostumbrada a guardar las apariencias ante todo el mundo. No se alteraba por nada. Era la mujer más tranquila que te pudieses encontrar a ojos de los demás. Podría pasar la prueba del polígrafo sin pestañear, pero aquel hombre y sus preguntas le ponían nerviosa.

—Sólo he coincidido con el señor Almeida Herreros una vez en mi vida. Hace un mes, en una fiesta en Málaga. No lo he vuelto a ver y no hablé mucho con él —declaró calmada.

Eso era verdad, sólo lo había visto esa vez en persona y conversó lo justo con él para presentarse, camelarlo y robarle su *smartphone* para obtener la información que necesitaba.

—¿Está segura? —insistió Márquez en tono amenazador.

—Segura —corroboró, manteniéndole la mirada.

—Señorita García —intervino Salgado—, ¿sabe a qué se dedica Almeida?

Claro que sí, ¿cómo no iba a saberlo? El tipo era un pederasta que ganaba mucho dinero con especulaciones inmobiliarias, entre otras cosas, y luego se lo gastaba en comprar inocentes niñas en el extranjero para jugar con ellas. Lo sabía de sobra.

—Tengo entendido que es empresario —contestó, ocultando sus pensamientos.

—¿Sólo eso?

—Que yo sepa, sí... o en todo caso así me lo presentaron en la fiesta —respondió aparentando inocencia.

—Mire, señorita García —interrumpió Márquez—, sabemos que lo conoce mucho mejor. Tenemos fotos de esa fiesta y se los ve muy... ¿cómo decirlo?... —le costaba explicar la escena—... cercanos.

—Coqueteó conmigo si es a lo que se refiere.

Nerea se sentía incómoda con aquella mirada penetrante y dura, con una amenaza latente en su brillo. Además, ¿había hablado de fotos? ¿Qué fotos?

—Voy a serle franco —continuó Salgado, mirando de soslayo a su compañero con disgusto—: Ese hombre no es sólo un empresario; lo seguimos desde hace tiempo por evasión fiscal, blanqueo de capitales y pederastia.

Vaya, no estaba mal. Alguien más se había dado cuenta de la mierda tan grande que era aquel tipejo.

Se alegró de saberlo, pero, por otro lado, no le beneficiaba en nada que la poli anduviera detrás de él. Ése no era el momento. Tenía que robarle antes.

—Menuda pieza —dijo Nerea como si nada—. No lo sabía. Desde luego él no va contándolo.

—Sólo faltaría —susurró Márquez, negando con la cabeza.

—Siento no poder ayudarlos. No tengo información para ustedes sobre él.

Tenía que intentar que se marcharan. Quería desplumarlo antes de que fuese demasiado tarde y, como al parecer no iban a por ella, aunque aquel morenazo la mirase como si fuera una asesina en serie, deseaba seguir con su plan.

—¿A qué se dedica?

Márquez no la miraba a los ojos, aunque era él quien había preguntado. Observaba a su alrededor, como si no pudiera creer que ella tuviese todo eso.

—Soy marchante y coleccionista de arte —generalizó.

Era una verdad a medias. Ésa no era su principal fuente de ingresos, pero tampoco se trataba de una mentira. Aquel negocio le servía para dar salida a su pasión por el arte y, de paso, encubrir el dinero que llegaba a su cuenta desde las Caimán, para mantener aquel nivel de vida.

La galería existía, tenía gente trabajando allí y adquiría obras en el mercado oficial, que después subastaba o vendía. Todo era legal.

—Ya veo —susurró, mirándola fijamente—. ¿Tiene previsto volver a ver al señor Almeida?

Nerea le mantuvo la mirada unos segundos, sopesando qué respuesta darle.

—¿Qué quiere de mí, inspector Márquez? Le acabo de decir que no tengo ningún contacto con ese hombre.

—Señorita García —intervino Salgado otra vez, poniendo la mano sobre el brazo de su compañero. Necesitaba que se calmara o no iban a conseguir lo que habían ido a buscar—, pensamos que Almeida está interesado en adquirir obras de arte y, puesto que usted lo conoce, quizá pueda ayudarnos.

—No sé cómo —contestó escueta. Aquello no le gustaba nada.

No podía colaborar con la policía teniendo que arruinar todavía a un par más de aquellos indeseables y, lo peor... ¿por qué ella?, ¿por qué le pedían ayuda?

—Hemos intentado acercarnos a él y su entorno de todas las formas posibles, pero ha sido inviable. Necesitamos pruebas de alguno de los cargos que le hemos mencionado antes para poder echarle el guante y... bueno... —dudó un par de segundos, que no pasaron desapercibidos para nadie—, aunque sabemos que ha estado detenida varias veces como sospechosa por robo a gran escala y liberada sin cargos —aclaró con rapidez—, pensamos que quizá, si usted le vende alguna obra de arte y éste intenta hacer el pago de forma ilegal, podremos entrar en su casa, revisar sus pertenencias, ordenadores y bienes, para ver si nuestras sospechas se corroboran.

Nerea palideció, aunque se notó muy poco debido a su piel, ligeramente tostada todo el año. ¿Qué decía aquel agente? ¡Imposible! ¡Estaban locos!

—¿Y qué le hace pensar que quiero arriesgar mi vida de esa manera con un tipo así? —les planteó—. Porque la pondré en peligro de un modo u otro y no sé si merece la pena, por muy hijo de puta que sea ese sujeto.

Los dos polis se miraron unos segundos entre ellos ante aquellas palabras. Era una duda que Nerea tenía fervientes ganas de aclarar. Esperó paciente.

—Sabemos que ha dedicado parte de su vida a ser *hacker*. Es uno de los cargos que son ciertos, ¿verdad?

Miró al policía rubio con cara de ángel y corazón de demonio. Era el único cargo que no podía hacer desaparecer, porque realmente no existía para el resto del mundo. Cuando empezó a cometer aquellos ciberdelitos aún era menor de edad y esos expedientes, supuestamente, desaparecen cuando pasas a la franja adulta, pero por lo visto los suyos no se habían esfumado del todo.

—Además de ser una experta en armamento, defensa y todo eso que usted intenta guardar en secreto.

—¿De dónde han sacado semejante memez? —intentó negarlo.

—Mi paciencia se acaba —intervino, muy borde, Márquez—. Conocemos muchas cosas de usted, señorita García, legales e ilegales, y sabemos que puede hacer lo que le pedimos. Sólo necesitamos una respuesta.

Fernando agarró a su compañero del hombro.

A Rubén se le estaba yendo la situación de las manos. Llevaba demasiado tiempo involucrado con el caso de aquella mujer, aunque ella no lo supiera. Creía haber encontrado a la delincuente que le quitaba el sueño desde hacía años, y su actitud no ayudaba a tranquilizarlo.

—¿A cambio de qué quieren que colabore? —se enfrentó a él lo más valiente que pudo.

—Haremos que la dejen de molestar por las sospechas de robo a gran escala y nos olvidaremos del resto de virtudes que parece poseer —explicó, refiriéndose a la parte que más lo inquietaba, la de defensa y armamento.

—No me molestan. No he hecho nada —mintió.

La tensión entre el inspector y la chica era evidente, el ambiente podía cortarse con un cuchillo. Nerea deseaba que se largasen de una vez.

Salgado se dio cuenta de que con aquello no iban a llegar a ningún sitio.

—Dejaremos aquí nuestras tarjetas —ofreció deslizando sobre la mesita de cristal situada frente al sillón dos cartulinas blancas con sus nombres grabados en negro—. Esta noche estaremos en un restaurante cerca de la Torre Europa. Si se decide a colaborar, por favor, llámenos y hablaremos de los detalles cenando; por teléfono, no.

Nerea lo miró mientras las recogía.

¡En menudo lío la estaban metiendo! Aunque, por lo que podía intuir, aquel tipo de ojos verdes no le haría la vida fácil si no aceptaba.

No le quedaban muchas alternativas.

Capítulo 2

No estaba mal. No sabía con exactitud cómo debía acudir a aquella cita, pero, conociendo el lugar al que iba, no podía aparecer como si no tuviese ropa bonita que ponerse.

El vestido negro, ajustado, con tirantes anchos, escote de pico y con falda a medio muslo, era lo bastante sencillo como para no pasarse y lo suficientemente refinado como para ir arreglada.

Se puso los zapatos de salón negros con plataforma oculta en su interior para hacer el tacón de ocho centímetros más cómodo y una gabardina blanca estampada con líneas negras que imitaban el dibujo de un niño, así como dos flores rosas gigantes en la parte baja, que le daban un toque divertido al *look*.

Cogió el bolso de mano a juego con los zapatos y salió por la puerta llamando por el móvil.

La visita de aquellos dos agentes la había alterado bastante durante al menos la siguiente hora después de que se fueran de su piso.

Tuvo que sopesar la posibilidad de desplumar a Almeida y luego pensar en los polis o pensar en los polis y luego desplumar a Almeida.

Después de casi desesperarse, decidió, muy a su pesar, dejar el robo aparcado por unos días hasta que la situación se aclarase. No tenía escapatoria posible. Lo había estudiado desde todos los ángulos y no le quedaba más remedio que acudir a la cita si no quería que aquel tipo de ojos verde intenso hiciera de su vida un infierno.

No pensaba llamar a Márquez ni por todo el oro del mundo, así que contactó con Salgado, que se sorprendió al recibir la llamada, aunque fue

amable con ella. «No te queda otra, ¿verdad, capullo?», se dijo mientras caminaba hacia su coche.

Sabía perfectamente a dónde tenía que ir, pues había acudido al mismo sitio con alguna cita esporádica.

Bagaloo era un sitio original en Madrid, la comida no estaba mal y, además, tenía club en la planta baja, para tomar copas y bailar después de la cena.

Entró en su Porsche Cayman R negro y disfrutó del rugir del motor cuando lo arrancó, calmando los nervios. Sabía que era el momento más dulce de todo el día: conducir hasta el restaurante con aquella bestia entre sus manos.

Rubén y Fernando se habían vestido para la ocasión. No debían parecer policías y habían puesto mucho esmero en ello. Pasaban por ser dos amigos en plena salida nocturna de jueves por la noche, como tantos otros.

Se sentaron a la mesa más discreta que pudieron reservar, mientras esperaban a su inesperada colaboradora.

Rubén tenía claro que los ayudaría a cambio de que la policía se olvidara de ella y sus chanchullos. Se lo había dejado cristalino a Fernando, antes incluso de proponérselo en aquel espectacular ático. No se había equivocado.

—¿Estás seguro de que le he dado bien la dirección? —preguntó Fernando, algo inquieto, sin quitar ojo al pasillo que daba a la entrada.

—Sí. No te preocupes. Vendrá —respondió Rubén mientras se llevaba la botella de cerveza a la boca para luego tomar un trago.

—Es espectacular, ¿verdad? —buscó la conformidad de su compañero. Nerea lo había encandilado.

—Sí, por enésima vez —contestó Rubén, aburrido con el tema.

A los dos les había impactado aquella chica. Sabían que era guapa por lo

que habían contado los policías en la comisaría, pero sin duda creyeron que exageraban... hasta que la vieron.

Fernando se había sentido cohibido cuando Nerea le había dedicado una de sus miradas, y no digamos si le sonreía como había hecho en la cocina.

Rubén no lo expresaba; se lo había guardado dentro y no tenía intención de decir ni una palabra al respecto. Sin embargo, opinaba que «espectacular» se quedaba muy corto si te referías al aspecto físico de aquella mujer, pero su historial no le hacía ni pizca de gracia. Escondía algo, algo gordo, para saber tantas cosas de ordenadores, armas y defensa, pero no habían encontrado nada, en teoría estaba limpia. Él intuía que no era así; intuía que era *su* ladrona, esa que buscaba desde hacía años.

—Cuando todo esto termine..., estoy barajando la posibilidad de pedirle una cita. ¿Crees que aceptará? —Fernando estaba ilusionado con la idea, Rubén lo conocía muy bien.

—Lo dudo. Somos polis.

—¿Puedes ser un poco más cortarrollos? Lo digo para estar preparado —contestó Salgado, disgustado.

—Perdona... —Rubén se arrepintió de su brusco comentario—, pero esa mujer... —se detuvo un segundo para medir sus palabras— esconde algo, Fernando.

—Efectivamente, puedes ser más cortarrollos —confirmó éste, para dar luego otro trago a su cerveza.

Nerea dejó el coche en el parking reservado para clientes, justo cuando uno de los porteros se acercaba negando con el dedo que aparcara allí. Abrió la puerta y descendió muy elegante.

Aquel tipo paró su avance en seco. Nerea le sonrió coqueta y él afirmó con la cabeza, como si no tuviera posibilidad alguna de oponerse a sus deseos.

Subió la escalera consciente de las miradas que provocaba a su alrededor..., las de los hombres, con lujuria; las de las mujeres, con envidia. Las ignoró todas y, con paso decidido, se dirigió a la mesa de los policías, que estaban sentados en una esquina.

En el local sonaba de fondo *Too hot*, de Lisa Stansfield, como si fuese una ironía. A Nerea eso le hizo sonreír, pero interiormente, sin dejar que aquellos hombres que la esperaban se dieran cuenta.

—¡Dios de mi vida! —exclamó Fernando en un susurro. Debido a su posición, la vio en cuanto entró en el establecimiento.

Rubén sabía a qué se refería, no le hizo falta preguntar.

Si aquella chica ya estaba sexy con ropa deportiva, no quería ni imaginar cómo estaría vestida para cenar. Luchó por no darse la vuelta, pero su testosterona no se lo permitió.

Habría preferido no ser testigo de ese bamboleo de caderas y esas piernas exuberantes andando hacia él al ritmo de aquella insinuante canción. Se estaba alterando por mirarla apenas dos segundos.

El colmo fue cuando les dedicó una sonrisa cortés al ver cómo la observaban. ¡Y sólo era cortés!

Intentó no pensar cómo sería si le sonreía de verdad. Si eso sucediera, su mente se atrofiaría al instante.

Nerea vio cómo los ojos de Fernando se agrandaban igual que los de un niño ante los regalos de Navidad, aunque sin duda pensando en cosas no permitidas en horario infantil y que necesitarían de, al menos, dos rombos como los que ponían en la televisión cuando éramos pequeños.

Con todo, el mayor impacto no se lo provocó a Fernando, sino a Rubén.

Éste se giró con lentitud, como si su cuerpo mandase una cosa y su mente otra, y, cuando la miró, sintió que le temblaban las piernas, experimentando una inseguridad que no había sentido en la vida.

Por su parte, él la ponía nerviosa, y no sólo por su dureza al hablar y lo que seguramente opinaba de ella. Era algo físico, como si tuviera unas ganas

insufribles de que la abrazara, la besara y...

—Buenas noches —saludó Nerea, llegando a la mesa y manteniendo a raya su mente. Era lo mejor. No podía permitirse distracciones.

—Buenas noches —contestaron al unísono los dos compañeros, Fernando balbuceando y Rubén, con una lucha interna que trascendía a su mirada, causando que Nerea sintiese mucho calor.

Cuando se quitó la gabardina, pensó que los ojos de Fernando saldrían de sus cuencas y le estropearían el vestido.

Se disponía a contener una sonrisa excesiva, pero finalmente no fue necesario, pues, en cuanto miró a Rubén, percibió cómo a éste se le tensaba la mandíbula y apretaba el puño de la mano que tenía sobre la mesa, haciendo que se le helara el esbozo de sonrisa en los labios.

Se sentó, algo aturdida por los abismos verdes que la habían repasado; en realidad, como todos los presentes en aquel restaurante, pero ninguno había conseguido que la piel le ardiera como con él.

Rubén apreció la delicadeza de aquella mujer.

Podía ser una ladrona, una Lara Croft en potencia, pero eso estaba por ver. Lo que tenía claro era la elegancia, sensualidad y feminidad que desprendía por todos los átomos de su cuerpo. Le iba a hacer insufribles los próximos días. Ésa era otra certeza que no iba a desvelarle ni siquiera a Fernando.

Sintió cómo le palpitaba la entrepierna y decidió no mirar más a aquella belleza.

El camarero acudió con diligencia a tomar nota de la bebida. Muy eficiente, se marchó a por el vino blanco que pidieron.

—Está muy guapa, señorita García —comenzó la conversación Salgado—. Le agradecemos que haya venido.

—Muchas gracias. Por favor, llámame Nerea.

—Nerea... —susurró Fernando, abducido.

—¿Podemos centrarnos en pedir la comida? —preguntó Rubén, igual de borde que siempre—. Me gustaría que nos sirvieran para poder hablar

tranquilos.

Ella lo miró fijamente durante cinco segundos, con ganas de decirle cuatro cosas, pero no lo hizo. Cogió la carta con elegancia y comenzó a ojearla. Fernando le dedicó una mirada asesina a su compañero cuando se cercioró de que ella no se daría cuenta y después cogió otra carta.

Pidieron platos variados para picar y ensalada. El camarero tomó nota. Casi no hablaron hasta que les sirvió y por fin se quedaron solos.

Durante todo ese lapso de tiempo, Nerea se dedicó a concentrarse en estudiar a aquellos hombres sin que éstos se dieran cuenta de ello.

Fernando era amable y parecía confiado o, por lo menos, no era tan borde y frío como Rubén.

¿Qué le había hecho a este último? Nada. Por muchas sospechas que tuviera, no podía demostrarlas y, por otra parte, ella no había hecho ni dicho nada que le hiciera tener esa reacción.

Decidió hablar exclusivamente con Fernando e ignorar a Rubén.

Aparte de sentirse incómoda, aquel hombre hacía que le hirviera la sangre en más sentidos de los que deseaba.

Además de su forma ruda de tratarla, la miraba como si le hubiese hecho algo imperdonable y eso la inquietaba. Nunca se había sentido tan nerviosa...

Rubén intentaba no mirar a Nerea, pero su cabeza estaba dividida en dos. La parte buena le decía que se portara bien con ella, que le diera una oportunidad y, desde luego, tenía que reconocer el riesgo que iba a correr por voluntad propia si aceptaba ayudarlos, pero... la parte mala, ese diablillo rojo que le gritaba más de la cuenta, le decía que no se fiara de ella, pues pensaba que los utilizaría para su propio beneficio y después desaparecería del mapa sin poder averiguar qué había de verdad en ella. Además, el ángel le recordaba que era una mujer espectacular, inteligente, elegante, bella y dulce; el demonio, que no tenía suficiente con alimentar sus sospechas sobre ella, lo acribillaba con pensamientos lujuriosos, como si de la misma hija ninfómana de Satanás se tratara.

Intentó salir de ese círculo vicioso en el que estaba empezando a hundirse sacudiendo la cabeza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Fernando.

—Sí, sí. Sólo me duele un poco la cabeza. Estoy bien.

Nerea abrió su bolso y le tendió un Ibuprofeno. Rubén la miró con ojos asesinos, a punto de decirle que se lo tomara ella, pero lo meditó mejor y, cogiéndolo de la palma suave y cuidada, se lo agradeció con un asentimiento.

Ella no le sonrió, ni tampoco se dirigió a él, sino que continuó comiendo y hablando con Fernando, como si el otro no existiera.

Rubén sintió de pronto una punzada de envidia y... ¿celos?

No, eso era imposible... Sólo era el dolor de cabeza, que le había revuelto las tripas. Decidió no pensar en esa sensación.

—¿Qué tendría que hacer exactamente? —abordó el tema Nerea para poder salir de allí lo antes posible y evitar el escrutinio de aquel hombre.

—Propiciar que compre una obra de arte para que, con un poco de suerte, pague con dinero negro —le explicó Rubén, mirándola fijamente, aunque ella prestaba atención a su plato.

—De acuerdo. Entonces el plan es hacer que se interese por alguna de mis obras, pero... no sé cómo vamos a atraerlo hasta la galería. Él nunca ha estado allí.

—Sabrás cómo hacerlo. Estoy seguro de que no será la primera vez...

—Rubén... —susurró entre dientes su compañero, frenando sus palabras.

—No te preocupes, Fernando. No me molesta cuando los insultos proceden de gente que no tiene ni puta idea de quién y cómo soy.

Rubén se sorprendió al oír esa forma de hablar en ella por segunda vez en el día, como si fuera imposible que pudiese decir «puta idea» con aquel saber estar.

Fernando esbozó una sonrisa comprensiva y retornó al tema principal.

—Tenemos un chivatazo. Hoy estará en el club que hay en la planta baja, por eso hemos elegido este local. Tenemos planeado pasar luego por allí y

ver si es posible que provoques un primer contacto.

—¿Tan convencidos estabais de que iba a aceptar venir a la cena y, además, involucrarme en este caso? —preguntó intentando aparentar seriedad, aunque en realidad el enfado se le había pasado y se estaba divirtiendo.

—No sabíamos si vendrías, pero íbamos a vigilarlo esta noche de todas formas.

—Ya... —susurró Nerea, esperando más información.

—Se trata de que intentes acercarte a él, aunque creo que es más probable que sea al revés... —se metió Rubén en la conversación, pero de inmediato se arrepintió de esas últimas palabras. Sin embargo, como ya era demasiado tarde para desdecirse, decidió continuar sin darle mayor importancia—. Háblale de tu galería. Consigue que vaya a ver las obras. Nosotros te vigilaremos.

Nerea evitó cualquier tipo de comentario sobre la insinuación de Rubén.

Ella sabía de sobra lo que provocaba en el sexo opuesto, pero no podía evitarlo, la naturaleza había hecho magia con ella y, ¿para qué se iba a engañar?, le gustaba y lo sabía aprovechar, aunque no en el sentido en el que aquel policía creía.

—De acuerdo, bajaremos al club e intentaré conseguir un encuentro en la galería. Hay programada una exposición en tres días para captar posibles compradores, lo invitaré a venir si tengo oportunidad.

—Perfecto —asintió Fernando, contento de oír aquello.

Después de hablar sobre cómo iban a actuar en el club y a lo largo de los días siguientes, los hombres pagaron la cuenta y los tres descendieron la escalera que daba a la discoteca.

El lugar estaba medio vacío y aún tenían algo de tiempo para hablar.

Decidieron que los dos se harían pasar por colaboradores de Nerea en la galería; así podrían estar infiltrados allí, con el fin de controlar sus movimientos y protegerla.

Ella aceptó porque, una vez que había accedido a ayudarlos, no le quedaba otra, pero no le hacía ninguna gracia la idea de tener a Rubén todo el día pululando a su alrededor.

Pidieron sus copas y se acomodaron en uno de los reservados situado cerca de la mesa del DJ.

Se los veía desde todo el club y estaban convencidos de que, igual que el resto de hombres, Almeida se fijaría en ella.

Nerea se tomó un tiempo en el baño para aclarar sus pensamientos y decidió aparcar definitivamente cualquiera de sus otros planes.

No quería colaborar con la policía, podían descubrirla, pero, por otro lado, le apetecía dar su merecido a aquel tipo al que iba a desvalijar de una forma u otra.

Sonrió a la imagen del espejo y salió en dirección al reservado.

Caminando hacia los dos inspectores, los miró. Lo cierto era que no parecían policías.

Fernando era divertido, alegre, y la trataba como a una compañera nueva en la oficina. Era muy amable y se lo explicaba todo con calma para que no tuviese dudas. Estaba muy guapo con esa camisa azul celeste, vaqueros y botas tipo montaña, pulcramente cuidadas y ocultas en parte por el pantalón.

Rubén estaba tenso, los músculos se le marcaban bajo su camiseta blanca de manga corta, que resaltaba su piel morena. Sus vaqueros oscuros se ajustaban como un guante a sus piernas, dejando entrever que no tenían nada que envidiarle a las de cualquier futbolista. Sus botas militares negras, por encima de los pantalones y medio desabrochadas, le daban un aire de chico malo irresistible. «Tentador, pero muy gilipollas», se dijo mentalmente.

Los dos hombres observaron cómo se acercaba hasta el reservado, igual que el resto de los tipos del local, que la contemplaban avanzar como si no hubiese otra mujer en el mundo.

Nerea se sentó en el extremo del sofá contrario a Rubén, esperando a que llegara el personaje a quien investigaban.

Al cabo de media hora, durante la cual deseó levantarse y bailar para escapar del policía, apareció el sospechoso, acompañado de otros tres tipos más.

Con un movimiento de cabeza de Rubén, Nerea se alejó un poco de ellos para facilitar el acercamiento. Aún no la había visto.

Almeida y su séquito se acomodaron en la misma zona reservada y, como estaba previsto y era de esperar, en menos de cinco minutos estaba rodeada por aquellos cuatro recién llegados para hacerle compañía.

Capítulo 3

Rubén sintió como si le dieran un bofetón al verla alegre y distendida con aquella basura humana.

Aquel extraño sentimiento se multiplicó cuando Almeida se acercó a su cuello para susurrarle algo al oído. Creyó que el corazón se le salía del pecho y que no podría resistir las ganas de agarrarlo del pescuezo y lanzarlo contra la mesa de mezclas del DJ.

Nerea actuaba demasiado bien, ni siquiera los miraba. Parecía muy segura de lo que estaba haciendo.

—Lo va a conseguir —susurró Fernando sin quitarle el ojo de encima a la mujer.

—Lo sé..., si no lo ha logrado ya —contestó Rubén sin apartar la mirada de Nerea.

—Te preocupa, ¿verdad?

—¿De qué coño hablas? —Tensó la mandíbula mirando a su amigo.

—Te inquieta que le pase algo. No te gusta lo que ves.

Fernando lo conocía muy bien. Eran amigos desde el instituto... cuando tenían el mismo sueño, uno que habían alcanzado, y seguían viviendo juntos. Eran policías y compañeros. Sabía que a Rubén esa chica le había removido algo por dentro.

—Ese tío me da asco y no me gusta ver a mujeres a su alrededor, ya sea Nerea o cualquier otra —replicó poco convincente, aunque pretendía serlo.

—La estamos vigilando. No pasará nada.

—Ya veremos —farfulló. Aquel tipo era peligroso.

No se arrepentía de haberle pedido ayuda, pero tampoco estaba orgulloso de ello. La seguridad de Nerea era su responsabilidad y, en contra de lo que creía que sucedería, le pesaba aquella decisión.

Nerea no quería ni girarse hacia la mesa de sus protectores para no levantar sospechas. Aquellos tipos no sabían que Rubén y Fernando estaban allí, y no deseaba que una mirada a destiempo los descubriera.

Como era una mujer difícil de olvidar, Almeida la reconoció en cuanto la vio acercarse a él sonriente y enseguida acortó distancias con ella.

Ya habían entrado en el tema de la galería de arte y se dejó invitar a otra copa para cerrar el encuentro. Los que lo acompañaban eran socios y amigos, según le habían comentado. Todos intentaban coquetear con ella.

Sentía asco por los cuatro; se le estaba revolviendo el estómago y deseaba volver con aquellos policías que, en ese momento, en contra de su voluntad, le daban confianza. A pesar de que Rubén fuera un escollo insufrible, lo prefería mil veces antes que a aquel sujeto que le susurraba al oído.

Almeida recibió una llamada telefónica y, mientras la atendía alejándose de sus acompañantes, los otros tres la invitaron a bailar. Estaba deseando hacerlo un rato antes para eliminar el estrés, pero con ellos le iba a costar aparentar comodidad y diversión.

Intentó parecer lo menos sexy posible, aunque eso fuese complicado.

Take back the night, de Justin Timberlake, sonaba a todo volumen, una canción que le encantaba.

Se giró para bailar mirando en dirección a los inspectores para, con un gesto, indicarles que ya lo había conseguido, pero la expresión de Rubén, con ojos de fuego y cara de querer matar a aquellos tipos con sus propias manos, la descolocó, distrayéndose de su cometido.

Fernando se dio cuenta de aquella mirada entre su amigo y ella y decidió intervenir con un movimiento disimulado de la mano que dio pie a que Nerea reaccionara a tiempo para levantar el pulgar y seguir bailando como si nada hubiese sucedido.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo, Rubén? —Fernando estaba enfadado por las reacciones descontroladas y fuera de lo normal de su amigo. No entendía qué le pasaba.

—Nada.

Su cuello estaba tenso; los puños, cerrados con fuerza; los brazos, hinchados igual que si acabara de hacer pesas por la rigidez de los músculos, y la expresión de su rostro delataba su actitud... como si quisiera marcar territorio alrededor de Nerea.

Fernando sabía que «nada» no era precisamente lo que le pasaba, más bien diría que tenía su mundo patas arriba en ese instante.

—Rubén... Nerea te...

—Ni se te ocurra siquiera pensar que me gusta —lo amenazó, enfrentándose a él acabando la frase—. Ya te he dicho antes que ese malnacido me da asco.

Fernando calló para evitar montar un numerito en pleno operativo de vigilancia y protección.

Suspiró negando con la cabeza y resolvió no volver a sacar el tema, pero sin duda no lo engañaba. Si no quería hablar de ello, lo respetaba. Peor para él.

De repente le quedó claro que, la posibilidad de pedirle una cita a la chica cuando todo aquello acabara, no resultaba muy buena idea. Maldijo por eso a todo lo que se le pasó por la cabeza, pues mujeres como ella, ladrona o no, eran difíciles de encontrar.

Nerea observaba discretamente la reacción de los policías. Esperaba que lo que veía no fuese una discusión y que, debido a ésta, se olvidaran de ella.

Tenía que hablar con Fernando para contarle lo que había acordado con Almeida y saber si eso era suficiente. No tenía forma de comunicarse con él a no ser que hicieran lo pactado: marcharse al baño del otro extremo del local; él la esperaría en la puerta del mismo cuando ella saliese, para poder hablar si era seguro.

Se aproximó al sofá, excusándose antes con aquellos hombres, agarró el bolso con fuerza y caminó con tranquilidad en dirección al baño sin mirar a sus guardianes.

—Ahora vengo —dijo Fernando, a punto de levantarse para ir a buscarla.

Rubén le apretó un brazo mientras negaba con la cabeza, dejó la copa en la mesa y se levantó sin darle tiempo a protestar.

Fernando cerró los ojos, pensando en la que se podía formar si a Rubén se le cruzaban los cables con ella.

Suspiró enérgicamente y su cuerpo se tensó intentando no mirar cómo se alejaba.

Por suerte una chica rubia y muy alegre se acercó a conversar con él. No era el momento, pero tampoco hubiese sido cortés echarla. Además, ese hecho le servía para continuar con la pantomima. Sonrió a la mujer con otro talante y comenzó a charlar con ella, aunque sin olvidar dónde había ido Rubén.

Nerea entró en el baño y luego en uno de los cubículos y cerró el pestillo.

Aquellos tipos le daban ganas de vomitar y no soportaba que le tocaran la cintura, rozaran su mejilla al hablarle al oído o tuviera que sonreírles como si todos fueran maravillosos. «Unos maravillosos desgraciados, eso es lo que sois... ¡Escoria humana!», gritó mentalmente.

Respiró hondo varias veces antes de abrir la puerta y salir para arreglarse un poco e intentar templar los nervios. Esperaba que Fernando la estuviera esperando fuera y pudieran hablar.

Salió del baño más tranquila, enfiló el pasillo y... toda esa calma se esfumó.

Rubén la esperaba apoyado en la pared, cortándole el paso. Prácticamente tropezó con su pecho al girarse.

Cogió aire con tanto ímpetu al toparse con él que el jadeo se oyó por encima de la sensual canción de Bonobo, *Eyesdown*. El corazón comenzó a latirle con fuerza, y las manos, a temblarle.

Rubén había esperado lo más paciente que había podido a que Nerea saliera del baño. Cuando ya se estaba planteando entrar a por ella y sacarla de una bendita vez, ésta apareció sin previo aviso, quedando a un palmo escaso de su cuerpo.

Apreció el perfume con aroma a flores y primavera que llevaba. Se sobresaltó al ver que, con tacones, sus bocas quedaban muy cerca. Si se ponía de puntillas o él bajaba ligeramente la cabeza, encajarían a la perfección.

Tenía que apartar todo aquel lío de su mente. Estaba allí para hablar con ella del caso y ver qué quería.

Con rapidez, agarró su mano y la llevó a un cuarto en cuya puerta había un cartel donde se leía «Almacén».

Entraron apresuradamente; Rubén vigiló que nadie los viera acceder y cerró la puerta a su paso, apoyándose luego en ésta.

—¿Qué pasa? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho.

Nerea odiaba que le hablara así, tan borde, tan seguro de ser el poseedor de la verdad absoluta, como si ella mereciera el peor castigo del mundo.

Era cierto que sus sospechas daban en el clavo, pero ciertamente no tenía nada sólido y ya se estaba cansando de aguantarlo.

—¿Por qué no ha venido Fernando? Prefiero hablar con él.

—Porque no. He venido yo y es lo que hay. ¿Qué pasa? —insistió.

Nerea deseó tener a mano una de sus pistolas para poder pegarle un tiro en los huevos y bajarle ese ego, pero no era así, pues estaban bien guardaditas hasta que todo se aclarase, aunque estaba empezando a arrepentirse de esa decisión.

—Mira, imbécil, o empiezas a tratarme con respeto y hablarme bien o lo dejo y os quedáis con el culo al aire. Ya me estoy cansando de tus malas maneras.

Rubén enarcó una ceja al oír cómo se enfrentaba a él. No lo esperaba tan pronto, pero sabía que sucedería tarde o temprano, porque era una mujer

fuerte y con carácter. Estaba muy guapa enfadada, con esos ojos azules tornándose tormenta y frunciendo los labios por la rabia.

De forma inesperada, lo invadió el deseo de besarla.

—Si necesitas algo, estoy esperando a que me lo comuniquen. Si no, será mejor largarnos y volver a nuestros puestos o se estropeará todo —insistió, aunque intentó no ser tan duro esta vez.

—Ya he concertado la cita —contestó Nerea para perderlo de vista lo antes posible—. Irá a la fiesta de la galería con sus acompañantes de esta noche. Está interesado en varios cuadros de diferentes estilos y épocas, aunque no hay nada definido... Aún no sabe con certeza lo que quiere. Algunas de las que ha mencionado las tengo en propiedad, otras en venta y otras podría conseguir las, pero no en sólo tres días... No sé si será posible satisfacerlo.

Estaba preocupada. En cuanto a la primera opción, Nerea no quería vender ninguno de sus lienzos, sobre todo el Picasso, y Almeida tenía los mismos gustos que ella en lo que a arte se refería, aunque ese detalle preferiría no haberlo descubierto. Respecto a lo que tenía expuesto en la galería, sin duda sería un buen negocio cerrar alguna venta... y sobre lo que podría conseguir... Bueno, ya lo había hecho antes. Había robado obras a coleccionistas y las había colocado en el mercado negro, incluso a museos, pero en ese momento no era apropiado proceder de ese modo, y además no se lo podía contar así a Rubén.

—Pero irá a la fiesta, ¿verdad? —preguntó sin darle importancia al problema de las obras, que para ella era grave.

—Sí, pero no va a ser tan fácil. Una de las piezas en la que tiene especial interés es un Renoir muy difícil de adquirir, y menos en tan poco tiempo. No sería una venta directa mía, sino una intermediación entre los interesados, y no sé si servirá para lo que necesitáis. Esa pintura está cedida a un museo mientras se vende, algo que complica las cosas. Quiere información sobre todo esto para la fiesta.

Rubén se percató de que se lo tomaba en serio; se daba cuenta de los problemas que podían acarrear las decisiones y los actos. Pensaba como ellos o, al menos, de manera muy parecida.

—No estoy seguro de si esto es lícito... —confesó sincero, tratándola bien por primera vez—. ¿Tú puedes hacer eso? ¿Puedes facilitar la compraventa?

—Sí, puedo negociarlo si las dos partes están de acuerdo con la transacción, pero no sabré todos los datos. Una vez que lleguen a un acuerdo, quedará todo en manos de sus abogados y tesoreros.

—¡Joder! —exclamó Rubén, pasándose una mano por el pelo—. ¿Y qué más hay? ¿Tenemos algo más con que jugar?

Nerea sopesó la idea de *jugarse*, como había dicho él, el Picasso. Almeida estaba muy interesado en él, pero la chica no quería venderlo. Fue su primera adquisición legal y significaba mucho para ella.

—Hay un Picasso... —susurró sin tenerlo claro.

—Pues adelante con el Picasso. Necesitamos algo que nos dé lo que necesitamos —propuso con media sonrisa que no pretendía esbozar, pero parecía que se entendían por primera vez y estaba más tranquilo. Ese gesto le había salido solo.

—Es mío —contestó escueta.

—¿Qué? —No entendía qué quería decir aquella mujer que de repente le transmitía pena.

—El Picasso es mío. Lo tengo en propiedad y no está en venta.

—Tienes mucho dinero, podrás comprarte otro.

El policía no le estaba dando ninguna importancia al hecho de que se desprendiera de aquel cuadro. Tenía un valor incalculable en el mercado, pero mucho más para ella. Estaba claro que no entendía de arte.

Se trataba de *Maternidad*, de 1901, una imagen perteneciente a la etapa artística del pintor a la que denominaron época azul. Era un cuadro que a Nerea le evocaba que alguna vez tuvo una madre, y que quizá fue igual de guapa que la de la imagen y tal vez la amamantó con tanto cariño...

No la recordaba. Había pasado toda su infancia en un centro de acogida hasta que, al alcanzar la mayoría de edad, no la dejaron vivir más allí y tuvo que buscarse la vida...

Le contaron que su madre la cuidó hasta que ya no pudo hacerlo... y entonces acudió al centro, desesperada, para dejar a su pequeña en buenas manos, atendida, pero nadie le supo explicar por qué desapareció. Nunca más tuvo noticias... Llevaba años tras ella, pero no había sido capaz de encontrar nada... Quizá estuviese viva, pero ¿dónde buscar?, ¿por quién preguntar?

Quería ese cuadro para que algún día sus hijos, porque quería tenerlos, lo mirasen y pensaran en ella como Nerea hacía con su madre, con infinito amor, a pesar de todo. Le había dado la vida, eso era más que suficiente.

Rubén se dio cuenta demasiado tarde de la importancia que tenía para ella esa pintura. Sus ojos pasaron de la tormenta a la pena, haciendo que se conmoviera de verdad. ¿Por qué? ¿Por qué parecía dolerle tanto deshacerse de él?

Se percató de que no sabía nada de ella en realidad, nada anterior a su mayoría de edad que no fuesen delitos, el centro de acogida, alguna temporada en correccionales, aunque habían sido escasas...

La ficha estaba llena de muchos espacios en blanco, períodos de tiempo vacíos, como si hubiese dejado de existir... Era posible que ni siquiera se llamase Nerea García.

—No tengo intención de vender ese cuadro a nadie jamás, mucho menos a ese malnacido. Él no tiene ni idea de lo que significa esa imagen. No respeta lo que representa. No le voy a dar ninguna posibilidad de fantasear mirándola.

Lo soltó todo de tirón y con furia, acercándose a la puerta para intentar salir de allí sin dudar un segundo.

—Lo siento —se disculpó el inspector, aturdido por la reacción, cogiéndola suavemente por el brazo para frenar la huida—. No pretendía... —

Iba a decir «hacerte daño», pero no fue capaz de acabar la frase—. Pensaremos otra cosa.

En cuanto sintió el contacto de la piel con la suya, Nerea se vino abajo.

Su dura realidad era que nadie la había querido nunca, porque, aunque la mujer que le dio la vida lo hiciera, no lo recordaba. Todo habían sido gritos, desprecios y órdenes, él incluido, y le gustaba soñar que algún día podría ser la mujer del cuadro..., dar el amor que tenía dentro a una personita igual de pequeña que la que sostenía la madre en sus brazos.

—No importa. Me las arreglaré —contestó aguantando el nudo de la garganta, pero sin poder controlar que una lágrima cayera por su mejilla.

Rubén la vio deslizarse por su rostro y se maldijo por no haber tenido la boca cerrada.

Tenía que medir sus palabras. Todo eran sospechas y elucubraciones, nada real de verdad, y se estaba dejando llevar por esa parte que creía fervientemente en ello, aun contradiciendo la base de su trabajo: las pruebas, y no las tenía.

El policía alargó la otra mano para secar la gota que se había frenado en la comisura del labio superior de la chica, como si ella lo hubiese ordenado así. Su piel era tan suave que le pareció terciopelo en sus fuertes dedos. Deseó abrazarla y acariciarla con más intimidad.

Nerea sintió un escalofrío justo donde él la tocó y cómo éste se expandía por todo su cuerpo. Cerró los ojos para contener esa sensación, pero le resultó imposible, pues abarcó cada rincón de su anatomía sin compasión.

Abrió los ojos.

Lo miró confundida.

Ese hombre la estaba volviendo loca. Le mantuvo la mirada sin comprender por qué cambiaba su forma de actuar y, sobre todo, cómo la observaba. Había ternura en aquellos ojos.

—Debo volver —susurró ella, intentando recomponerse—, ya me he ausentado demasiado rato. No podemos perder la oportunidad.

Rubén asintió, soltando su brazo a la vez que alejaba la mano de la mejilla a regañadientes. Tenía razón, no podían levantar sospechas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó no muy seguro de que así fuera.

—Sí. Enseguida se me pasa.

—Lo siento, Nerea. Desconozco lo que significa ese cuadro para ti y evidentemente no he imaginado que pudiera ser tan importante —intentó explicarse, disculparse—. No tienes por qué venderlo.

—No te preocupes, Rubén. No pienso hacerlo. Se me ocurrirá algo. Como has dicho, jugaré con las posibilidades.

Sin darle oportunidad a nada más, tiró del pomo haciendo que se apartara de la puerta para dejarla salir.

No rechistó, la dejó ir, esperó dos segundos y salió detrás.

Observó cómo ella iba recuperándose poco a poco de las emociones que había experimentado con él tras aquella puerta, hasta que la vio llegar junto a Almeida y pudo ver cómo se convertía en otra mujer, una muy diferente.

No le quedó más remedio que admirar lo que era capaz de hacer.

Aquello era relativamente fácil para dos policías con muchas tablas en esos asuntos, o al menos eso creía él, pero ella..., ella lo hacía demasiado bien para ser la primera vez.

Capítulo 4

Nerea aparcaba su coche en el garaje de la galería a las doce del mediodía. Había hecho una señal al Qashqai negro de los inspectores para que la siguieran.

—Quiero conducir esa maravilla —murmuró Fernando, admirando el Porsche de Nerea—. ¿Crees que me dejará dar una vuelta en él?

—Pareces un crío de diez años, Fer. A veces me dan ganas de partirte la cara —susurró Rubén, guardándose para sí su opinión sobre aquel cochazo y su conductora.

El aludido dio un puñetazo en el hombro del moreno borde, mientras éste estacionaba el vehículo junto al de Nerea en aquel parking privado.

La galería estaba ubicada en la calle Claudio Coello, en pleno centro de Madrid. No era una zona muy buena para aparcar, por lo que Nerea había adquirido un local contiguo a la galería y lo había acondicionado como garaje. Otros tres coches más lo ocupaban, pero quedaba sitio para otros cuatro por lo menos. Le venía muy bien para que sus clientes tuviesen privacidad absoluta, así como la comodidad que suponía para todos.

El tema *Unforgiven II*, de Metallica, que se escuchaba en su Porsche, los desconcertó más todavía a ambos.

Nerea bajó del vehículo segundos antes que ellos.

Sabía que ambos la observaban, pero el que la trastocaba de verdad era Rubén.

Tenía una sensación extraña cuando pensaba en él desde lo sucedido a la salida del baño. Seguía sin aguantar sus formas, pero, horas antes, había sido

cariñoso y ella había sentido algo de lo que no estaba segura, a lo que no quería poner nombre. Tenía sentimientos encontrados...

Prefería no darle demasiadas vueltas a eso. Se concentró en la realidad. Todo acabaría en unos días y no lo volvería a ver nunca más. Era lo mejor para su paz mental, y sobre todo para su estabilidad emocional, esa que tanto esfuerzo le costaba mantener.

Rubén observó cómo se movía aquella mujer. Le empezaba a asustar lo que era capaz de pensar e imaginar en un minuto cuando la miraba.

Llevaba una falda lápiz hasta debajo de la rodilla y una blusa blanca sin mangas por dentro de la cinturilla de la falda. Los zapatos eran negros, con una curva en el empeine que le hacía el pie más sexy.

Soltó el aire de golpe. Todo eso no cuadraba, en su obcecada mente, con la música que había apagado del equipo de música del Porsche antes de descender del mismo.

Decidió salir del automóvil cuando ella se estaba colocando una chaqueta negra entallada para completar el traje.

Fernando, ya fuera del coche, carraspeó junto a la ventanilla de su amigo con media sonrisa. Podía negar todo lo que le diera la gana, pero ocultar que le gustaba le resultaba imposible.

Rubén ignoró el gesto y salió como si nada.

—Buenos días —saludó ella tan cortés como siempre.

—Buenos días, Nerea —contestó Fernando, encandilado. Rubén la saludó con un gesto de cabeza.

—Vamos dentro. Os presentaré al resto del equipo y podréis familiarizaros con la galería de cara a la fiesta.

Los hombres asintieron y, como si se hubiesen puesto de acuerdo, la dejaron caminar delante de ellos.

Rubén le dio un suave capón a Fernando para llamarle la atención al ver cómo la escaneaba, que éste aguantó sin emitir ningún sonido para no delatarse.

El lugar era amplio, luminoso, y olía a flores y frutos rojos.

Como les había comentado, Nerea no estaba sola, había otras tres personas más: Esmeralda, Mercedes y Julián. Éstos se ocupaban de gestionar la oficina, enseñar las obras a los posibles compradores y atender a todo lo necesario para que el negocio funcionara. Ella se encargaba de supervisarlos desde allí o, mayoritariamente, en la distancia.

Nerea presentó a los dos hombres como sus colaboradores. Les explicó a sus empleados que estaban interesados en abrir una galería en Barcelona y que querían saber cómo funcionaba la suya, su forma de trabajar...

La creyeron a pies juntillas, los acogieron con cariño y prometieron ayudarlos en todo lo que estuviese en su mano.

Después de las presentaciones, Nerea se los llevó a su despacho personal para poder hablar de lo que en realidad tenían que hacer.

Cuando salieron de la discoteca la noche anterior, no había querido entrar en más detalles de los que ya le había explicado a Rubén. Se despidió de Almeida y compañía sin hacer gesto alguno hacia ellos. En cuanto la vieron desaparecer entre la multitud, la siguieron al exterior, pero sólo llegaron a tiempo de ver cómo arrancaba el coche en la puerta y se marchaba.

—Anoche salimos a buscarte cuando te fuiste, ¿no nos viste? —preguntó Fernando con la tranquilidad con la que le hablaba siempre.

Los había visto, sobre todo la cara preocupada y culpable de Rubén, pero no tuvo ganas de hablar con ellos.

—Siento haberme marchado sin avisar, pero estaba agotada y necesitaba meditar y dormir —se disculpó.

—No te preocupes —continuó el rubio, esbozando media sonrisa amistosa —, lo hiciste muy bien.

—Aún no lo sabemos —contestó ella con la misma expresión. Le estaba cogiendo cariño a Fernando.

—Entonces... ¿Has pensado con qué podemos jugar? —preguntó Rubén, calmado y con buenos modales.

Nerea lo miró asombrada por el cambio de actitud. Se había arrepentido de mostrarse débil delante de él. Había pasado casi media noche dándole vueltas a qué era lo que había pasado y por qué... En ese momento, le sorprendió encontrarse con ese buen talante.

—Lo del Renoir es una opción que no nos beneficia en absoluto a la hora de pillarlo. Si se decanta por esa obra, no sabremos nunca cómo acaba la compraventa y no tendremos pruebas para cogerlo.

—Estoy de acuerdo —afirmó Rubén.

Cuanto más hablaba, menos comprendía Nerea a aquel hombre. ¡Estaba de acuerdo! Eso sí que era un logro...

—El Picasso... —intentó continuar.

—Del Picasso, olvídalo —atajó, sorprendiéndola de nuevo, haciendo que perdiera la concentración—. Es tuyo y no tienes por qué venderlo.

—Lo dejaremos como última opción, ¿de acuerdo? —propuso asimilando aún la actitud del policía.

—Como última opción —confirmó él, manteniéndole la mirada.

Fernando no entendía nada. ¿Qué narices había ocurrido? Rubén le contó lo que habían hablado la noche anterior respecto a las opciones de los cuadros, pero era obvio que no todo.

—Aquí tengo un Degas que también puede interesarle. Quizá sea lo más aproximado que tengo a lo que quiere comprar.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Rubén.

—Se trata de la pieza *La clase de danza*, de 1873. Muestra a un grupo de bailarinas en una clase de ballet.

El inspector se sorprendió al escucharlo.

¿Bailarinas? Imaginaba que se decantaría por otro tipo de cuadros, no por bailarinas.

—¿Por qué estás tan segura? —insistió Fernando.

—En el Picasso se ve a una mujer joven, con el torso desnudo, dando de mamar a un bebé —explicó alternando la mirada entre los dos—. En el

Degas, niñas bailando con tutús y el Renoir se titula *Muchachas al piano*; son dos niñas tocando ese instrumento... —Guardó silencio un par de segundos, como si quisiera confirmar lo que acababa de decir en voz alta—. Todo el arte que le interesa plasma niñas.

Los dos policías la contemplaron abducidos por la explicación de lo que había deducido en cuanto aquel impresentable le mencionó las obras que buscaba. La pederastia era un cargo del que no lo querían librar y quizá eso fuese una conexión.

Rubén sintió vergüenza ajena de lo que aquel hombre hacía.

Quedó de inmediato convencido de que sus investigaciones habían sido las correctas. La conclusión a la que había llegado Nerea se lo acababa de confirmar. No soportaba recordar la forma en que la tocaba y hablaba con ella la noche anterior. El estómago se le revolvía.

—Este tío es un degenerado —sentenció Fernando—. Muy buen trabajo, Nerea. Lo intentaremos con el Degas, si te parece bien.

—Creo que es la mejor opción que tenemos —confirmó segura—. La transacción la haríamos personalmente desde aquí y tendríamos acceso a todo lo que nos tiene que facilitar para cerrar la operación.

Rubén sonrió por primera vez desde que se habían conocido. Lo que más lo sorprendió es que no fuese sólo de alegría por la posibilidad de echarle el guante a Almeida, sino porque también sentía admiración por aquella mujer que se lo iba a servir en bandeja.

Nerea vio toda la transformación de aquel rostro como a cámara lenta... Cómo se curvaban los labios hacia arriba, cómo le chispeaban los ojos y cómo le llegaba la sonrisa hasta allí. Sintió que no podía respirar e intentó centrarse en lo que debía, como un millón de veces en otras ocasiones. Cogió aire.

—He pensado en modificar la colocación de la obra y dejarla sola en una estancia, para que Almeida pueda apreciarla en privado aunque esté en la

fiesta. Tal vez allí sea más fácil saber por dónde respira respecto a la compra e incluso hablar de una primera oferta.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Fernando, sorprendido por lo sencillo que lo planteaba, teniendo en cuenta el valor de ese tipo de obras, que debían ser tratadas con sumo cuidado, y su conservación y protección.

—En realidad no debería hacerlo, pero todavía quedan dos días, así que ahora mismo llamaré al equipo adecuado para ello. Todo estará listo para la fiesta.

—Eso supondrá un gasto para ti que no tienes por qué realizar —pensó Rubén en voz alta.

—Lo sé —confirmó Nerea—, pero, si sirve para algo, será un dinero bien invertido.

Era obvio que no les podía decir que iba a recuperarlo con creces en cuanto le robara a ese sujeto lo que tenía planeado.

Alguien llamó a la puerta. Nerea dio su permiso para que accedieran al despacho y Julián entró con unos documentos en la mano.

Rubén lo observó. Era un tipo normal a sus ojos, pero estaba seguro de que llamaba la atención entre las mujeres. Vestía de forma elegante y clásica. Era moreno como él, con ojos marrones, complexión normal y una sonrisa dedicada a Nerea que no le gustó nada.

Ella también le sonreía mientras alzaba la mano para recoger los papeles.

—Son los datos de la adquisición del Monet.

Rubén se percató de cómo relampagueaban los ojos de Nerea y, sobre todo, de la sonrisa tan especial que esbozó cogiendo la carpeta.

«Quiero que me sonrías así.»

Ese pensamiento le hizo quedarse sin respiración. ¿Qué le estaba pasando? Y, además, ahí estaba la punzada de celos por la duda que lo atenazaba. ¿Era por el cuadro o por el hombre que también sonreía delante de sus narices?

—¿Por fin? —preguntó aquella mujer que de repente no le parecía tan mala ni tan fría.

—Es prácticamente tuyo, Nere.

¿Nere? Era obvio que tenían confianza, al menos en el ámbito laboral. ¿Llegaría más lejos? Decidió no pensar en eso y mantener la concentración.

—Gracias, Julián. Luego hablamos.

—Enhorabuena, preciosa —la felicitó éste antes de darse la vuelta y desaparecer.

¿Preciosa? Le disgustó oír que otro hombre le dijera aquello. Se removió en la silla, aunque luchó por no hacerlo.

—Gracias, cielo.

¿Cielo? Apretó los puños unos segundos, hasta que su compañero lo miró negando con la cabeza. No podía creer lo que veía. Podía no ponerle nombre si no quería, pero era obvio.

—¿Es importante? —preguntó Fernando para entretener a su amigo y que éste se recompusiera de lo que fuese que le sucedía.

—Es uno de los cuadros de nenúfares de Monet para mi colección particular.

Rubén comenzó a entender la pasión de aquella mujer por la pintura. Oírla hablar de aquellos cuadros era hipnótico y, a su pesar, le encantaba. No podía ser la persona que él había supuesto si tenía esa sensibilidad para el arte. No podía ser las dos cosas. Sus pensamientos hacia lo que creía que era cambiaban tan rápido con sus actos que ya no sabía qué opinar.

—Llevo años detrás de uno de ellos y por fin lo he conseguido —terminó de explicar, con los ojos humedecidos.

—¿Qué tiene de especial? —preguntó Rubén. Quería averiguar qué experimentaba cuando miraba ese cuadro. ¿Lo sentiría por una persona? El sentimiento parecía profundo.

—Los colores, la delicadeza de los trazos en las formas, la viveza que las pinceladas le dan al agua... te provocan ganas de bañarte entre esos nenúfares, y me transmite paz.

Fernando escuchó obnubilado cómo hablaba de ese óleo. Era una belleza

físicamente hablando, pero también como profesional. Tenía una inteligencia, un saber estar y una cultura envidiables.

Rubén sintió cómo las palabras de Nerea le provocaban ganas de ver el cuadro en ese instante para comprobarlo.

Como si le estuviese leyendo la mente, deslizó una lámina de la carpeta que sostenía, mostrándole una réplica.

Comprobó que tenía razón en todo. Sentía algo similar a lo que ella había descrito al observar la imagen, y se sorprendió.

Nunca había visto el arte de ese modo. Debía de ser una auténtica experiencia ir con ella como guía a cualquier museo. Quizá, cuando todo terminase, tuviese esa oportunidad.

Los siguientes días fueron única y exclusivamente dedicados a la reunión que tendría lugar en la galería.

Fernando y Rubén descubrieron que Nerea era una mujer meticulosa, detallista y muy entregada a su trabajo.

Sin pretenderlo, estaban aprendiendo muchísimas cosas sobre arte y el mundo de los marchantes y coleccionistas. Ella se lo explicaba todo minuciosamente y con paciencia, sin importarle que el tema principal por el que estaban allí no fuese el arte en sí.

—Habría sido una excelente profesora de primaria o infantil. Tiene una paciencia infinita y los niños la adorarían.

Fernando hizo ese comentario mientras abandonaba la galería junto a su compañero para ir a arreglarse a casa para la fiesta.

Rubén sonrió a su amigo. Imaginaba otra escena.

—Creo que lo haría mejor en el instituto. No faltaría ni un solo chico a clase.

Fernando se carcajeó. Estaba convencido de que sería así.

Nerea aparcó el deportivo en el garaje privado de su domicilio para subir a prepararse para el evento. Eran las cinco y la recepción tendría lugar a las ocho. Quedaban tres largas horas, pero pretendía estar en la galería a las siete. No quería dejar nada al azar y, por lo que le habían dicho sus nuevos acompañantes habituales, ellos tampoco.

Decidió darse un baño relajante en el *jacuzzi* antes de retomar las prisas y el estrés. Desde hacía días estaba muy nerviosa y preocupada. Le vendría bien sumergirse entre burbujas.

Entró en la gran bañera y se acomodó, disfrutando del momento y de la música.

Había colocado su iPod en la base que tenía en el gigantesco baño. Observó la estancia un instante y por primera vez le pareció demasiado grande para ella sola.

Cerró los ojos para sumergirse en la sensual música de *Last time*, de Trey Songz, intentando dejar la mente en blanco.

La primera imagen que le vino a la cabeza con aquella melodía fue la de Rubén en el pasillo de la discoteca días atrás.

Expulsó el aire con furia. Aquel momento no estaba siendo lo relajante que ella deseaba, pues el corazón se le aceleraba como la moto de Valentino Rossi en la recta del circuito de Mugello, con los *tifossi* gritando cuando él estaba cerca ya fuera física o mentalmente.

Ese hombre era desconcertante.

Después de aquella noche en el club, todo había cambiado. Seguía mirándola con recelo, pero al menos la forma de tratarla se había tornado amable e incluso, a veces, cariñosa.

Había pillado a Fernando haciendo gestos de incredulidad en alguna ocasión al ver cómo se comportaba su amigo con ella después de aquel

episodio en el almacén; Nerea sospechaba que, en ese sitio, tanto ella como Rubén habían dejado ver una parte de ellos que desconcertó al otro.

Además estaba la parte emocional... En algún momento tenía que pensar en ello. El problema era que no sabía si estaba preparada para enfrentarse a la realidad.

Jamás había estado enamorada de nadie; encariñado, puede, pero ¿enamorado? Nunca.

No se lo podía permitir. Era peligroso.

En su caso, tener una persona con la que compartir la vida resultaría arriesgado para ambos.

En alguna ocasión había salido con hombres durante una temporada, pero, en cuanto la cosa se había puesto seria, había desaparecido sin mirar atrás.

También había pasado por relaciones esporádicas, para eso no tenía ningún problema; sin embargo, no deseaba repetir la experiencia, le parecía frío y carente de sentido en la mayoría de las ocasiones.

Algunas personas considerarían que poseía un corazón de hielo; no podrían estar más equivocadas. Cuando huía de los hombres y desaparecía era porque le importaban de verdad y no quería sufrir... ni tampoco que lo hicieran ellos, porque se esfumaría de todas formas.

Con Rubén no sentía lo habitual cuando un hombre la atraía.

Físicamente era un escándalo, eso era obvio y veía lo que provocaba en otras mujeres. Por ejemplo, Merche y Esmeralda estaban como locas con él... y no podía culparlas, pues una sonrisa de ese adonis paraba el tiempo a su alrededor, pero se sentía mal cuando lo veía galante y distendido con ellas. ¿Por qué? Estaba claro que sabía cosas de ella, cosas que siempre había ocultado a todos o, si no las sabía, al menos las sospechaba... y eso era un problema, uno muy grande que se podía hacer aún mucho mayor.

También empezaba a pensar que, saber que él podía llegar a conocerla de verdad, resultaba una liberación. Podía decirse que eran iguales, pues corrían

riesgos similares y tenían trabajos equiparables, aunque cada uno a un lado de la línea legal...

Con todo, el tema no era ése. El problema era que aquel hombre le provocaba sensaciones y pensamientos que jamás había tenido ni sentido.

Era como un imán gigante para ella y necesitaba alejarse de él antes de que fuera demasiado tarde.

Cansada de estar en remojo sin ordenar absolutamente nada de su presente, salió del *jacuzzi* para centrarse en el futuro inmediato. Esa noche era importante, tenía que cerrar una primera oferta con Almeida.

El destino era caprichoso. Al final era posible que obtuviera todos los datos para los que había trabajado tanto el último año gracias a una transacción en su galería. ¡De locos!

Decidió no darle más vueltas a las cosas y dejarlas reposar. Iría poco a poco, atenta a los movimientos de su alrededor, y encontraría el momento adecuado para hacer lo que tenía que hacer.

Rubén salió de la ducha con la cabeza hecha un lío. Los últimos días en la galería le habían mostrado a una Nerea totalmente diferente a lo que él esperaba.

Su idea preconcebida antes de conocerla en persona no lo abandonaba. Tenía una corazonada que no cesaba de hacer saltar todas las alarmas, pero luego la oía hablar, la veía trabajar en la galería, y todo eso caía como un castillo de naipes, para volver a empezar en cuanto regresaba a casa.

También estaba la parte de su colaboración. Esa mujer lo tenía descolocado. Era discreta, muy intuitiva e inteligente; resolutiva al máximo. Siempre encontraba lo que necesitaban.

Una poli como ella sería bestial y, si encima era cierto todo lo que creía saber de su historial, no quería ni imaginar hasta dónde podrían llegar.

Estaba claro que su cuerpo reaccionaba por libre cuando pensaba en ella o estaban juntos. Sentía celos, envidia, a veces la necesidad de besarla o abrazarla... y le costaba Dios y ayuda resistirse. Y eso sin querer entrar en el tema erecciones, porque sin duda era demasiado grave como para reconocerlo, aunque se figuraba que todos los hombres que se cruzaban con ella a lo largo del día debían de sentir algo similar.

El problema era que a él nunca le había pasado algo así. Le habían atraído mujeres, algunas muy exuberantes, pero nunca se había sentido enfermo, porque ésa era la palabra que se le venía a la mente cada vez que se encontraba en esa situación.

Se afeitó subiendo el volumen de la música para acallar sus pensamientos. *Welcome to the jungle*, de Guns N' Roses, retumbaba en su apartamento.

Iba a ir muy elegante, pero con el toque informal de su rebeldía innata. Nada de corbatas, las odiaba.

Sacó el traje negro que sólo se ponía en ocasiones especiales y una camisa blanca que resaltaba su tostada piel.

Estaba muy nervioso. Almeida iba a estar toda la noche pegado a Nerea y eso era superior a sus fuerzas; le poseía una furia interna que esperaba poder controlar.

La idea de verlos juntos se le hacía cada vez más insoportable.

Capítulo 5

Nerea no paraba de golpear el suelo con la punta del zapato. Quedaba sólo media hora para que llegaran sus trabajadores y los policías infiltrados, y en una hora, los invitados.

Se había marchado de casa para no pensar, pero estar sentada en la oficina no la distraía en absoluto.

Oyó cómo se abría la puerta del garaje y se sobresaltó.

El corazón le dio un acelerón cuando vio en la pantalla de seguridad sobre su escritorio que se trataba del coche de Rubén. No apartó la mirada de su imagen; caminaba con elegancia hasta que desapareció en el interior de la galería.

El eco de sus pasos firmes y tranquilos resonaba en su dirección y, a cada choque de pies en la tarima de madera, Nerea sentía que el corazón se le salía un poco más del pecho.

Venía solo y antes de tiempo.

Rubén había avisado a su compañero. Esperaba que Nerea, en su ansia de perfeccionismo, estuviese allí cuando él llegara.

Sonrió al descubrir el Porsche aparcado en su plaza. Su intuición sí funcionaba, aunque en los últimos días había considerado que se había estado atrofiando.

Caminó con las manos en los bolsillos del pantalón para esconder la

ansiedad que le provocaba acercarse donde sabía que ella estaba.

Cogió el pomo de la puerta con seguridad y llamó con los nudillos de la otra mano.

Oír su voz al otro lado permitiéndole entrar le provocó dos cosas contradictorias: más nervios y tranquilidad.

Los nervios, porque estaba deseando verla, aunque luchara contra ello a cada segundo, y tranquilidad, porque significaba que estaba bien y segura.

Nerea intentó no mostrar la impresión que le causaba su visita. Era una guerra perdida contra la atracción que sentía por él.

Elegante, guapo y con una tímida sonrisa en sus labios, saludó con un «hola» que intentó ser sólo cortés, pero que fue mucho más que eso. Guardó las manos de nuevo en los bolsillos, ya que las sentía temblorosas. Era lo único que podía notar ella, pues la lucha tenía lugar en lo más profundo de su mente.

Se quedó de pie, contemplándola a pocos pasos de la mesa... No tenía claro si por el miedo a acercarse demasiado, como deseaba, o a que ella no se lo permitiera. Todo eran sentimientos nuevos y confusos.

Estaba preciosa con el pelo recogido en la nuca, aunque algunos mechones habían salido del recogido y aun así caían con elegancia. Con ese peinado se perfilaban más esos rasgos peligrosos para su testosterona.

—Has llegado pronto. ¿Pasa algo? ¿Está bien Fernando? —Le preocupaba que algo marchara mal. Siempre estaba pendiente de todo.

—No. Todo va según lo previsto. Él vendrá en un rato. Sólo quería hablar contigo antes de que llegasen los invitados.

Los nervios de Nerea crecían. ¿Había hecho algo indebido? Últimamente Rubén no se metía con ella, pero recelaba de que la paz durase demasiado. Con todo, tenía la esperanza de que, al ver que colaboraba con ellos y su causa, eso acabaría cambiando.

—¿Es por mí? —preguntó dudosa. No era miedosa, nunca lo había sido, pero, por alguna extraña razón, la idea de defraudar a ese hombre no le

gustaba.

—No, Nerea. —Su voz era amable. Nada de malas formas y palabras inadecuadas.

Cerró la carpeta cuyo contenido intentaba repasar sin éxito, sorprendida, aunque lo ocultó bien.

Se levantó con intención de trasladar la conversación al sofá blanco del otro lado del despacho. Allí hablarían más tranquilos y podrían limar asperezas si era preciso. No deseaba llevarse mal con él. Necesitaba llevarse bien..., aunque sabía que se iba a arrepentir de ello.

Rubén sentía como si le estirasen en direcciones contrarias. Aquella mujer era deslumbrante. Se había puesto un vestido rojo fuego que le llegaba por encima de la rodilla, con una falda que se acoplaba a sus formas aun sin ser ajustada. El tejido caía sobre su cuerpo como si lo estuviera acariciando, algo que deseaba más que ninguna otra cosa. Por delante la tela roja dejaba sus hombros al descubierto, y el cuello de la prenda se abotonaba tras la nuca. Cuando caminó en dirección al sofá, descubrió que su espalda estaba totalmente desnuda hasta casi la cintura. Cerró los ojos un par de segundos, asimilando la imagen.

Las piernas lucían esbeltas y en los pies llevaba unas sandalias plateadas adornadas con cristales en las tiras que se cerraban en el tobillo, lo que hacían el conjunto aún más espectacular. No faltaba ningún detalle, hasta las uñas estaban pintadas de rojo oscuro.

—Estás preciosa, Nerea —apreció, intentando que no le temblase la voz. Se ruborizó.

Ella captó ese tono de voz sincero y dulce con el que lo dijo, y concluyó que no le importaría que le hablase así más a menudo.

—Gracias, Rubén. Tú también estás muy guapo —contestó con sonrisa tímida. Él asintió con media sonrisa mientras tomaban asiento; disimulaban sus inseguridades lo mejor que podían; ambos tenían miedo—. Dime qué querías comentarme —lo animó dando vueltas de forma mecánica a la

pulsera de oro blanco y brillantes que colgaba de su muñeca, manteniendo la mirada en aquellos profundos ojos verdes que brillaban como nunca.

—Quería disculparme por mi comportamiento del primer día. No había tenido ocasión de estar contigo a solas y...

—No pasa nada —lo cortó de inmediato—. No es la primera vez que me tratan así.

¿Por qué le contaba aquello? No debía tener tanta confianza con él. No debía mostrarle cómo era de verdad. Nadie lo había averiguado todavía y era mucho más seguro que todo siguiera como estaba.

—Espera, Nerea —intentó continuar—, lo que quiero decir es que en realidad no te conozco. Intuyo cosas de la gente y no me suelo equivocar, pero estoy descubriendo a una mujer diferente de la que yo esperaba y... — Dudó. Lo tenía muy claro antes de entrar, pero tenerla delante le nublaba la mente—. Voy a intentar que mis intuiciones no interfieran en este trabajo y en nuestra relación profesional.

Nerea sintió como si le dieran una bofetada en la cara. Pero ¿qué esperaba? ¡Era de la pasma! ¡Por el amor de Dios!

Rubén detectó un cambio claro en aquellos ojos.

Cuando había empezado a explicarle lo que quería, había captado en ellos ¿ilusión?, ¿deseo?, ¿esperanza? Pero en ese momento... ¿destilaban tristeza? ¿Esperaba otra cosa de él? Se sintió mal por confundirla, aunque fuese de manera inconsciente.

Igual que tenía una intuición para lo malo, también la tenía para los sentimientos. Ella lo había pasado mal, le habían hecho mucho daño... Él también se lo estaba haciendo.

—Entiendo —susurró Nerea—. Intentaré hacer lo que me habéis pedido lo mejor y más rápido posible, por lo demás... cuando esto se acabe, no me volverás a ver. No te preocupes.

Se aguantó el suspiro, pero un nudo se le formó en la garganta, llegando a tornarse insoportable.

¿Qué narices le estaba pasando? Aquel hombre tenía que desaparecer ya. Decidió que procuraría acelerar las cosas en lo posible y olvidarse cuanto antes de él.

Abandonó el sofá dispuesta a dar todo lo que sabía que podía hacer para cumplir con el compromiso y se dirigió a la puerta.

—Gracias por ser tan sincero conmigo. Te lo agradezco —añadió con media sonrisa tensa que en realidad se encaminaba más a la tristeza—. Ahora tengo que bajar a la galería para supervisar los últimos preparativos. Si te apetece quedarte aquí, puedes bajar más tarde.

Rubén sólo pudo observar cómo la puerta se cerraba tras ella.

No le dio más opción, aunque tampoco tenía claro qué más decirle.

Tras unos segundos sintiendo su ausencia en aquella estancia, concluyó que había tenido suerte de que la conversación a solas no hubiese durado más, porque, de haber sido así, si hubieran continuado allí solos los dos, no estaba seguro de haber podido seguir sus propias decisiones e ignorar sus sentimientos.

Los invitados tomaban cava mientras conversaban sobre las obras de la exposición.

Rubén, apartado del resto de la gente, vigilaba con discreción cada movimiento de Nerea como si fuera inminente que atentaran contra ella.

Nadie había sospechado que fueran policías, tampoco Almeida y su séquito, que rodeaban a la mujer como lobos hambrientos. Esa situación le generaba una furia creciente que le oprimía el pecho.

Aquellos tipos pertenecían a la clase de hombres que hacían que las mujeres creyeran que todos eran igual de asquerosos que ellos.

Los odiaba con todas sus fuerzas y no podía soportar ver cómo la miraban y acechaban, intentando ligársela para llevársela a la cama y, cuando

accediera, tratarla como si fuese una prostituta. Conocía bien a los de su calaña. Le hervía la sangre, furioso sólo de pensarlo. Deberían meterlos a todos en la cárcel.

Esmeralda se acercó a él con una copa.

El policía no quería compañía; no le apetecía tener que charlar amigablemente con nadie, porque no era nada amigable lo que podría decir en ese momento.

La chica, viéndolo tenso, se acercó e intentó hacerle partícipe de la reunión presentándole a un par de marchantes más. Rubén los atendió muy cortés, pero sin dejar de vigilar su objetivo, a Nerea.

Fernando se le acercó un par de veces acompañado de una Merche muy contenta de ir de su brazo. No le quedó más remedio que dejar su cara de matón y sonreír a la pareja.

Aquella chica pecosa y rubia parecía que le gustaba a su amigo. Quizá sacaran algo bueno de ese asunto, después de todo.

Nerea, mientras tanto, escuchaba a aquellos sujetos simulando interés en todas y cada una de sus palabras, pero en realidad no paraba de pensar en la decepción que había sentido en el despacho una hora antes con su policía. Aunque era capaz de estar concentrada a pesar de esos pensamientos, intentaba apartarlos de su mente, sin éxito.

—Señor Almeida, cuando quiera podemos ir a ver el Degas —propuso intentando no mirar a Rubén ni un segundo más. Lo mejor era entrar de lleno en la operación.

—¿Dónde tiene esa joya? —preguntó paseando la mirada por la exposición, buscándolo.

—Está expuesto en una sala privada. Pensé que le gustaría contemplarlo en exclusiva.

—El cuadro es una joya, pero tú... —susurró en su oído, dejándole un rastro de calor en la piel que le repugnó. Aguantó la sensación como pudo.

—Es muy galante, señor Almeida —mintió, disimulando las náuseas que

le provocaba.

—¿Vamos? —propuso pasando la mano por su espalda hasta dejarla en su cintura desnuda por dentro del vestido.

Nerea resistió a duras penas el impulso de apartarse.

La mujer que era lo cogería del brazo y se lo partiría sólo para darle una lección, pero, sumergida en el papel que le tocaba representar, debía consentir.

Rubén fue testigo de toda la escena. Apretó la copa tan fuerte que sintió que el cristal podría romperse entre sus dedos con una ligera presión más.

Lo tenía tan cerca que parecía que la besaba en el cuello. Y esa mano...

Tuvo que recordarse que hacía un papel, pero lo hacía tan bien que incluso él se lo estaba creyendo.

Pasaron justo por su lado al marcharse a la sala privada. Contuvo el impulso de estrangular a aquel sinvergüenza.

—Es impresionante —susurró Almeida delante de la obra, sin soltarla de su agarre.

—Una belleza impresionista —confirmó ella, separándose de forma muy elegante de aquel abrazo como si quisiera ver el cuadro más de cerca.

—Eso me han dicho.

Nerea sabía que él no tenía ni idea de arte. No compraba la obra porque la apreciara de verdad, sino porque había niñas en ella.

Sonrió lo más natural posible, como en otras ocasiones similares, aunque con ese hombre le costaba más que con ningún otro de los anteriores indeseables.

Almeida se acercó hasta ella para rodearle la cintura otra vez, haciendo que volvieran las náuseas y el rechazo.

Aguantó el invite hablando sobre la compra y proponiendo una primera cifra. Debía hacerlo ya o se delataría si seguía poniéndole la mano encima.

El precio era alto, muy alto. Pocas personas podrían adquirir una obra así. Sin embargo, aquel sujeto no parecía darle importancia a la cantidad.

—Entonces, cinco millones —confirmó el precio que Nerea había sugerido como inicial.

—Exacto.

—Tengo que pensarlo, es mucho dinero, aunque es una preciosidad de obra... como la dueña.

Nerea sabía que habría regateo. El valor del cuadro era astronómico, pero tenían que cerrar un precio que los beneficiara a los dos.

Ignoró la última frase.

—Medítelo. De todas maneras, puedo escuchar su oferta cuando haga las gestiones oportunas para comprobar la solvencia del pago.

—Eso me gusta. Podríamos quedar mañana para comer y se la haré saber.

No quería ir a almorzar con aquel tipejo, y menos solos. Ya era suficiente aguantar sus asquerosas caricias en la galería. No quería ni imaginarlo en una comida... y lo que vendría después. Comenzó a sentirse mal sólo de imaginarlo.

—Tendría que consultar mi agenda... —intentó rehusar la cita.

—Puedo pasar a recogerla a la una por su oficina —no la dejó terminar.

—No creo que esté a la una, pero llegaré lo antes posible —se inventó para, al menos, acudir a la cita por su cuenta. Tenía que hablar con Fernando y Rubén—. Si le parece bien, llame a mi oficina por la mañana para indicar el lugar. Intentaré dejar libre la hora de la comida para no faltar a la reunión. Mi secretaria me informará de inmediato. Dejaré indicaciones para que así sea.

Se acercaba demasiado. Tenía los ojos embriagados por el cava y también por la lujuria.

Estaba convencida de que en ese momento sus pensamientos eran asquerosos y, lo peor, ella era la protagonista.

Se animó diciéndose que, al menos, era mayor de edad y por tanto, por un rato, las niñas que la debían ocupar habitualmente estaban a salvo.

—Hasta mañana, entonces —susurró acercándose hasta la comisura de sus labios para luego besarla en la boca.

Sólo fueron dos segundos, dos segundos en los que creyó morir al sentir el contacto.

Aguantó como pudo, quedándose de pie frente al cuadro mientras notaba la caricia en la espalda y luego oía los pasos lentos, alejándose.

Todo había comenzado como un flirteo en aquella fiesta lejana en Marbella que continuó en la discoteca días antes y, de pronto, no podía apartarlo de un manotazo, aunque lo deseara a cada segundo que lo tenía cerca. Era su papel y debía mantenerlo hasta el final.

Cuando estuvo segura de que ya se había marchado, salió corriendo al pasillo que llevaba al baño. Tenía que vomitar.

Rubén, oculto entre las sombras, lo había visto y escuchado todo.

Estaba tan furioso... La había tocado, la había besado y ella se había dejado hacer.

Se dijo una y mil veces que era parte de su actuación, que ella odiaba aquello, pero la veía tan natural que incluso parecía que aquel malnacido le gustaba.

Nerea vio cómo Rubén le cortaba el paso al baño.

No era el momento. Se encontraba tan mal que era capaz de vomitar en el pasillo, y no podía hacerlo con todos los invitados a pocos metros de allí.

—¿Se puede saber qué narices te susurraba al oído?

Se sobresaltó al oír cómo su relación volvía a las andadas, lo que menos necesitaba en este instante.

Con tristeza, cogió fuerzas de donde no las tenía para contestar.

—Estábamos quedando para mañana. He dado un primer precio y quiere estudiar su oferta.

—Sí, claro, y por eso te ha besado y toqueteado.

Rubén iba a reventar igualito que un globo demasiado inflado. Estaba muy alterado.

—No grites, por favor. Te puede oír —replicó entre dientes, acercándose a él.

—¿Seguro que sólo quieres ayudarnos o también quieres sacar tajada? ¿Vas a por su dinero? ¿Eres una buscona?

Aquello la hizo tambalearse sobre los zapatos.

Aguantaba que pensara que era una ladrona cualquiera, aunque ella creía que no era así, que sospechara todo lo que sospechaba sobre su vida y se lo dijera sin cortarse... pero que la llamase «buscona», lo único que no había sido en su vida, eso no lo pudo soportar.

—Eres un hijo de puta, Rubén. El mayor hijo de puta que he conocido en la vida. —El labio inferior comenzó a temblarle, pero no quería llorar, no quería mostrar su dolor—. Recuerda que esto lo estoy haciendo porque tú y tu compañero me lo habéis pedido. Si no te gusta cómo lo hago, te jodes, pero no me vuelvas a llamar «buscona» en tu vida. ¿Me has oído? No sabes nada de mí, ni quieres saberlo, así que déjame hacer lo que necesitáis y desaparece de mi vida para nunca más volver.

Lo apartó de un manotazo justo antes de que las lágrimas resbalaran por sus mejillas sin control. Aquello le había dolido en el alma.

Tenía esperanzas en aquel hombre. Algo le decía que no era como se empeñaba en ser con ella, pero, cuando más confiada estaba, había ido a degüello con ella.

Entró en el servicio y luego en el baño, cerró el pestillo con furia, se arrodilló en el impoluto suelo y vomitó hasta que no le quedó nada dentro.

El asco que había sentido con Almeida se mezcló con la furia y la dureza de las palabras de Rubén. Quería correr y no mirar atrás, dejarlo todo y desaparecer... como tantas otras veces había tenido que hacer en la vida.

Rubén se quedó clavado en el sitio al oír sus palabras. ¿Por qué no podía quedarse calladito? ¿Por qué no podía confiar en ella?

Se acercó a la puerta del aseo para pedirle disculpas.

Oyó cómo vomitaba y lloraba.

El corazón le dolió. Estaba destrozada, tanto por lo que tenía que hacer como por lo que él le había soltado.

Deseó tirar la puerta abajo, abrazarla con fuerza y pedirle perdón mientras le acariciaba esa espalda desnuda que le hacía sentir fiebre desde que la había visto en el despacho, pero no era buena idea.

Fernando apareció entre las sombras y le chistó para que se aproximara a él. En ese instante Rubén lo habría matado, tenía algo importante que decirle a Nerea y no era momento para interrupciones.

Se acercó a regañadientes.

—¿Se puede saber qué cojones haces? —dijo el rubio en voz baja, con la mandíbula tensa.

—Esperar a Nerea —contestó malhumorado.

—¿Para qué? ¿Para hundirla más en la mierda? —Le golpeó el hombro mientras lo decía. No entendía por qué la trataba así—. Mira, Rubén, eres mi mejor amigo y un buen poli, de los mejores, pero con ella eres el tío más gilipollas que he conocido en la vida. ¿Te das cuenta de lo que arriesga?, ¿lo que debe sentir cuando ese tío la toca o la besa como hace un rato? ¿Te haces una idea?

Fernando también había sido testigo de todo, pero con otros ojos... Él había captado cómo se tensaba Nerea cuando notaba que ese malnacido se acercaba a ella, cómo intentaba separarse de él, huir, aunque era consciente de que no podía hacerlo. ¿Por qué su amigo no era capaz de verlo? ¿Estaba ciego?

—Será mejor que te vayas a casa. Creo que ya la has cagado suficiente por hoy.

Rubén no replicó. Su compañero tenía razón en todo. Al ver cómo se dejaba hacer por aquella escoria, lo había cegado la ira, olvidando que no era por propia voluntad.

Sin emitir una palabra más, salió de la sala, desapareció por la puerta del parking, arrancó el coche y se largó a pensar qué demonios le estaba ocurriendo.

Fernando entró en el baño, se apoyó en el lavabo y esperó con paciencia a

que Nerea saliera.

Aún la oía llorar. Estaba destrozada; su amigo no era capaz de ponerse en su lugar y, si seguían así, no iban a conseguir su objetivo.

Todo era un desastre.

Al rato salió Nerea, secándose las mejillas. Se sorprendió al ver a Fernando.

—Hola —saludó tímida.

—Hola, guapísima —contestó intentando ser un amigo.

—¿Va todo bien? ¿Pasa algo? —Había perdido la noción del tiempo allí dentro y le sorprendió verlo.

—Fuera todo va perfecto; por aquí... creo que no.

Su mirada triste le hizo pensar que había escuchado algo de su conversación con Rubén, si no había sido toda.

—No te preocupes. Ha debido de sentarme mal algo de la comida.

Fernando sonrió, negando con la cabeza. «Igual de cabezotas los dos.»

—Nerea, sé lo que te ha sentado mal y quiero pedirte disculpas. Rubén...

—No es culpa tuya y no tienes que disculparte —atajó con rapidez—. Haré el trabajo y, cuando termine, todo estará bien.

Se giró para poder retocarse el maquillaje, que estaba hecho un desastre, entre los lloros y los vómitos.

—No tienes que dejar que te haga... —calló unos segundos mientras meditaba las palabras—... que te haga esas cosas, que te bese ni que te toque. Nerea, ése no es tu trabajo. —Intentó ayudar sin saber muy bien cómo decirle que su papel no incluía aquello.

—Lo sé —contestó intentando sonreír con los labios, con tristeza en la mirada—, pero, si es la forma de cogerlo, tendré que aguantar. Es posible que mañana cierre la venta comiendo con él y, con un poco de suerte, pasará mucho tiempo entre rejas. No lo volveremos a ver.

Capítulo 6

Almeida llamó a las once de la mañana para concretar la cita.

Nerea no quiso aparecer por la galería por si se le ocurría acercarse por allí para quedar.

Fernando la había llamado, preocupado por su estado después de la charla de la noche anterior. La fiesta aún duró una hora más y, tras irse el último de los invitados, Nerea abandonó la galería sin hablar con él. Lo dejó todo a cargo de Julián hasta que regresara.

Tenían que planear cómo iban a solucionar lo del almuerzo con Almeida. Ella se negaba a ir acompañada, y ellos, a que fuese sola, así que allí estaban los tres, sentados en el sofá rojo de su ático en el centro, discutiendo sin parar.

—¿Y a ti qué más te da lo que me pase? —le gritó a Rubén—. Ya dejaste muy claro anoche el asco que te doy.

—No lo sabes bien —masculló él intentando parecer sincero, aunque era mentira. No le daba precisamente asco.

—¡Chicos, por favor! —vociferó Fernando, porque lo ignoraban totalmente—. ¡Queda una hora para la cita y seguimos peleando! ¿Podéis comportaros como adultos cinco minutos?

Nerea se sentó en el sofá muy enfadada. Rubén la imitó, eligiendo un sitio lo más alejado posible de ella.

Fernando suspiró, dejando caer los brazos sin fuerza junto a su cuerpo, y se colocó en el centro, con uno a cada lado.

—Escuchadme bien, porque no lo voy a repetir y no quiero gritar, ¿de

acuerdo?

Los dos asintieron, Nerea cruzando los brazos por debajo del pecho y Rubén dejando los antebrazos sobre los muslos y bajando la cabeza para que no vieran cómo mascullaba entre dientes.

—Nerea, no puedes ir sola. Sabemos cómo se las gasta este tipo cuando no consigue lo que quiere y no voy a consentir que te pase algo. Iremos contigo, aunque él no nos verá.

Ella iba a replicar algo, pero él levantó un dedo amenazador, así que se mordió la lengua. ¡Eran como adolescentes en plena rebelión! A ese paso lo volverían loco...

—Y tú —señaló a Rubén—, o te comportas como es debido o te saco del caso inmediatamente.

Rubén sabía que podía hacerlo; nunca lo había hecho antes, pero, poder, podía, y eso no era lo que necesitaba. En ese momento quería estar pegado a ella por si tenía que partirle la cara al gilipollas de Almeida.

Asintió a su amigo.

—Será mejor que te arregles o llegarás tarde —le propuso Rubén a Nerea en el mejor tono que fue capaz.

Ella lo miró con furia unos segundos, se levantó muy despacio y caminó con elegancia hasta desaparecer por la puerta de su habitación.

—¿Qué dudas tienes respecto a lo que te dije anoche? —lo increpó Fernando en cuanto ella se marchó, sin saber qué más hacer.

—Perdona, Fernando, es tan cabezota que...

—¡Me da igual lo cabezota que sea! Tú eres el policía, tío. Tienes que hacerle ver el peligro, no ponerla más nerviosa.

Se maldijo por no ser capaz de controlarse. Lo estaba pasando muy mal y deseaba que todo acabara de una vez para largarse unos días de vacaciones, tener otro caso o lo que fuera. Esa mujer le estaba rompiendo todos los esquemas.

Nerea ya estaba medio arreglada. Se había duchado y maquillado antes de que ellos llegaran, así que se puso el vestido color lavanda sin mangas, con escote en pico y corto por encima de la rodilla, unos zapatos morados y el bolso a juego. La gabardina gris terminaría el conjunto. Lo hizo todo mecánicamente, sin pensar mucho para qué se vestía así y, sobre todo, quién estaba en su salón.

Iba a enloquecer. Tenía ganas de estrangular a Rubén, de gritarle todo lo que era apuntándolo con su pistola en las pelotas y, después de disparar, rematarlo con una certera patada por si no había tenido suficiente con el tiro.

El restaurante no estaba muy lejos, pero aun así fue en su Cayman, seguida muy de cerca por los dos policías.

Habían querido ponerle un micrófono, una minicámara oculta y seguramente algo más, pero ella se negó. No sabía lo que iba a pasar y el hecho de llevar esos artilugios en su cuerpo podía empeorar la situación. Sabía que podía defenderse, incluso podía matar a Almeida cuando le diera la gana, si le diera la gana, pero, como no se lo podía contar a aquellos dos, tuvo que ceder en algo..., así que finalmente le colocaron un broche en forma de flor en uno de los tirantes del vestido. Dentro estaba la dichosa camarita; al menos el artilugio era discreto. No habría sonido, sólo imágenes, para evitar las interferencias de los teléfonos móviles que todo el mundo llevaba encima.

Fernando estaría sentado a una mesa cercana a la de ella, para vigilar el interior del local, y Rubén, el desterrado, se encargaría de visionar, desde dentro del coche, las imágenes que captara la cámara de Nerea.

Caminó tan elegante como siempre hasta la mesa donde el hombre la esperaba y, con una resplandeciente sonrisa, lo saludó. Ella sabía que no iba a

dejar escapar la oportunidad y no se equivocó. La atrajo hacia sí para besarla de nuevo como la noche anterior.

Nerea mantuvo la compostura lo mejor que pudo.

Tomó asiento frente a él, evitando más contactos.

Hablaron sobre cosas intrascendentes hasta que el camarero les sirvió la comida que habían pedido y el vino blanco que Nerea quería. Una vez solos, Almeida comenzó a hablar de la compra.

—He pensado sobre la oferta de anoche y, como bien sabes, es alta. —Ella escuchaba con atención, sin dejar ver que eso era lo que esperaba—. Mi oferta, y te advierto que no habrá más, es de cuatro millones de euros.

—Me parece un precio justo —aceptó sin dilación. Cuanto antes accediera, antes terminarían con aquella situación—. Si le parece bien, prepararé la documentación necesaria y una reunión para cerrar la compraventa y los pagos lo antes posible.

—De acuerdo —asintió Almeida, complacido por la facilidad con la que lo había conseguido.

—También debería pensar dónde y cuándo quiere el traslado. Si me lo permite, me pondré en contacto con la empresa que suele trabajar para mí.

—También de acuerdo.

—Perfecto, entonces.

Nerea esbozó una sonrisa para el delincuente mientras bebía un sorbo de vino.

—Enseguida vuelvo. Si me disculpa...

Se levantó para ir al baño. Necesitaba tomar aire y tranquilizarse. Ese tipo la ponía enferma de verdad... Esa forma de mirarla, de dirigirse a ella con ese tono meloso... asqueroso.

Aprovechó para enviar un mensaje al móvil de Fernando y confirmar el cierre del trato.

Rubén vigilaba la pantalla del portátil, pero a la vez seguía a aquel tipo con unos prismáticos. No se fiaba ni un pelo de él. Estaba convencido de que quería algo más de Nerea, pero no llegaba a descubrir el qué, aparte de acostarse con ella, pues eso resultaba más que obvio.

Leyó el mensaje que le escribía a Fernando y se alegró de que lo hubiese logrado, pero eso significaba más citas para cerrar el trato.

Se removió en el asiento del vehículo, inquieto.

Apartó la mirada de la pantalla para dejarle intimidad hasta que saliera del baño y levantó los prismáticos hacia la cristalera del lujoso restaurante donde el presuntuoso de Almeida había reservado mesa.

—¡Mierda! ¿Qué cojones...? —se puso a gritar en el coche, muy alterado.

Lo que acababa de ver constituía una certeza más de lo que intuía de aquel tipo.

Cogió el móvil y marcó el número de Fernando. Tenía que avisarlo.

—Vamos, vamos, vamos... —masculló, esperando contestación.

«El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura...» fue lo que oyó al otro lado de la línea.

—¡¡¡Joder!!!

Cogió la cazadora de cuero, se la puso a toda velocidad y salió disparado del vehículo en dirección al restaurante.

Nerea tomó asiento de nuevo frente a un Almeida muy sonriente.

Todo iba bien. Fernando estaba vigilando mientras coqueteaba con una camarera para disimular y suponía que Rubén hacía su trabajo en el exterior.

Aquel depravado sonrió entre divertido y amenazador. El estómago se le revolvió un poco más debido a lo que le provocaba su compañía.

—Brindemos para cerrar el trato —propuso éste, levantando la copa.

Nerea cogió la suya, la alzó y chocaron una con otra. Bebió un sorbo.

—Además del cierre del acuerdo, quería proponerte otra cosa.

Ya estaba. Ahora venía la parte de «quiero verte otro día», «ven a mi casa», «vente ahora a un hotel conmigo» o cualquiera de las demás opciones existentes.

—Dígame —lo alentó, incapaz de tutearlo.

—No quiero sólo el Degas, quiero otras obras.

Los ojos de aquel tipo mostraban que era peligroso. La propuesta no iba a ser agradable; no estaba segura de por qué, pero intuía que no le iba a gustar en absoluto.

—Dígame qué obras desea adquirir y veré cómo está el mercado —respondió muy profesional, dando luego otro trago de vino.

—No creo que el mercado te sirva de mucho... Sombra.

Nerea no se lo podía creer. Había usado el apodo que le puso la prensa cuando robaba las obras de arte de los coleccionistas; así era cómo se referían a ella. ¿Cómo demonios lo sabía? Gracias a Dios no había sonido en aquella minúscula cámara que espiaba todo lo que hacían.

—¿Cómo me ha llamado? —preguntó haciéndose la inocente.

—Sombra... Lady Sombra o, mejor dicho y como más me gusta, Lady Shadow. Es tu nombre de guerra, ¿no?

Parecía muy seguro de lo que estaba diciendo. Intentó tranquilizarse para poder replicar sin confirmar lo que no debía.

—No sé de qué me está hablando, señor Almeida —contestó muy solemne—. Si quiere obras de arte, ya le he dicho que haga una lista y averiguaré si están en venta y el precio.

—No te hagas la tonta. No quiero obras legales, quiero que las robes para mí.

—Le repito que no sé de qué me está hablando.

Fernando los miraba y todo parecía ir bien. Estaban charlando y, aunque en ese momento todo se había vuelto aparentemente un poco más serio,

parecía correcto.

Cuando vio a su compañero entrar como una bala y dirigirse directamente a por Nerea, casi le dio un infarto. ¿Qué demonios pasaba? ¿Qué hacía allí Rubén? No lo había llamado. Habían quedado en que, si algo iba mal, lo llamaría, pero no había sido así.

En ese momento no se podía mover; no podía ir a averiguar qué pasaba o se delataría.

Observó la cara de sorpresa que puso Nerea durante un segundo, pero, con rapidez, se comportó como con cualquiera de sus empleados en la galería.

Era rápida. Su actitud lo dejó más tranquilo.

—Disculpe, señor Almeida —comenzó a decir Rubén—, necesito hablar un minuto con la señorita García.

Rubén notó al tipo más que molesto por la intromisión. No había podido oír la conversación, hablaban demasiado bajo, pero, cuando Nerea lo vio llegar, no parecía enfadada, más bien contenta de que los interrumpiera. Y eso sin contar con que no sabía lo que se estaba bebiendo. Tenía que sacarla de allí ya.

—Nerea, lamento interrumpir tu almuerzo, pero tenemos un contratiempo en la oficina. Merche me ha llamado porque no te podía localizar.

—¿Qué pasa, Rubén? ¿Hay algún problema? —preguntó como si realmente estuviese sucediendo algo, aunque sabía que no era así. Dio otro sorbo a la copa.

El policía la miró fijamente muy serio y luego bajó la mirada hasta la copa que ella sostenía, intentando que con el gesto entendiera que no debía dar ni un trago más.

—Uno de nuestros clientes va camino de la galería; no sabemos el motivo, sólo ha exigido hablar contigo. Merche ha pensado que, como yo estaba fuera haciendo unas gestiones, debía pasar a buscarte. Sólo tenemos veinte minutos.

—Entonces debemos irnos —aseguró Nerea mirando a Rubén mientras

dejaba la copa sobre la mesa de la forma más natural posible. Aquella bebida tenía algo. Se giró para dirigirse a su acompañante—. Lo lamento, señor Almeida, pero tengo que ir a la oficina. Nosotros ya hemos cerrado nuestro negocio y me debo a mis clientes.

Nerea no se podía creer que Rubén hubiese aparecido en el momento justo para salvarla de lo que se le venía encima. Era un borde, cabezón y arrogante al que en ese instante le debía mucho.

—Nerea, no te puedes ir. Tenemos que hablar de mi segunda propuesta — se negó aquel tipo a que abandonara la reunión.

—Ya le he dicho que se equivoca con respecto a la segunda propuesta — insistió recogiendo sus cosas— y, sobre el cierre de la compra, prepararé la documentación y los trámites. Lo llamaré lo antes posible.

Sin darle tiempo a replicar y observando el ceño fruncido de Rubén, se despidió con un cortés apretón de manos.

No sabía si se había levantado excesivamente rápido por la necesidad de salir de allí o bien había bebido demasiado, pero se sentía mareada. Había visto el gesto discreto del policía para que soltara la copa, pero ¿de verdad había algo en aquel vino? Estuvo a punto de agarrarse a su brazo, pero su orgullo se lo prohibió.

—¿Estás bien? —susurró sin tocarla. Sabía que Almeida los vigilaba.

—Sí. ¿Qué ha pasado? —Aunque se sentía mal, estaba segura de que algo no había ido bien para que Rubén la sacara así de allí—. ¿Y Fernando?

—Sigue caminando, no te pares. Te lo contaré fuera.

Rubén no quería asustarla, al parecer todavía estaba bien. Esperaba tener tiempo de montarla en el coche y poder explicárselo a solas.

Cerca de la puerta, notó que ya no andaba tan deprisa como él quería.

—¿Nerea? —preguntó muy preocupado al ver cómo luchaba por despejar la cabeza. Los párpados comenzaban a cerrársele y ya no tenía esa mirada que lo volvía loco.

—Creo que he bebido demasiado. Algo me ha sentado mal... No me

encuentro bien...

—Tranquila, no pasa nada, ¿vale? —intentó tranquilizarla, pero él era el que estaba preocupado de verdad. No sabía qué era lo que había ingerido.

Llegaron a la salida y, después de atravesar la puerta, había que bajar tres escalones. Rubén comenzó a hacerlo, pero ella ya no lo siguió. Se giró y la vio procurando enfocar con la mirada la pequeña escalera para no caer.

—Nerea... ¡Joder! —susurró regresando a su lado.

—No pue... no... no puedo bajar... no los... veo... bien.

Rubén pensó en cuántos sorbos le había dado a aquella condenada copa... tres, cuatro como mucho, y de pequeñas cantidades. Tenía que ser un preparado especial. Tragó saliva ordenando las ideas, se acababa el tiempo.

—Nerea, Almeida te ha echado algo en la bebida. No sé lo que es, pero lo he visto hacerlo. He llegado lo antes posible.

Estaba muy asustada. ¿Qué quería ese hombre de ella? ¿Por qué la había drogado?

La quería secuestrar... ¡Eso era! Iba a secuestrarla para que robara esos cuadros para él a la fuerza.

La cabeza se le iba por segundos, como si se hubiera tomado una destilería entera. No iba a aguantar de pie mucho más.

—Rubén —susurró tan bajito que a él le costó oír su nombre.

Con suavidad, la cogió del brazo y fue indicándole cuándo bajar los escalones. Estaba seguro de que aún podían verlos, si no Almeida, alguno de sus hombres, y no podía parecer lo que no era.

Mantuvo el paso lento para que Nerea pudiese caminar. Sentía cómo luchaba por hacerlo bien, pero la droga era fuerte.

«Ahora sí que voy a matar a ese desgraciado. Voy a partirle el cuello con mis propias manos.» Comenzó a respirar con dificultad por la furia que lo invadía.

—Ru... Ru... Rubén... tengo mi... mi... miedo.

Aquello fue como una estocada para él, el límite permitido rebasado con

creces. Nerea se estaba derrumbando. Debía de estar muy asustada; él lo estaría en su lugar y más si aquella droga era de esas que deja volar la imaginación y se daba cuenta de lo que pretendían hacer con ella. Era fuerte mentalmente y estaba convencido de que había atado cabos... Estaban a un paso de una esquina.

—Nerea, háblame —ordenó en un susurro que pareció una súplica—. Tienes que mantenerte despierta, por favor.

No contestó. En cuanto pudo, la agarró más fuerte y desaparecieron de la calle que se veía desde el restaurante.

Había un portal a unos pocos pasos más. La cogió en brazos como un peso muerto y se dirigió hacia allí. Ya no tenía fuerzas ni para sujetarse de él.

—Cariño, ¿me oyes? —Estaba intentando mantener la calma, pero cada vez se le hacía más difícil—. Tienes que ayudarme. ¿Me vas a ayudar?

Sintió cómo la cabeza que descansaba en su hombro asentía ante la imposibilidad de hablar. Suspiró al comprobar que todavía estaba algo lúcida.

—Tienes que coger mi móvil, está en el bolsillo trasero del pantalón. ¿Podrás hacerlo? Necesito el móvil, preciosa, hay que avisar a Fernando.

Nerea oía todas esas palabras, como «cariño» y «preciosa», pensando que le gustaría que se lo hubiese dicho antes, que la hubiera llamado así de corazón cuando no era vulnerable.

Rubén le parecía muy preocupado, aunque no estaba segura de que fuese la realidad. Estaba confundida y era como si todo pesara demasiado..., su cuerpo, su mente... Hizo un esfuerzo por mantenerse a flote, intentar no sucumbir a esa droga que hacía estragos en ella demasiado rápido.

—No... no... —balbuceaba casi sin fuerza. Rubén acercó el oído a sus labios— no... no... lo... sé.

—Yo sé que sí. No hay prisa, inténtalo.

Nerea deslizó la mano por el pecho de Rubén en dirección al bolsillo que le había indicado, como si cada pequeño avance necesitase de una orden

nueva. Se aferraba a la camiseta negra por si su cuerpo retrocedía en algún momento y no lo lograba.

El policía veía el esfuerzo y la lucha interna que tenía para conseguirlo. Podría haberlo hecho él una vez que hubiese podido esconderla, pero pensó que así la mantendría activa hasta que avisara a Fernando... Lo que no calculó fueron las consecuencias de aquella mano acariciándole el pecho, el costado, la cintura y finalmente metiéndose dentro de su pantalón vaquero. El corazón le latía tan deprisa que estaba seguro de que Nerea lo percibía.

—Eso es —le susurró cuando notó cómo aferraba el móvil con fuerza y lo traía hasta su regazo.

Llegó a la puerta del primer portal, llamó a los telefonillos, dijo que era correo comercial y entraron sin problemas.

En cuanto estuvieron a salvo de miradas indiscretas, la dejó de pie pegada a la pared, sosteniéndola contra su pecho, para poder llamar a Fernando.

Nerea le agarró la cintura, temerosa de desplomarse en cualquier momento. Las piernas no la sostenían y el sueño le hacía perder la consciencia por unos segundos.

Rubén la presionó un poco contra la pared. La estaba perdiendo y necesitaba hablar con Fernando. Marcó el número, apreciando un ligero temblor en la mano.

—No... dejes que... me... caiga —consiguió decir con mucha dificultad.

—Tranquila, princesa, tranquila. No voy a dejar que eso pase. Estoy contigo.

Ya oía la señal del móvil. Respiró aliviado al saber que tenía cobertura.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —le gritó su amigo al otro lado.

—Fer, escúchame —comenzó a hablar muy deprisa, sin apartar la mirada de la chica. Ésta tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra la pared —: Almeida ha drogado a Nerea.

—¿Qué?! ¿Cómo? ¿Cuándo? No he visto nada.

—No te habrías dado cuenta a no ser que lo mirases obsesivamente como hacía yo —le explicó para aliviarlo de la culpa que sentía—. Necesito que me ayudes.

—Voy enseguida. ¿Dónde estáis?

—No quiero que vengas, quiero que vayas al laboratorio de la comisaría y esperes a que te llame para que me traigas el antídoto.

—¿¿Qué?! ¿Te has vuelto loco? ¡Tienes que llevarla a un hospital, Rubén!

—¡¡¡No podemos arriesgarnos ni custodiándola!!! —gritó sobresaltando a Nerea, que se agarró más fuerte a su cintura y hundió la cara en su hombro. Era consciente de toda la conversación y la estaba asustando más—. Iban a llevársela, Fernando... No podemos dejar que lo hagan.

Captó cómo su compañero suspiró al otro lado y cómo Nerea jadeó al oír la realidad. La ciñó más fuerte contra su cuerpo para que sintiera que no iba a dejar que eso sucediera.

—Me la llevo a casa, le haré el test de drogas y te llamaré para saber qué mierda le han metido. Necesito que estés en el laboratorio para que me traigas lo que haga falta.

—De acuerdo —consintió Fernando, sin alternativa—. Ten cuidado y mantenme informado. Estaré allí en veinte minutos y, en cuanto te comuniques conmigo, te llevaré lo que necesites.

Rubén colgó y guardó el móvil en el mismo bolsillo donde estaba antes, intentando no recordar las involuntarias caricias de Nerea. Se fijó en la vulnerabilidad de aquella mujer. Sintió de nuevo que la rabia lo consumía.

—Rubén —susurró ella intentando abrir los ojos para ver que era él quien la sostenía y no el monstruo que la había drogado.

—Ya nos vamos, cariño. Nos vamos a casa.

Acarició su pelo muy despacio. No quería tocarla en esas condiciones, pero el cabello le tapaba la cara y no lo pudo resistir. Deslizó los dedos por dentro del sedoso pelo negro, acariciando la mejilla con la palma de la mano.

Nerea abrió un poco los ojos con mucho esfuerzo y él se sintió morir al ver el pánico que había en ese resquicio de lo que había sido azul.

—Ten... ten... tengo... mucho... miedo —susurró luchando por no perder esos ojos verdes, tan asustados como los de ella.

—No va a pasarte nada. Esos cerdos no te van a coger, tendrán que acabar antes conmigo —afirmó con determinación mientras la aferraba por la cintura para llevarla en brazos—. Ahora tienes que agarrarte fuerte a mí, ¿de acuerdo? Nos vamos de aquí.

Nerea intentó hacer lo que le pedía con todas sus fuerzas. No había nada que deseara más que irse con él en lugar de que se la llevaran aquellos sujetos. Era fuerte, se había enfrentado a muchas cosas malas en su vida, tanto físicas como psicológicas, pero nunca había sentido que no era dueña de sí misma.

Después de miradas de los peatones que Rubén preferiría haberse ahorrado, la metió en el coche, le puso el cinturón y salió de allí lo más rápido que pudo.

Capítulo 7

Desde hacía unos minutos, Nerea ya no respondía, sólo emitía algún sonido que, aparentemente, debía costarle horrores soltar.

Rubén la cargó desde el garaje hasta su casa de forma discreta.

Eran las cuatro de la tarde. «¡Bendita siesta!», pensó al ver que en su bloque no había un alma.

Tras abrir la puerta del domicilio, entró directo a la habitación.

Le costaba respirar por la presión que sentía en el pecho. Casi no la oía cuando intentaba que le contestara.

La sentó sobre la cama para quitarle la gabardina, con mucho cuidado de no tirarle del pelo. Después la cogió de nuevo en brazos y la dejó con mucha delicadeza sobre el colchón, acomodando su cabeza en la almohada.

La miró unos segundos e incluso la llamó para ver si reaccionaba. Ésta emitió un gemido sin fuerza, como si estuviese protestando por no dejarla dormir. Hubiese sonreído ante esa escena si la situación hubiera sido otra.

La dejó sobre la cama y salió corriendo a su armario mientras se quitaba la cazadora. Allí tenía un maletín con test de drogas y otras cosas de la policía.

Lo abrió con rapidez y sacó lo que necesitaba. Regresó junto a ella, arrodillándose en la cama.

—Nerea, necesito que abras la boca —pidió intentando mantener la calma.

Ella suspiró y gimió otra vez, pero no abría los ojos ni ejecutaba su orden.

—Vamos, preciosa —la animó—; tengo que empapar esto para hacer el test y ver qué droga te han suministrado.

Había sacado una tira blanca, de una textura parecida al papel, y debía

impregnarla de saliva para averiguar qué había ingerido.

Nerea luchaba por separar los labios y hacer lo que le pedía, pero era incapaz.

Intentó agarrar la sábana para aferrarse a la realidad y probar otra vez.

Rubén vio su esfuerzo, que fue en vano. Suspiró abatido.

—No puedes, ¿verdad? Te ayudaré. No te asustes, por favor. Sólo será un momento.

El inspector abrió la boca de Nerea con sus dedos, con delicadeza para no hacerle daño. Deslizó la tira por su lengua y la empapó cuanto pudo.

«Lo mataré, lo mataré, lo mataré...», pensaba una y otra vez, mientras la ayudaba.

Sacó la muestra con cuidado, secando la saliva que se había deslizado por la comisura de los labios de la chica. Lo más rápido que pudo, introdujo la muestra en el aparato que iba a darle la composición.

Había que esperar unos segundos, que se le hicieron eternos.

Al poco rato comenzaron a aparecer colores en la tableta.

Había escopolamina, también conocida como burundanga, y algunos trazos de diazepam y belladona. Una bomba de relojería.

Cogió el móvil de inmediato y comenzó a darle indicaciones como un loco a su compañero.

—¡Cálmate por Dios! ¡No te entiendo, Rubén!

—Tienes que traer fisostigmina, mucho hielo y vitamina C —explicó atropelladamente—, y date prisa, Fernando. La dosis era muy alta.

El inspector soltó el teléfono tras colgar sin esperar respuesta.

Se acercó hasta Nerea para tomarle el pulso. Era débil, pero ahí estaba.

Lo que más le preocupaba era la fiebre.

Se acercó a las ventanas, bajó un poco la persiana y corrió las cortinas para dejar la habitación en penumbra.

Fue al baño, mojó toallas en agua fría y regresó a su lado. Se las colocó en la frente y debajo del cuello.

Le había administrado una dosis enorme. ¿En qué pensaba aquel estúpido? ¡Podía matarla! Era una mujer de no más de sesenta y cinco kilos, por lo que sólo le hacía falta oler esa cantidad de droga para que le hiciera efecto durante unas dos horas. Lo que se había bebido era una barbaridad, lo superaba con creces. Si ya era peligrosa sólo con olerla o tocarla, ingerida podía ser una sentencia de muerte.

Fue cambiando las compresas frías para intentar bajarle la temperatura mientras miraba el reloj compulsivamente.

Fernando tardaba demasiado; Nerea ya no respondía a estímulos y podía entrar en coma. Si no se daba prisa, tendrían que llevarla al hospital... y, si eso sucedía, la encontrarían.

Pocos minutos más tarde, el timbre lo sobresaltó. Salió corriendo a abrir la puerta y vio a un Fernando azorado con una bolsa de deporte en la mano.

Los dos acudieron a la habitación para disponerse a administrarle el antídoto.

—He traído la fisostigmina y la vitamina C. Habrá que inyectarlas por separado, y también he comprado zumo de naranja, para que lo tome cuando esté más consciente, para que no se deshidrate. También he traído el hielo: pondré un poco en una cubitera y el resto en el congelador.

Sin apartar la vista de la chica tendida en la cama, Fernando lo había explicado todo como una ametralladora, para desaparecer después, dejándolo solo.

Rubén reaccionó al cabo de unos segundos. Tenía que inyectarle el antídoto inmediatamente. Preparó las dos inyecciones y se las administró seguidas.

Cuando Fernando regresó, estaba abatido, sentado con la espalda contra la pared frente a los pies de la cama. Tenía las piernas flexionadas y los antebrazos caían sin fuerza sobre sus rodillas.

—Saldrá de ésta, Rubén. Es fuerte —fue lo único que pudo decir, porque estaba igual de preocupado que su amigo.

—No he podido evitarlo y no sé si esto será suficiente —contestó en la penumbra, sin apartar los ojos de ella.

—Lo será. Lo has hecho muy bien.

—¿Tú crees? —preguntó dudando que fuera verdad—. No he hecho más que tratarla mal sin querer ver los riesgos a los que se exponía y ahora no he llegado a tiempo... Si le pasa algo, yo...

—Rubén —lo llamó Fernando acercándose a él para cogerlo por la nuca con cariño de amigo—, es cierto que la has tratado mal, pero hoy... si no llegas a darte cuenta, con toda probabilidad se la habría llevado. Lo tenían preparado, pero has salvado su vida, aunque ahora no lo veas así.

Negó con la cabeza, girando la cara hacia la cama. Sentía una presión en el pecho, que le dolía desde hacía una hora, justo a la altura del corazón. La cabeza no paraba de darle vueltas a todo lo que había dicho y lo que sentía cuando estaba cerca de ella, lo que sentía cuando se enfrentaba con furia a él. Recordó lo celoso que estaba de todos los hombres que la rodeaban, aunque fueran desconocidos.

—Creo que me gusta, por eso la trataba mal —comentó, sin saber por qué lo decía en voz alta. No pretendía hacerlo, pero le había salido así—. No soportaba ver lo agradable que era con otros hombres, sus sonrisas para ti, Julián o Almeida, como la mirabais...

—Eso ya lo sabía, colega —confesó Fernando con media sonrisa.

—¿En serio? —preguntó sorprendido, mirándolo otra vez.

—Desde el primer día.

—Pues ya sabías más que yo —susurró dirigiendo la vista de nuevo hacia la cama.

—Lo que tienes que hacer es cambiar tu actitud cuando despierte. Estoy seguro de que, si la tratas como se merece, te corresponderá. Ayer hablé con ella cuando te fuiste.

Aquello lo cogió desprevenido. No tenía ni idea de que su amigo se hubiese aventurado tanto.

—No te hagas ilusiones, no me dijo nada sobre ti, pero lo intuyo. Le hiciste daño en el peor momento. Vomitó porque no soporta que Almeida la toque o la mire como lo hace y tú...

—Fui un capullo peor que él —terminó la frase por su amigo, porque sabía que se había equivocado.

—Exacto. Ella necesitaba cariño y no una bronca... Hiciste que se sintiera aún peor.

Fernando no quiso forzarlo a confesar más, y Rubén se sumió en el silencio después de lo que le acababa de decir. Decidió que lo dejaría hablar cuando necesitase hacerlo y, de momento, parecía que no era así.

Tomó asiento a su lado, vigilando la cama. No había cambios; de vez en cuando Rubén se levantaba a cambiar las compresas frías y a susurrarle algo al oído que no alcanzaba a escuchar.

El antídoto solía funcionar muy rápido, pero la dosis que ella había tomado había sido muy alta. Al menos no tenía convulsiones, debía de ser por los otros componentes sedantes.

Estaba claro que querían doblegar su voluntad, pero la conocían bien porque habían añadido tranquilizantes, aunque eso elevaba el peligro que acarrearía la droga en sí misma.

Al cabo de dos horas que se hicieron eternas, Nerea comenzó a toser y devolvió sobre su bonito vestido sin abrir los ojos.

Rubén se asustó, pensando que podría ahogarse con su propio vómito, y decidió no moverse de su lado en la cama.

Hubo dos vomitonas más y, cuando les pareció que ya estaba un poco mejor, Fernando lo ayudó a cambiar las sábanas mientras Rubén la sostenía para quitarle el vestido sucio.

—Lo siento —le susurraba al oído la disculpa por quitarle la ropa mientras le ponía una camiseta suya—, espero que no te enfades mucho.

Fernando sonrió por el comentario. A su amigo no sólo le gustaba aquella mujer, estaba enamorado.

—No creo que esto le importe demasiado, teniendo en cuenta lo que está pasando.

Rubén ladeó la cabeza, poco convencido. Nerea tenía mucho carácter y seguro que le daba importancia, aunque luego lo pensara mejor. Aun así, no le llevó la contraria, ése era el menor de sus problemas.

Pasó otra hora y otra inyección del antídoto hasta que Nerea emitió un gemido. Fernando se acercó a Rubén y comenzaron a hablarle para averiguar si estaba consciente. Costó lo suyo, pero reaccionó.

Al principio no la entendían, pero, cuando Rubén se dio cuenta de lo que quería decir, salió corriendo de la habitación. Fernando lo vio aparecer con un cubo en la mano, la incorporó suavemente y ella devolvió de nuevo.

—Es tarde, Fer. Vete a casa —lo animó—. Parece que ya despierta y, si pasa algo, te avisaré. No tardarás más de cinco minutos en estar aquí.

A Fernando no le convencía la idea con la que tenía encima, pero, cuando su compañero insistió una hora después, decidió irse para que pudiera enfrentarse a la situación como él quería.

Nerea había pedido agua. Era buena señal. En su lugar le dieron zumo de naranja para ayudarla a eliminar la droga. Todavía no había conseguido abrir los ojos, pero de vez en cuando balbuceaba lo que necesitaba. Parecía que todo estaba controlado.

Rubén no la abandonó ni un segundo, pero, cuando se ausentó un minuto a por hielo a la cocina, vomitó de nuevo. Había manchado un poco el borde de la cama. No había tenido fuerzas suficientes para alcanzar el cubo a tiempo.

—Tranquila, princesa. Tranquila —susurró llegando hasta ella—. No pasa nada.

Ella estaba intentando limpiar lo que había manchado, pero no tenía fuerzas.

Al menos había abierto un poco los ojos.

—Lo... sien... to —farfulló en un hilo de voz.

—No importa, cambiaré las sábanas.

Sonrió a aquellos ojos azules que empezaban a despertar.

Nerea intentó devolverle el gesto, pero no estaba segura de haberlo logrado. Todavía no controlaba su cuerpo.

—Huelo... mal...

—Sí —afirmó divertido—. Has vomitado. No te preocupes por eso ahora.

—Quiero... ducharme.

Rubén sabía que era cabezota, pero ¿tanto? ¿Cómo demonios iba a ducharse si no se podía sostener de pie?

—Luego, Nerea. Cuando estés más despierta.

La mujer arrugó el ceño, discrepando con esa decisión.

Odiaba oler mal. No lo soportaba... y mucho menos estando cerca de alguien como lo estaba de él.

Comenzó a recordar poco a poco lo que había ocurrido, pero intentó apartarlo de la mente por el momento. Aún no tenía energías suficientes como para enfrentarse a ello. Todavía estaba muy aturdida y confusa.

Rubén sabía que no iba a detenerla por mucho tiempo, así que se fue al baño de su habitación, abrió el grifo, reguló la temperatura del agua por debajo de los treinta y cinco grados para bajarle la fiebre que aún tenía y regresó a su lado.

—He preparado la ducha, pero no puedes hacerlo sola. ¿Estás segura de que quieres ducharte?

Nerea se tensó unos segundos al procesar lo que eso significaba.

Tenía que ayudarla.

Asintió pasando de todo. Necesitaba despejarse, bajar la temperatura de su cuerpo, que abrasaba, y eliminar ese mal olor que le revolvió el estómago.

Rubén apretó los labios, asintió imitándola, se desvistió hasta quedarse en calzoncillos y, con mucho mimo, la cogió en brazos para llevarla hasta el cuarto de baño.

No le quitó la ropa, la metió en la ducha vestida con su camiseta y la ropa interior.

—¡Está... fría! —exclamó Nerea, sorprendida.

—Lo sé, es necesario —contestó con media sonrisa, sin pensar en cómo se transparentaba la ropa interior oscura bajo su camiseta blanca.

Nerea tiritaba de frío, aunque por dentro la fiebre la calcinaba. Rubén la sostenía entre sus brazos con fuerza para que no se cayera.

Aguantaron bajo el agua fría unos minutos, hasta que observó cómo los labios de la chica se tornaban azulados y los espasmos no cesaban.

No decía nada. Aguantaba la gélida temperatura sin rechistar, temblando entre sus brazos, con las manos sobre su masculino pecho. De vez en cuando apoyaba la frente sobre su piel, provocándole la sensación de una corriente eléctrica que lo sacudía por dentro en la que no quería pensar.

Rubén reguló de nuevo la temperatura para que fuese más caliente y no enfermaran.

En cuanto Nerea notó el cambio, suspiró, apretando las manos contra él.

A él le dolían los brazos de soportar el peso y el frío. Así no aguantarían mucho más, pues ella aún no tenía fuerzas suficientes como para sostenerse por sí misma.

La giró para colocarle la espalda contra su pecho, la agarró de la cintura con firmeza y la obligó a deslizarse como él, hasta quedar sentados en el suelo bajo el chorro de agua caliente. Puso el tapón de la bañera para que ésta se fuera llenando y le apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Estás mejor? —preguntó apartándole el pelo para verle la cara, sin soltarla de la cintura, como si tuviese miedo de que, si lo hacía, ella desapareciera.

—Ajá.

—Tienes el pelo sucio, se te ha manchado. ¿Quieres lavarlo?

Nerea asintió, muerta de vergüenza.

En la vida la había visto un hombre en una situación similar, tan frágil y expuesta...

Tenía que tocarle justo al que le importaba..., aunque no tenía claro cómo

había llegado a pasar..., y encima un policía, la única profesión incompatible con la suya...

Rubén hizo de tripas corazón, cogió su champú de cítricos y comenzó a enjabonarle el pelo.

No soportaba verla así; ella era vida y energía, no aquella muñeca de trapo incapaz de moverse.

Observó cómo tiraba de la camiseta, sin conseguir lo que pretendía.

—¿Quieres quitártela? —preguntó con los labios demasiado cerca de su piel.

—Por... favor —dijo arrastrando las palabras. Aún le costaba mucho esfuerzo hablar.

Tragó saliva antes de llevar sus manos a las caderas de Nerea y tirar de la prenda hacia arriba para sacársela por la cabeza. También estaba manchada y, por lo que iba averiguando, ella no lo soportaba.

Su piel era suave y brillaba bajo el agua como la de los delfines, como si fuese su estado natural.

Reunió fuerza de voluntad para no acariciarla de arriba abajo y apartó la vista de la tela oscura de la ropa interior. Cogió el champú de nuevo, se puso un poco en la mano y comenzó a lavarle el pelo con delicadeza. Primero la melena, que colgaba desde el cuello hasta debajo de las clavículas, y después, cuando creyó que esa parte ya estaba suficientemente limpia, deslizó sus manos por su cuero cabelludo para enjabonar el resto.

Oyó un gemido cuando ella sintió el masaje y percibió cómo su cuerpo se relajaba contra el suyo.

Estaba viviendo uno de sus sueños de dos noches atrás, sólo que las circunstancias eran otras. En ese instante la tenía allí, con él, enferma y medio desnuda. Intentó no pensar en lo que le pedía el cuerpo. No era apropiado y ella... ella ya lo odiaba suficiente.

—Tienes un pelo muy bonito —susurró admirando la cabellera negra que sostenía entre sus manos.

—Gracias —contestó como si lo hiciera a cámara lenta, con los ojos cerrados.

Rubén alcanzó la alcachofa de la ducha y lo aclaró con cuidado para que no le cayera jabón en los ojos.

Ella permanecía relajada y tranquila, como un cachorrillo.

Estaba enternecido de cómo podía llegar a ser Nerea. No lo habría imaginado...

¿Sería la droga? Estaba convencido de que no. Ella era así con otras personas, sólo que no le había dado ninguna oportunidad de demostrárselo.

Se arrepintió por enésima vez de todas y cada una de las palabras e insultos que le había dedicado. Ella no se merecía ese trato.

—Nerea —la llamó mientras cortaba el agua para después dejar el mango de la ducha. La bañera ya estaba llena—, lo siento.

Sintió cómo ella se tensaba entre sus brazos, porque de nuevo la había rodeado para que se deslizara un poco más dentro del agua, por la falta de fuerzas.

—Siento todo lo que te he dicho estos días, yo...

—No importa —consiguió pronunciar ella, con un nudo en la garganta que agravaba la lentitud de la que no se deshacía. Notaba la lengua medio dormida—. No eres el primero. Ni serás el último.

Aquello le dolió en el corazón; no sabía por qué no era el primero, pero desde luego no quería entrar en esa lista. No quería ser un sinvergüenza con ella como al parecer habían sido otros.

—No mereces nada de lo que te he dicho. Llamarte «buscona» fue imperdonable.

Nerea notó cómo aquella palabra la lastimaba. El nudo de la garganta se hizo más grande y, para que no la viera con la barbilla temblorosa, intentó incorporarse a duras penas.

Rubén la dejó hacer, sabedor de que se rendiría a los pocos segundos. Las fuerzas regresaban poco a poco, pero aún eran insuficientes como para que se

alejara por sí sola.

—No sé por qué lo hice —continuó. Necesitaba soltarlo todo—. No sé qué me pasó, pero ya no hay vuelta atrás. Siento haberte hecho daño. No era mi intención. No supe calcular los daños. Ese hombre me saca de mis casillas, cómo te mira, cómo te toca...

¿Qué estaba diciendo? ¿Por qué le contaba parte de sus sentimientos? No quería, pero de nuevo lo estaba haciendo, como si su boca no le perteneciera.

Nerea escuchaba cada una de las palabras aguantando las lágrimas.

¿Estaría cambiando su relación? Definitivamente sí. Estar juntos en aquellas circunstancias era demasiado especial como para olvidarlo.

—Me da asco —le confesó con la voz temblorosa por las lágrimas—. Cuando me toca o me besa... lo odio.

Rubén notó cómo se le partía el corazón. Ella los estaba ayudando arriesgando demasiadas cosas. Lo había engañado por lo bien que actuaba, y él, en realidad, sentía rabia de que lo que le mostraba a aquel sinvergüenza fuese verdad. Se le hacía insoportable pensar en algo así.

La ciñó contra él con más fuerza.

¿Cómo había podido ser tan gilipollas?

—Lo siento, Nerea, lo siento, lo siento, lo siento.

Estaba muy tensa entre sus brazos.

Su mente lo llevó a pensar que a lo mejor él también le daba asco y la soltó, dejando que las extremidades superiores cayeran a los lados.

—No tienes... la culpa —intentó explicarse ella con naturalidad, pero la droga no se lo permitía—. Puedo ser muy... convincente cuando quiero.

Rubén sonrió. Eso era cierto. Estaba muy molesto con él mismo y le costaría perdonarse.

—Tú no me das asco —continuó, bajando la mirada a los brazos que ya no tenía a su alrededor.

Él los alzó de nuevo, envolviendo aquel cuerpo perfecto, muy aliviado por esas palabras.

—¿Quieres que te deje sola? ¿Quieres intentar bañarte tú? —De pronto sentía que estaba invadiendo su intimidad sin permiso y no le gustó.

—No puedo —contestó en ese tono lento y pastoso—. No... no tengo fuerzas para... sujetarme... ¿Puedes... ayudarme, por... favor?

Estaba muy bien que lo hubiera perdonado, que le hubiese dicho algunas cosas que necesitaba oír, pero lavarla..., no estaba preparado para eso. No tendría suficiente fuerza de voluntad para hacerlo como si no le importara lo que veía o tocaba.

—Nerea yo... yo no sé si...

—Confío en ti —lo cortó, apretando las manos contra los antebrazos que rodeaban su cuerpo con mimo.

—Pues yo no mucho —confesó muy preocupado. Quería que ella lo supiese—. Soy un tío, Nerea, no un polo de fresa.

Vio cómo la chica esbozaba media sonrisa que le costó un mundo, pero era para él, allí no había nadie más.

El corazón le dio un vuelco, pero lo mantuvo a raya lo mejor que pudo.

—No dejo que me toque cualquiera —arrastró las palabras girando el rostro con dificultad para mirarlo a los ojos—, aunque a veces lo parezca y... me encanta el sabor a fresa.

¿Eso qué quería decir? Si ya era bastante complicado mantener a raya su erección cuando pensaba que lo odiaba, en ese instante, con aquellas palabras, parecía tener rienda suelta y no era el momento.

Sus ojos azules, que comenzaban a adquirir ese brillo que tanto le gustaba, le decían que no le estaba mintiendo.

Cogió la esponja sin pensar mucho más en ello, cediendo a su petición sin saber hasta dónde podría estirar el límite. Ella se intentó incorporar para quitarse la ropa interior sucia y no le quedó más remedio que ayudarla. Ése debía de ser el castigo por cómo se había portado. Merecido lo tenía. Era imposible no mirar su cuerpo desnudo.

Se imaginó bañando a otra persona... a su madre, por ejemplo. La imagen

de estar enjabonando a la madre enferma era algo que le bajaría la libido a cualquiera..., pero personalmente, cuanto más lo intentaba, menos lo conseguía.

Finalmente, y con un autocontrol extremo que desconocía que tenía, lo logró.

Estaba dejando la esponja en su sitio cuando Nerea le cogió la mano y tiró de ella.

Aflojó la presión para que pudiera cogerla.

Le sorprendió averiguar que lo quería era frotarse alrededor de la boca y los labios.

¿De dónde sacaba la fuerza y la rabia? Enseguida comprendió por qué lo hacía. Recordó que Almeida la había besado horas antes y ella le había confesado que le daba asco.

Su expresión era de repugnancia. El recuerdo le daba energías suficientes para limpiarse.

—Te harás daño, cariño. Ya está —susurró quitándole la esponja.

—Me besó... otra vez... y... no lo soporto... Me entran ganas de vomitar...

—Mierda —musitó tan bajito que creyó que no podría oírlo. Sintió pena por ella, pero sobre todo rabia de no haberlo visto antes.

Estaba llorando. Aunque estaba mojada, podía ver las lágrimas deslizarse por sus mejillas. Se las limpió con delicadeza, acariciando la piel como si fuese lo más frágil del mundo.

Nerea cerró los ojos ante el contacto. Esas manos eran cálidas y dulces, algo que no había tenido casi nunca.

Rubén, incrédulo, veía cómo la chica se rendía entre sus brazos, se deshacía bajo su tacto. No era un presuntuoso, ni mucho menos; lo sentía porque ella temblaba pegada a él.

La tensión entre ambos iba más allá del desencuentro profesional, y eso lo estaba cambiando todo.

Se arriesgó.

Acercó los labios a su boca. La besó tan dulce como era capaz.

Nerea no se asustó, ni se apartó; sólo gimió cuando notó el contacto, sin abrir los ojos.

Al principio no participó, se quedó quieta, sólo sintiendo, pero después se lo devolvió.

El policía creyó que el corazón le explotaría.

No resultó un beso tórrido, ni apasionado; por el contrario, fue un beso tierno, que significaba tantas cosas para ambos que no eran capaces de reaccionar.

Rubén tomó el control antes de que aquello se le fuera de las manos.

—Será mejor que te saque de aquí antes de que enfermes. —«Y me vuelva loco», añadió su mente.

Nerea no hizo ningún movimiento; estaba tan absorta en el recuerdo de lo que había pasado hacía unos segundos que no podía ni hablar ni moverse.

La sacó de la bañera con cuidado, la envolvió en una toalla y, en brazos, la llevó hasta el sillón de lectura cercano a la cama.

Cambió las sábanas manchadas por segunda vez y después la tumbó.

Cuando estuvo seguro de que estaba cómoda, se levantó, abrió el armario y sacó unos bóxers blancos y otra camiseta limpia, azul claro.

No tenía ropa de mujer y toda la que ella había traído estaba sucia o mojada, menos la gabardina. Dejó las prendas junto a ella.

—Vístete con esto. Siento no tener otra cosa —se disculpó sincero—. Iré a ducharme mientras lo haces.

Nerea asintió despacio y vigiló cómo desaparecía por la puerta.

Con las escasas fuerzas que iba recuperando, se puso las prendas que le había prestado.

Exhausta, se quedó tendida de lado en la cama, escuchando cómo corría el agua, imaginando cómo caía la espuma mientras él se duchaba, cada movimiento, hasta que cerró el grifo.

¿Qué había pasado minutos antes? ¿Por qué se habían besado?

Creía saber el motivo, pero no dejó que su mente volara en aquella dirección, sólo agradeció tener otro beso que recordar, uno que eclipsaba la mayoría de ellos y, lo más importante, uno que no le diera asco.

Estaba agotada, pero no era el mismo sueño que sintió cuando la droga empezó a entrar en su torrente sanguíneo; en ese momento estaba cansada de verdad. La fiebre y los vómitos la habían consumido.

Rubén mantuvo a raya sus pensamientos todo lo que pudo. La había besado como había deseado hacer desde que la vio por primera vez, aunque no se lo hubiese confesado ni siquiera a un perspicaz Fernando, y lo mejor de todo era que ella le había correspondido. A partir de entonces todo sería distinto y, sin duda, más peligroso..., mucho más.

Salió del baño envuelto en una toalla. Estaba preciosa tumbada de lado, con el pelo mojado haciendo dibujos en la almohada alrededor de su cabeza, y lo mejor era que estaba tranquila allí, en su cama.

—¿Estás bien? —preguntó sentándose junto a ella.

—Sí —contestó acurrucándose.

Más relajado tras esa afirmación, fue hasta el armario, sacó unos calzoncillos para él, se los puso por debajo de la toalla y después tiró la prenda de algodón al suelo.

Sin más preámbulos, trepó a la cama para descansar. Estaba agotado de todo lo que había sucedido, cansado de pelear contra lo que sentía y notando cómo toda la tensión acumulada se tornaba paz. Allí estaba segura y lo que necesitaban era dormir.

Se tumbó a su lado y notó que su piel estaba fría y algo temblorosa.

Cogió la colcha y la sábana de los pies de la cama, tiró de ellas para arroparlos a ambos y la abrazó contra su pecho.

En cuanto sintió el abrazo, Nerea se relajó. Poco a poco dejó de temblar. Era tan bonita...

—Aquí estás segura. No te pasará nada. Descansa, preciosa —susurró tranquilo, agradecido de tenerla allí.

—¿No te irás? —le preguntó más despierta. La droga iba desapareciendo o, al menos, daba una tregua.

—No. No me iré... Tenemos que descansar. Duerme.

Se acurrucó contra él y enlazó los dedos entre los de la mano que la aferraba a su cuerpo.

—Gracias —susurró antes de cerrar los ojos con una tranquilidad que no recordaba haber experimentado antes.

Capítulo 8

Intentaba descansar, pero no podía dormir.

Tenía miedo por ella.

La droga era muy potente, y la dosis, demasiado elevada para su cuerpo, aunque luchaba con fuerza.

La mejoría era patente, pero él sabía que, durante dos o tres días, no se encontraría bien y podía empeorar de nuevo.

No se lo había contado. No quería preocuparla...

Había perdido la noción del tiempo.

Era de noche, de eso estaba seguro, pero nada más.

Nerea se había dormido muy rápido, en parte por la droga, en parte por el agotamiento de su cuerpo.

No tenía un sueño tranquilo, pero desde hacía una hora no se había movido. Se había acomodado muy cerca de él, con la cabeza descansando sobre su hombro y la boca pegada a su cuello. Sólo se desplazó un poco para entrelazar una pierna entre las suyas y ceñirse más a él.

Rubén pensó que debía de estar muy asustada, aunque su fuerza interior nunca le permitiría confesarlo en voz alta.

Intentaba mantener la calma y, sobre todo, la cordura, no darle vueltas a las imágenes que su memoria le regalaba. Ese baño y el beso le estaban pasando factura. Si a eso sumaba la postura que había adoptado Nerea para mantener un sueño apacible, pegada a él, era llevarlo al límite permitido.

Estaba soñando, Rubén lo supo porque gemía y jadeaba de vez en cuando, apretándose más a él, como si intentara protegerse entre sus brazos.

La abrazó, sufriendo por no poder hacer más por ella. No podía ayudarla en ese trance más de lo que lo estaba haciendo. Pensó en despertarla para intentar aplacar la angustia que parecía experimentar, pero se relajó de nuevo y desechó la idea.

—No —la oyó hablar en sueños mientras apretaba contra su piel la mano que tenía sobre su pecho.

Suspiró, rezando para que no fuese nada referido al intento de secuestro. Sólo faltaba que soñara con ello... No le deseaba esa pesadilla a nadie.

Su respiración se tornó agitada y el cuerpo se contrajo sobre el suyo. Acarició su espalda con tranquilidad, procurando calmarla, pero en realidad estaba muy nervioso.

Cuando comenzó a llorar, no lo pudo soportar más y, con mucha delicadeza, empezó a despertarla.

—Tranquila, Nerea. Estás a salvo. Sólo es una pesadilla. No pasa nada.

La mujer tembló contra su cuerpo. Después de unos segundos, despertó entre jadeos.

—Estás bien. No pasa nada —susurró el policía sobre su pelo.

—Rubén —musitó con miedo.

—Sí, estás conmigo... Estás a salvo —dijo mientras acariciaba de nuevo su espalda.

Su cuerpo se relajó inmediatamente. No tenía miedo con él, no se sentía mal con él.

—Sólo es una pesadilla. Respira —la animó.

Nerea comenzó a llorar. Estaba muy inquieta y no pudo evitarlo.

Por algún extraño motivo se sentía protegida con él como con nadie. No sólo segura porque no le harían daño... Era la seguridad que te brinda saber que estás donde y con quien debes... ¿Tanto tiempo luchando para estar sola y de pronto se encontraba con él, el hombre menos adecuado para ella del mundo? Esperaba que fuesen sentimientos provocados por la droga. En

cuanto se encontrara mejor, se iría de allí y no volverían a tener esa intimidad.

—Perdona, te... he despertado —se disculpó, separándose de él al darse cuenta de la posición en la que estaba. Era demasiado íntima y no podía... No debía...

Rubén se sintió vacío al notar cómo se alejaba.

¿Por qué lo hacía? Él quería tenerla justo donde estaba momentos antes.

—No me has despertado, no te preocupes... ¿Estás bien? —susurró sin saber qué hacer. Se sentía solo en esa cama sin ella.

—Creo que... será mejor que me... vaya... Me encuentro... mejor —dijo arrastrando aún las palabras.

Aquello fue un bofetón en toda regla para Rubén.

Todavía no se sentía cómoda. Rubén se dijo que resultaba evidente que la situación no era la mejor para ello, demasiada intimidad sin ser nada más que protegida y policía en esos momentos, pero algo había cambiado... Sus sentimientos se habían trastocado y estaba seguro de que los de ella también.

Nerea intentó incorporarse no sin esfuerzo, consiguiendo llegar al borde de la cama y sentarse, pero comprobó que no podía pasar de ahí. La cabeza le daba vueltas y no tenía más reservas para ponerse en pie.

Se agarró la cabeza con las dos manos, intentando que el mareo se detuviese. No fue suficiente. Estaba mal y sólo se encontraba bien tumbada. También descubrió que, si era pegada a Rubén, aún era mejor.

La dejó hacer para que se diese cuenta de que no podía marcharse.

Sabía que decirle las cosas no serviría de nada, porque era igual de cabezota que él. Si lo descubría por sí misma, no podría negarlo... y se evitarían una discusión.

—¿Estás bien? —insistió, acercándose hasta ella para ayudarla.

—Estoy muy... mareada —confesó—. ¿Es... normal? ¿Qué me... han dado?

Rubén no quería enfrentarse tan pronto a esas preguntas.

Era intuitiva y, por razones que aún desconocía, sabía muchas cosas que lo tenían desconcertado. Por ello, debía decir la verdad.

—Una mezcla explosiva de burundanga, belladona y diazepam —contestó sincero. Era lo mejor—. Tardarás un par de días en encontrarte bien. La dosis era alta.

Nerea se pasó las manos por el rostro sin pronunciar palabra.

Bajó la cabeza, aturdida, pensando en lo que le acababa de contar. Sintió un escalofrío de pánico. Nunca se había enfrentado a algo así. ¿Por qué no había podido robar a aquel capullo y desaparecer? ¿Por qué se había metido en ese lío? Todavía no alcanzaba a encontrar una respuesta.

Rubén puso una mano en su hombro, rezando para que no lo rechazara. No tenía muchas fuerzas para contenerse, pero, si no quería que la tocara, las sacaría de debajo de las piedras si hacía falta.

No lo hizo. Lo dejó acercarse.

Tragó el nudo que tenía en la garganta antes de hablar.

—Tienes que descansar, Nerea. No estarás bien hasta que elimines todo lo que tengas dentro. Siento no haber llegado antes... —se disculpó. Aquello lo atormentaba y necesitaba exteriorizarlo.

—No es culpa tuya... Podría haber sido... mucho peor.

Tenía razón. Si se hubiese despistado un segundo, no se habría dado cuenta de lo que estaba haciendo Almeida y lo que pretendía con ello.

—Gracias... por todo. Sé que no... somos amigos, pero...

—No, Nerea —cortó sus palabras. No quería oír más rechazos—. Eso se acabó. Somos adultos, personas responsables y profesionales. Tenemos que comportarnos como tal. Lo siento de verdad. Duerme tranquila.

—Tendrás... cosas... de las que ocuparte... más importantes que yo y tienes... que descansar... Ya estoy bien —replicó, contenta de oír que le proponía aquella tregua. La necesitaba.

Rubén sabía que era mentira. No se encontraba bien en absoluto; mejor, posiblemente sí, pero bien, no. Además, le preocupaba que pudiese recaer en

las próximas horas.

¿Algo más importante que hacer? No. No había nada más importante que ella.

—Sólo tengo que encargarme de ti. No podría hacer otra cosa ahora mismo. Eres mi prioridad.

Nerea dejó de respirar.

¿Era importante para él? Eso era imposible. La odiaba a muerte, se lo había dicho mil veces de una u otra forma. No podía ser cierto. No debía pensar que era verdad...

—Me iré... cuando... amanezca —insistió con mucho esfuerzo. Estaba agotada.

—Cuando estés mejor, yo te llevaré y también iré a buscar tu coche..., te lo prometo, pero mañana no.

Tiró de ella con suavidad para que se tumbara otra vez. Cedió al gesto sin titubear. Rubén se sorprendió. Su corazón empezó a latir deprisa. Se la llevó ceñida a su cuerpo hasta tumbarla junto a él.

—¿Mejor? —preguntó sin atosigarla demasiado. Su cuerpo y su mente tenían una pelea en ese momento que sin duda no era saludable.

—No sé por qué, pero... sí. —¿Qué le estaba diciendo? Seguir por ese camino resultaba peligroso—. No sé... qué me haces... pero... estoy bien cuando estoy... contigo.

Rubén sonrió, agradecido por su sinceridad. No lo esperaba por nada del mundo.

Según avanzaban los minutos y las horas, se le hacía más cuesta arriba permanecer a su lado sin dejar que los sentimientos tomaran las riendas.

—Yo también contigo —susurró en su oído.

El corazón de Nerea voló por libre. Rubén no era como los escasos hombres por los que se había sentido atraída, era mucho más.

Necesitaba abrazarse a él, que la acogiera, la besara...

Las mejillas de la mujer se habían enrojecido un poco. Lo sabía porque las

sentía calientes pegadas a su cuello.

Decidió atreverse otra vez, ya no tenía fuerzas ni ganas de resistirse más. Aquel gesto acabaría con él o con la situación... pero no había otra salida.

Levantó su rostro con suavidad, acarició su mejilla enrojecida y la besó de nuevo, tal como lo había hecho en la bañera.

Nerea aguantó sin emitir señales.

¿Quería aquello? Sí, claro que lo quería, pero ¿sería una necesidad inducida por la droga? Enseguida supo que no era así. Se asustó al darse cuenta de lo obvio: lo que sentía era deseo.

—Lo siento —se disculpó Rubén al ver que no respondía a su beso—, no volveré a...

No pudo terminar la frase.

Nerea adelantó la boca lentamente hasta la suya. La droga no le permitía actuar con más naturalidad. Consiguió atrapar la de él en un nuevo beso.

El pecho de Rubén se agrandó tanto que pensó que explotaría.

Agarró su cintura con cuidado, pero sin dejar de mostrar deseo. Se apretó contra ella.

Su lengua, caliente y dulce, lo despertaba, dejando sus terminaciones nerviosas muy sensibles y la cabeza funcionando tan rápido que pensó que era mejor desconectarla y disfrutar. Centró todas sus energías y pensamiento en la chica que tenía entre sus brazos.

Nerea se dejó llevar. Se lo merecía por una vez en la vida, aunque fuese el hombre equivocado.

Estaba harta de todo, cansada, sola, triste, y él la cuidaba aun sabiendo lo mal que se habían tratado... y, lo más importante, era sincero con ella, pues le decía lo que pensaba aunque eso la lastimara, sin pensar que era una muñeca de cristal guapa y tonta, como acostumbraban a hacer los demás.

Rubén se excitó todavía más al oír el gemido que emitió la boca que tenía pegada a la suya. Hacía tiempo que no lo experimentaba.

Se aventuró a acariciarla por debajo de la camiseta y se sintió poderoso al

percibir los temblores de la piel por donde pasaba.

Sus pechos eran generosos y se endurecieron bajo la palma de su mano al rozarlos.

Tuvo que recordarse varias veces que estaba bajo los efectos de las drogas hasta que consiguió apartarse antes de que fuese demasiado tarde.

—No —susurró Nerea al sentir cómo se alejaba esa mano. Estaba muy excitada y no quería que parase.

—Sí —contestó pesaroso, con media sonrisa—, las drogas aún... Nerea, si cuando se te pase esta confusión sigues deseando lo mismo, estaré aquí. Te esperaré. No voy a cambiar de opinión.

Meditó la contestación un minuto.

No la estaba rechazando, sólo decía que la quería con todas sus facultades físicas y psíquicas al ciento por ciento.

Era sorprendente que no siguiera adelante cuando era él quien lo había empezado. No había conocido a ningún hombre que echara el freno de esa forma.

Por otro lado, no se sentía confusa, ni aturdida; sabía lo que hacía, sólo se sentía cansada.

—Sé... lo que estoy haciendo, sé con quién... estoy y sé quién me... está besando.

Rubén contuvo el aliento mientras la escuchaba.

Le gustaron esas palabras. No es que tuviese dudas al respecto, pero era reconfortante que se lo dijera, aunque no lo ayudaba en sus intenciones de posponer aquel encuentro íntimo. Nerea se lo estaba poniendo muy difícil.

—Aunque... entiendo... lo que quieres decir —continuó para su sorpresa—. Me has... visto con...

—No es por eso —se apresuró a replicar, para no oír el nombre de aquel malnacido—. A mí no me besas igual. Lo sé.

Estaban en penumbra, sólo había la escasa luz que entraba del exterior por las ventanas, pero Rubén supo que a ella se le había iluminado la cara.

¿No la habían querido nunca? ¿Era verdad lo que le había contado en el baño? No lo entendía.

Sin dudar, la atrajo hacia sí, estrechándola entre sus brazos. Quería que sintiera su calor.

Le molestaba pensar en ella con otros hombres, cada vez más, pero la idea de que hubiese estado tan sola resultaba demasiado dura. ¿Cómo había logrado llegar hasta allí sin amor? ¿Qué le habría pasado en la vida para no tener a nadie?

Oyó cómo suspiraba agradecida y notó cómo apretaba las manos en su piel.

—Sólo quiero que no te arrepientas..., que no pienses que soy un cabrón que se aprovecha de la situación. Algo me dice que ya has tenido suficiente de eso.

¿Por qué la entendía tan bien de repente? ¿Por qué le decía justo lo que necesitaba escuchar? Aquel hombre estaba haciendo que cambiara su forma de pensar, que se planteara posibilidades en las que no quería entrar justo en este momento de su vida; tenía planes, robos que hacer... pero estaba tan bien entre sus brazos...

—Entiendo... —atinó a decir en medio de la emoción.

—Eres preciosa, Nerea, y lo más importante: inteligente, astuta, simpática, dulce, sensual... No te mereces que te traten mal y abusen de ti. Yo no...

—Chist —le ordenó, porque, si seguía por ahí, se iba a poner a llorar otra vez y no quería hacerlo. Él ya no entraba en la lista de sinvergüenzas—. Tú no... tú no eres lo que ibas a decir, Rubén. Nadie... me ha tratado como... tú. Aunque... al principio... no te... fiaras de mí. No digo que ahora... lo hagas, pero no has dejado... de velar por... mí. Eso te elimina... de la lista de cabrones... aprovechados... de inmediato.

Rubén tuvo que sonreír al escucharlo.

No estaba seguro de merecer no estar en esa lista, pero que ella lo hubiese puesto en otra que no parecía ser muy larga lo alegró.

Nerea se tranquilizó al percibir la sonrisa que apareció en su rostro tras su comentario. Le habría gustado verla, la encantaba cuando él sonreía y sólo había tenido un par de ocasiones para disfrutarla. Quizá la vida le podría regalar más.

—Ahora... entras en... la corta... lista de los... considerados y... caballerosos.

—¿Cuánto de corta? —preguntó, divertido por el cariz distendido que había tomado la conversación a pesar de su dureza. Le contaba secretos que no pensaba que iba a descubrir y hacía esfuerzos para ello.

—Sólo tiene un... miembro que... acaba de... ingresar —le susurró, sonriendo con la boca pegada a su cuello—, pero no... se lo cuentes... a nadie. Es... un secreto.

Fue inevitable. Intentó no hacerlo, luchó con todas las fuerzas que le quedaban, pero no resultó.

Tras aquella confesión, estaba besándola de nuevo, aunque sabía que no debía hacerlo...

Era tan dulce y sensual que no lo podía resistir.

Nerea se apartó un poco para coger aire.

—A este paso me borrarás antes de hacerme el carnet de socio —comentó divertido.

—No creo que... pueda ya y menos por... besarme así.

Estaba deseando que la volviera a besar.

Quería que la besara otra vez y otra y otra, porque, cada vez que lo hacía, sentía que le importaba a alguien de verdad por ser sólo Nerea, aunque no supiera nada más sobre sus otras vidas.

—Nerea... —susurró perdiendo la paciencia, incapaz de apartarse como había hecho antes. La voluntad se había ido a paseo hacía rato.

—No te preocupes, no es... mi intención... ir contra tus deseos... Será mejor dormir.

Notó cómo ella deslizaba la cabeza sobre la almohada y tiraba de él para

que se pusiera a su lado.

Rubén la siguió, confundido por lo que sentía. Lo último en lo que era capaz de pensar en ese instante era en dormir.

De nuevo las imágenes de los dos en la bañera lo abrumaron de tal manera que la erección creció más de lo recomendable. Si se tumbaba a su lado como ella pedía, lo iba a notar en todo su esplendor.

—¿En qué... piensas?

La pregunta lo sorprendió.

Rio entre dientes sin saber qué contestar. Lo que pensaba no era compatible con lo que tenía que hacer.

No le preguntó más, tiró de nuevo de su brazo, aunque sin fuerza, para que se colocara junto a ella.

Cedió a su petición, avergonzado por lo que iba a notar en cuanto se acercara, pero no podía hacer nada por evitarlo. Salir corriendo no era la mejor opción después de lo que habían hablado... y no se lo quería explicar.

Nerea sintió cómo se abrazaba a ella, con la palpitante erección que intentaba disimular.

Aguantó la risa todo lo que pudo, pero al final él se dio cuenta de que reía, aunque sin energía.

—No es gracioso —susurró Rubén lentamente—. Duele.

—Lo sé y... lo siento. Yo no... puedo... ayudarte.

Se maldijo por oírla decir eso. La mente es muy mala, sobre todo cuando intentas no pensar en algo, porque, por alguna razón que se escapa al entendimiento, te lo repite una y otra vez con todo detalle y justo ese «yo no puedo ayudarte» le provocó un sinnúmero de imágenes mentales en las que sí lo ayudaba.

Resopló apoyando la frente en la de Nerea.

—No hables más, por favor te lo pido —rogó cogiendo su rostro entre las manos—. Si me voy unos minutos, ¿estarás bien?

Tenía que salir de aquella maldita cama. Necesitaba una ducha fría, un

rato a solas o las dos cosas.

—Sí, pero no tienes... por qué irte —susurró sintiendo mucho calor y un cosquilleo en su entrepierna que provocaba que deseara acercarse más.

—O me voy o...

Nerea sintió una necesidad irrefrenable de acercar su cuerpo a aquella erección. También empezaba a necesitar la ducha fría o estar con él, una de las dos cosas, con urgencia. Notó cómo Rubén crecía más bajo los calzoncillos y se endurecía con sólo rozarlo un poco.

—Así no se puede mantener la palabra, cariño —contestó con voz ronca, intentando no moverse entre sus piernas—. Mi aguante tiene un límite que ya he sobrepasado hace rato.

—¿Crees que... estoy aturdida? ¿Me ves capaz... de decidir... por mí misma?

Desde luego no estaba confusa, sólo cansada, aunque las drogas aún estaban en su organismo.

Estaba decidiendo por sí misma. El problema era que no estaba seguro de no cometer un grave error.

—Eres consciente de lo que estás provocando, eso es lo que sé, y yo... soy humano y no aguanto más.

Acercó sus labios a los de ella y sus manos a su cara, para acariciarle las mejillas. Ella pasó una pierna por encima de las suyas y le dejó el camino libre para sentir su calor. Aun con los calzoncillos puestos, notaba que la erección era grande. Gimió mientras lo besaba.

Rubén deslizó de nuevo su mano para acariciarla. Estaban tumbados de lado uno frente al otro.

Despacio, pasó por su cuello, el hombro, el costado... y llegó hasta su nalga, para apretarla contra él.

Costaba respirar. Él la atraía desde que lo vio por primera vez. Sintió su penetrante mirada desde el momento en que entró en su casa, y la atracción estaba ahí, aunque no hubiese querido admitirlo por su seguridad.

Ella era tan suave y su cuerpo tan bonito que podría acariciarla toda la noche sin cansarse. Notaba el temblor que le provocaban sus caricias y cómo se apretaba contra él, buscando placer. Se aventuró por debajo de la camiseta para continuar donde lo había dejado antes. Su pecho se endureció de nuevo al contacto; deslizó los dedos por el suave pezón, haciéndolo sobresalir al instante. No iba a aguantar mucho si ella seguía respondiendo a sus caricias con tanta colaboración. Además, los espasmos de su cuerpo al sentir dónde la tocaba y cómo temblaba apretándose más contra su pene lo estaban volviendo loco.

Nerea hundió los dedos en la piel de su fuerte espalda cuando dejó un pecho para prestar atención al otro.

La camiseta comenzaba a molestarle; quería tenerla desnuda entre sus brazos para poder continuar sin nada que le entorpeciera.

Tiró de la prenda con suavidad hasta sacársela por los brazos mientras comenzaba a besar su piel hasta llegar a sus pechos y jugar en ellos con la lengua.

Nerea arqueó la espalda, jadeando; si seguía así, llegaría al orgasmo sin que la penetrara, podía sentirlo. Dejó el juego para besarla y recuperar el ritmo de la respiración. Estaba débil y cansada, no debía olvidarlo.

—¿Estás segura? —preguntó recuperando el aliento.

—Sí —susurró antes de besarlo otra vez.

—No hagas nada, estás convaleciente. Yo me encargaré de todo.

Nerea notó cómo los labios se le curvaban hacia arriba mientras hablaba; atento y generoso... Un sueño.

De nuevo deslizó la mano por su piel, suave y lenta, provocando corrientes eléctricas a su paso que se concentraban en el diafragma y en los pechos. Era como si tuviese fiebre otra vez.

Jugueteó con el elástico de los calzoncillos que ella llevaba, que le quedaba flojo, hasta que deslizó la mano a su interior y buscó lo que sabía que la iba a enloquecer.

Nerea resopló al sentir sus dedos donde más calor sentía, para después jadear y apretar sus caderas contra ellos.

—No puedo más —confesó con voz entrecortada a los pocos segundos—. Rubén... por favor...

Sin decir nada, Rubén quitó la mano, tiró de la prenda hacia abajo y se la sacó por las piernas con cuidado. Se incorporó un poco, se desprendió de sus bóxers y dejó que su miembro se irguiera libre por fin.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó tumbándose sobre ella, encajándose entre las caderas.

—Lo que... sea que calme la fiebre que siento por dentro —balbuceó. Le costaba respirar—, pero hazlo... ya.

Estaba preparada, sentía el calor de la dilatación y la humedad. Él estaba aguantando, pero a cada segundo esa tarea se tornaba más difícil.

De nuevo la besó, deslizándose las manos a su pecho y abriéndole las piernas con las suyas hasta encajar en el sitio justo.

Nerea levantó las caderas mientras abría más los muslos.

Sintió cómo el pene duro de Rubén encontraba el lugar exacto sin problemas y, con una embestida decidida pero cuidadosa, entró en ella. Enseguida frenó.

—Cinco segundos —susurró sin voz.

Se levantó y regresó muy rápido.

Nerea casi no lo echó de menos. Vio cómo rompía un envoltorio, cómo deslizaba el látex y cómo se colocaba donde estaba antes.

De nuevo entró en ella con suavidad. Tenía el camino libre y preparado desde hacía un buen rato.

Se deslizó dentro de ella muy lento, sintiendo cómo sus músculos lo apretaban en su interior y cómo temblaba entre sus brazos. Era increíble cómo encajaban tan bien.

Entró y salió de ella varias veces al mismo ritmo, hasta que Nerea jadeó algo que creyó que era «más» y él aceleró el ritmo.

Poco a poco fue excitándolo, haciendo que su erección creciera hasta el máximo.

Nerea lo sentía firme en su interior, pero para su sorpresa aún podía ser más grande y más duro. Jadeó.

—¿Te hago daño? —preguntó preocupado, aunque le costaba hablar.

—No... no... sigue —contestó pensando que ya no podía más, pero quería que continuara.

Rubén se apoyó sólo con una mano para arquear más la espalda de Nerea con su brazo. Ella gimió al sentir que podía llegar más profundo. Apretó más sus músculos para retenerlo dentro cuando, de repente, dejó de moverse.

Sintió cómo Rubén permanecía duro dentro de ella y deslizaba la mano por su pecho, haciendo que lo apretará más en su interior. Después de unos segundos jugando con sus pezones, continuó la caricia hasta llegar donde se unían sus cuerpos. Aquello se hizo insoportable... cuanto más la tocaba, el ardor entre sus piernas crecía, más lo apretaba en su interior y más grande se hacía dentro de ella.

—Ru...bén.

Fue lo único que consiguió pronunciar antes de que él comenzara a moverse otra vez con más fuerza y ritmo, hasta que no aguantó más y gimió temblando, jadeando, mientras sentía un mareo que no podía comparar a ninguno que hubiese experimentado antes.

Rubén pudo ver cómo ella se deshacía entre sus brazos y en su interior. Muchas mujeres se habían acostado con él en sus treinta y cuatro años, pero jamás había visto a una llegar al orgasmo, ni responder a sus estímulos, de esa manera.

En unos segundos él también llegó al clímax y su pecho rugió de placer.

¿Qué había pasado?

Capítulo 9

Rubén acunó el cuerpo débil y tembloroso de Nerea, besándole el rostro, los labios y el pelo hasta que se quedó dormida.

¿Qué había hecho?

Había perdido la cabeza.

Había sido fantástico, nunca antes se había sentido igual con una mujer, pero no podía evitar pensar que había sido un terrible error. Nerea estaba aún bajo los efectos de la droga. Debería haber tenido paciencia y esperado...

Se pasó lo que quedó de noche despierto, vigilando su sueño.

Cuando amaneció, consiguió dormir un rato, pero, a primera hora de la mañana, Nerea vomitó de nuevo, perdiendo el conocimiento a intervalos.

Le administró una nueva dosis de antídoto y vitamina C. Al menos la fiebre era débil.

Cuando estaba consciente, intentaba que bebiera agua y zumo de naranja, pero no asimilaba nada, pues al cabo de un rato lo devolvía todo otra vez.

Los intervalos en los que estaba lúcida, lloraba impotente y, por más que le decía que no se preocupara, que era normal y que no la dejaría sola, ella continuaba llorando aferrada a él. Sus ojos azules no tenían vitalidad, sólo había miedo en ellos.

Fernando llamó al mediodía, intentando ser lo más prudente posible, pero, al contarle Rubén la situación, se presentó en su casa para hacerle compañía y que pudiese descansar.

—No, Fer, no voy a irme a dormir a ningún sitio —insistió por enésima vez a su amigo, inquieto porque Nerea había vuelto a perder el conocimiento.

—Tienes que descansar, Rubén, lo sabes... Si cambia algo, te despertaré.
Nerea estaba metida en la cama.

Rubén había tenido cuidado para que Fer no la viera desnuda, vistiéndola con mimo otra vez y tapándola con la sábana y la colcha.

Estaba apoyado contra el marco de la puerta mientras la observaba con su amigo al lado.

—Cuando esté mejor. No quiero que despierte y se asuste si no estoy.

Fernando enarcó una ceja al oír esa apreciación. No pudo resistir increparlo. Lo conocía bien y esa actitud sólo podía deberse a una cosa.

—¿Qué? —Intentó no elevar la voz—. ¿Qué has hecho? ¿Qué...?

—No voy a darte explicaciones, Fer... no voy a... —frenó su diatriba. Lo conocía a la perfección. No lo engañaría fácilmente—. Es complicado, ¿vale?

—¡Y tanto! —se exasperó, intuyendo lo que quería decir.

Permanecieron unos minutos sin decir una palabra.

Rubén miraba a Nerea con un nuevo brillo en los ojos y Fernando no apartaba la vista de su compañero, intentando entender cómo había conseguido darle la vuelta a la tortilla tan pronto.

—¿Te has acostado con ella? —susurró en tono comprensivo. No quería discutir.

No hizo falta que le contestara, su silencio fue suficiente para saber lo que había pasado en aquella habitación.

—Rubén, está drogada...

Lo dijo cerrando los ojos, sin querer pensar las consecuencias de los actos que él parecía no ver.

—He dicho que no voy a darte explicaciones, Fernando... Ella sabía lo que estaba haciendo... Ella quería que pasara. —Se frotó el puente de la nariz apretando los ojos. Estaba agotado y esa conversación no era lo mejor en ese instante—. ¿Crees que soy tan cabrón de aprovecharme?

—No he dicho eso... Sé cómo eres y sé que no harías algo así, sólo digo que...

—Está drogada. Sí, ya lo sé. —Se estaba enfadando.

—Será mejor que me vaya —decidió su amigo, para no enfrentarse a él—. Llamaré esta noche para saber cómo sigue y, si necesitas cualquier cosa, me avisas.

Rubén se arrepintió de haberle hablado mal a Fernando, pero no quería discutir sobre lo que había hecho. Había sido especial, íntimo e irremediable, aunque estaba claro que el momento no era el adecuado. No hacía ninguna falta que le recordara con palabras todo lo que había pensado durante las últimas horas.

Lo acompañó a la puerta para cerrar con llave una vez se hubiese marchado. Fernando se giró justo antes de abrir.

—Siento haber juzgado lo que ha pasado, pero... Rubén, eres mi mejor amigo y no quiero que te metas en problemas. Esto es un marrón que se nos escapa de las manos.

—Ya se nos ha escapado —murmuró apoyado contra la pared de la entrada— y sé que no lo haces con mala intención, es sólo que no es el mejor momento para hablar de esto.

Fernando asintió, comprendiendo que estaba pasando por uno de los peores tragos a los que se había enfrentado, así que no insistió más. Le dio una palmada cariñosa en el hombro y se giró para abrir la puerta.

—¿Sabes dónde está ese cabrón? —preguntó Rubén apretando la mandíbula.

—Escondido en su agujero —contestó, contento de que no hubiese olvidado su trabajo—. Ha puesto vigilancia al coche de Nerea. Piensa que irá a buscarlo.

—La espera... ¿Cómo no?

—Lo cogeremos, Rubén. Te lo prometo.

Intentó no darle más vueltas a eso de momento. Por ahora estaba segura en su casa, nadie sabía cuál era su paradero y no los habían seguido. Esperaba que no hubiese averiguado dónde vivía.

—¿Qué has contado en la galería? —Quería saberlo todo. Lo necesitaba.

—He dicho que había tenido que salir de viaje urgentemente y que me había encargado avisar a Julián.

—¿No han sospechado nada? —Esperaba que así fuera.

—No. Y eso es lo raro... Debe de hacerlo a menudo.

Rubén asintió, sin querer entrar en más detalles ni saber más. No quería desconfiar de ella otra vez. Ya tendría tiempo de preguntarle a Nerea si lo creía oportuno. Fernando entendió que entraban en terreno pantanoso y, sin más, se marchó.

Las siguientes horas fueron agónicas para Rubén. Mantuvo un duermevela inconsciente junto a Nerea. No le hablaba apenas, ni siquiera soñaba... Aquel silencio lo tenía muy preocupado.

Cuando recuperaba la consciencia, le apretaba la piel con sus débiles manos y se ceñía a él con la poca fuerza que tenía. Rubén la animaba con dulces palabras y muestras de cariño, pero, cuando sucumbía al sueño, creía morir de impotencia y preocupación.

A las diez llamó a Fernando y éste estuvo a punto de convencerlo para llevarla al hospital debido a la falta de mejoría, pero finalmente no cedió, le daba pánico que Almeida descubriera dónde estaba y consiguiera llevársela.

Una hora después de hablar con su compañero, Nerea vomitó por última vez. De nuevo no pudo controlarlo y, aunque insistió balbuceando en ir a la ducha, Rubén se lo impidió.

No había vuelto a dormirse y recobraba el habla poco a poco.

Durante la hora siguiente permaneció entre sus brazos, alejados de la ropa de cama manchada y la camiseta que Nerea se había empeñado en quitarse.

—¿Cuánto tiempo he...? ¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó con más energía en la voz.

—¿Desde cuándo? —El policía quería saber qué era lo que preguntaba exactamente.

Al principio Nerea se envaró, sin entender a qué venía aquello, pero enseguida comprendió por qué lo preguntaba.

Sintió vergüenza en cuanto se dio cuenta de que estaba medio desnuda entre sus fuertes brazos, con la espalda apoyada en su pecho de lado en la cama. Sólo llevaba unos calzoncillos que le quedaban grandes a modo de pantalón. ¿En qué estaba pensando? ¡Era poli! Y un policía muy muy sexy.

Rubén seguía esperando a que contestara, pero no lo hacía. Acarició su mejilla, sonrojada por algo que pasaba por su cabeza en ese instante, sin apremiarla para que le diera la respuesta. También notaba cómo ella intentaba apartarse sutilmente de su cuerpo.

—Desde... —susurró, incapaz de terminar la frase.

—¿Desde? —insistió Rubén. Quería averiguar qué recordaba y qué no.

Nerea suspiró, apretando la mandíbula y tensando su cuerpo ya firme de por sí.

—Re-recuerdo la comida. Me sa-sacaste del res-restaurante. Estaba muy mareada, tú me... tú... me-me su-sujetaste, luego entramos en un coche y después... re-recuerdo sólo algunas co-cosas.

Estaba nerviosa mientras hablaba, tanto que tartamudeaba. Rubén lo notó. La conversación lo hacía sentir igual.

—¿Qué cosas? —Quería saberlo. Deseaba saber si recordaba lo que habían hecho y qué sentía al respecto. Lo necesitaba.

—Tú... —dudó, porque eran tan vívidas las imágenes que la abrumaban— yo... nosotros... vomité. —Se salió por la tangente, pero se dijo que no podía escapar más. Él quería que lo dijese, asegurarse de que esos recuerdos juntos no se habían borrado a causa de la droga. Se notaba que le asustaba que así fuera —Me bañaste, me... cuidaste...

La paciencia es una virtud que a Rubén no le sobraba, más bien necesitaba ejercitarla con urgencia, pero, de alguna forma que desconocía, estaba

aguantando con una gran cantidad de ella que no sabía dónde tenía.

—Sí, lo hice... —contestó escueto. Esperaba más.

—Te acos... —Se aclaró la garganta y lo pensó mejor. No era verdad que él se acostara con ella, había sucedido porque ambos lo desearon y no quería hacerlo sentir mal al respecto con una frase equivocada—. Nos acostamos... ¿verdad? —añadió con seguridad.

Oyó un suspiro de los labios de Rubén que le pareció de descanso. ¿Estaba aliviado de que lo recordara? ¡Por supuesto que sí! Se sentía culpable y nervioso por su reacción.

—Verdad —susurró en el hueco entre el cuello y su hombro, dejando un suave beso que provocó deseo en Nerea.

—Poco a poco recuerdo lo que hemos hablado y... hecho... —Aún no era capaz de decir todo lo que quería—. Siento estar confundida... Yo...

—Mañana estarás mejor, lo peor ya ha pasado.

El cuerpo de Nerea se relajó en cuanto oyó aquellas palabras de aliento. Él no estaba enfadado por la lentitud de sus recuerdos.

—Nunca me he encontrado tan mal en mi vida. No ser capaz de pensar o moverme... ha sido horrible —intentó explicar su estado de ánimo.

Rubén la estrechó más contra él. Esa confesión no le gustaba. Conocer los detalles le hacía tanto daño...

Lo único que lo tranquilizaba era saber que ella había sido consciente de que no estaba sola, que la había cuidado y acompañado. No dejarla en ningún momento había sido, sin duda, la mejor decisión.

—No siempre —replicó Rubén, acariciando la piel suave desde la cadera, que apoyaba contra la suya, hasta llegar casi al pecho.

Nerea creía que la intensidad que había sentido cuando había estado con él se la habían proporcionado las drogas. En ese instante, despierta y alerta, estaba comprobando que no era así.

No pudo evitar gemir al sentir el calor y la corriente eléctrica que provocaban sus caricias en su cuerpo.

—Eso lo recuerdo —susurró cerrando los ojos para disfrutar de sus atenciones con todos los sentidos.

Rubén esbozó una sonrisa al ver cómo se rendía otra vez a él.

Bajó la cabeza despacio hasta llegar con los labios a su boca, besándola para que lo disfrutara como debía, como él quería.

Le devolvió el beso sin titubear, algo que lo hizo sentir tan bien que no pudo dejar de besarla durante unos largos minutos.

Sin embargo, cuando la cabeza de Nerea procesó la situación, se sintió incómoda.

Necesitaba ducharse. Era el momento, ya que se sentía con fuerzas, tranquila y... ¡viva! Deshizo el beso antes de llegar más lejos de nuevo. No deseaba apartarse de él, pero tenía que asearse.

Contempló los ojos de Rubén unos segundos antes de alejarse de sus brazos y regalarle un roce de sus dedos en los labios.

Caminó hacia el baño con lentitud por miedo a que las piernas no la sostuviesen como debían, pero comprobó que todo iba bien; era dueña de su cuerpo y su mente despertaba poco a poco.

No cerró la puerta por si necesitaba ayuda.

Abrió el grifo, se arrodilló para poner el tapón y llenó la bañera para no correr riesgos con un resbalón inoportuno.

Se quedó en esa posición, mirando correr el agua e intentando ordenar su mente. Tenía una madeja de pensamientos anudados unos con otros tan grande que no era capaz de poner nada en claro.

Sabía que Rubén la observaba desde la cama, apoyado en uno de sus brazos, y eso no ayudaba nada a poner orden en el cajón de sastre en el que se había convertido su cerebro.

Por primera vez en su vida tenía una relación que de verdad le importaba desde el minuto uno.

Lo peor de todo era que, con casi total seguridad, tendría que abandonarlo en algún momento, como había pasado con otros antes.

Aún no había terminado su trabajo, sus metas estaban ahí y nunca había dejado nada a medias... aunque por él...

Apartó esa idea de su cabeza.

Era imposible que aquello acabara bien.

Él era un poli; ella, una ladrona... Imposible. Eso sólo sucedía en las películas. Suspiró mientras cerraba el grifo, sin querer entrar en el otro tema que le preocupaba más: Almeida.

Pensar en aquel tipo le descomponía el cuerpo.

Se quitó la única prenda que llevaba, aguantando la mala leche que la carcomía por dentro. Dejó los calzoncillos de Rubén en el suelo. El desgraciado de Almeida quería que robase para él y, lo peor, ¿cómo demonios se suponía que se lo iba a explicar a Rubén? Porque iba a preguntar, estaba segura de que no tardaría mucho en hacerlo.

Entró en la bañera para intentar relajarse un rato sin pensar en nada más. Sólo se permitió el lujo de escarbar en la memoria sobre lo que había hecho con Rubén.

Deseaba recordarlo todo.

Rubén permaneció quieto y silencioso, observando a Nerea preparar el baño. Sabía que estaba dándole vueltas a lo que había sucedido en las últimas horas, con él y con el caso.

Aguardó leyendo su rostro hasta que desapareció de su vista entrando en la bañera. Había arrugado la frente varias veces; también suspirado.

¡Lo que daría en ese instante por estar en su cabeza!

Se recostó sobre la almohada, mirando el techo, con las manos detrás de la nuca.

Seguía preocupado por lo que podía pensar de él, por su comportamiento anterior a las drogas...

Se había perdido tanto en sus pensamientos que se sobresaltó al no oír ningún ruido en el baño. ¿Cuánto tiempo había estado sin vigilar?

Se levantó de un salto, pero se obligó a no correr para no asustarla.

Exhaló aliviado cuando la vio tumbada en la bañera, con los ojos cerrados, relajada y tranquila. Aun así, se sentía inquieto porque no se movía y eso le recordaba los largos espacios de inconsciencia de horas antes.

Se agachó despacio cerca de su cabeza y, con media sonrisa, acarició su mejilla con delicadeza.

En cuanto notó su contacto, Nerea se la devolvió mientras mordía su labio inferior sin abrir los ojos.

Deseó besar ese labio juguetón, entrar en la bañera con ella, pero aguantó estoicamente, diciéndose a sí mismo que disfrutara de esa visión y no tuviera prisa.

Nerea lo había oído entrar y captó también cómo había respirado tranquilo cuando comprobó que no se había ahogado.

La caricia llegó por sorpresa, cuando estaba recordando otras más íntimas.

Controló el escalofrío mordiéndose el labio sin abrir los ojos, porque sentía vergüenza de lo que él pudiese leer si lo miraba.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Rubén con voz ronca.

Nerea asintió sin mirarlo todavía, diciéndose que estaría aún mejor si él entraba con ella en el agua. Apretó los labios para no abrir la boca y decírselo, pero luego lo pensó mejor y abrió los ojos.

—Sí, mucho mejor —susurró con una intensa mirada.

Rubén se envaró al ver esos ojos azules en todo su esplendor, despiertos, chispeantes, intensos y ¿con deseo? Lo estaba mirando como había anhelado que hiciera desde que la conoció... y la droga ya estaba fuera de su organismo casi por completo. Era ella casi en estado puro.

Su miembro palpitó, queriendo salir de la prisión de sus calzoncillos sólo con ese detalle.

Se concentró en controlarlo. Ella no lo había invitado a acompañarla.

—Te traeré toallas limpias y ropa. Disfruta tranquila —decidió antes de dejar de escuchar a su parte razonable.

Se incorporó nada más terminar la frase, apoyándose en el borde de la

bañera. Nerea aprovechó ese gesto y le atrapó la mano para luego tirar hacia ella.

—Quédate conmigo —lo invitó con decisión.

—¿Qué? —preguntó confuso, agachándose otra vez.

—Quédate conmigo —repitió tranquila y, por si no había quedado bastante claro, añadió—, en la bañera.

Rubén lo estaba deseando y su cuerpo reaccionó a ese tono de voz dulce y meloso como si fuera una encantadora de serpientes. Sin apartar los ojos de los suyos, se quitó los calzoncillos y entró en el agua haciendo que Nerea se moviera hacia delante para que apoyara todo su cuerpo sobre él. Era igual de suave que en la cama, sólo que esa postura lo estaba excitando más de lo que todavía era aconsejable.

Ella se recostó sobre su pecho, apoyando la cabeza sobre un hombro y acomodándose entre sus muslos de futbolista. Él la apretó contra su cuerpo agarrando su cintura con una mano y apartándole el pelo de la cara con la otra.

—Ahora estoy despierta.

Esas palabras no le dejaron opción. Intentó controlarse, pero fue incapaz. Sintió cómo su entrepierna crecía y crecía debajo del perfecto cuerpo de Nerea.

Sujetó la cabeza de la chica y acercó sus labios hasta la sensual boca, que sonreía al notar su erección.

La besó con intensidad, jugando con su boca, con la lengua, y mordisqueando el labio inferior que antes lo había vuelto loco.

Ella temblaba entre sus brazos y, muy despacio, fue acariciando su cintura, subiendo hacia las costillas, los pechos, deleitándose en ellos y escuchando los jadeos y gimoteos que salían de su boca, hasta que deslizó la mano dentro del agua y la tocó suavemente entre las piernas. Nerea arqueó la espalda, gimiendo entre los labios de Rubén al sentir el contacto donde más lo deseaba, buscando que no alejara su mano ni un milímetro de donde estaba,

temblando y jadeando mientras él se esforzaba en hacerlo tranquilo y sin prisa.

—Nerea —susurró con voz profunda, despegando sus labios un momento.

—¿Qué? —jadeó mirándolo a los ojos antes de perderse en lo que sentía.

—No voy a aguantar mucho —contestó hundiendo la cara en su pelo.

—No importa... Yo tampoco —consiguió pronunciar.

Nerea sintió cómo Rubén la elevaba lo justo para colocarse, encontrando la postura para entrar en ella sin dejar de acariciarla.

Cuando la penetró, su cuerpo reaccionó con temblores incontrolables.

Estaba muy segura de que, cuando llegara el momento, podría abandonarlo, pero después de experimentar el orgasmo que le proporcionó y comprobar que lo que había sentido antes no había sido a causa de las drogas, dudaba de si sería capaz de huir.

El futuro diría.

Capítulo 10

Todo era perfecto, demasiado perfecto.

Nerea se levantó de la cama sigilosa, decidida a aclarar sus ideas lejos de Rubén. Había recuperado sus fuerzas y sabía que ésa era la única forma de conseguirlo.

No obstante, giró sobre sus talones cuando llegó al quicio de la puerta para contemplarlo.

Era grandioso tumbado de lado con una pierna medio flexionada sobre la otra, con su cuerpo inclinado ligeramente en la almohada que ella había abandonado un minuto antes.

Nerea se quedó sin respiración unos segundos, con el pulso atronador de su corazón en los oídos, las manos y partes de su cuerpo que no pensó que reaccionarían así.

Apoyó la frente contra el marco de la puerta, cerrando los ojos un instante para relajarse.

Fue incapaz.

Tenía que mirarlo, tendido sobre la cama, con su moldeado cuerpo, fuerte y lleno de seguridad que la hacía sentirse sensual, amada y mujer.

Una corriente eléctrica atizó hasta su último nervio al recordarlo.

Suspiró dándose la vuelta, con la cabeza a punto de explotar.

Apoyó la espalda contra la pared junto a la puerta y la deslizó hasta quedar sentada en el suelo.

¿Qué estaba pasando? Sabía que no podía estar con él, no podía estar en su casa, no podía contarle quién era...

¡No podía hacer nada de lo que estaba haciendo!

Desesperada, dejó caer la cabeza sobre sus rodillas y se hizo un ovillo, colocándose de lado en el suelo.

Se sentía como si estuviese partida en dos.

Su parte ladrona le decía que tenía que huir lejos, desaparecer como otras veces y terminar con el trabajo como tenía planeado.

Su parte femenina le decía que Rubén era el hombre que siempre había esperado, ese que había buscado inconscientemente, aun sabiendo que no podría estar con él.

Llena de pesar y con una parte de su mente gritándole que no saliera de allí, se levantó, entró en la habitación con sigilo, ordenándose no mirarlo ni un minuto más, cogió la camiseta, unos calzoncillos nuevos que había utilizado como pantalón corto, su gabardina, los zapatos, el bolso y salió de allí sin mirar atrás.

Se vistió apresuradamente en el pasillo de la entrada, sin detenerse a observar nada de lo que la rodeaba, para no provocar que el corazón se le encogiera aún más de lo que ya estaba.

Cerró aquel abrigo ligero con premura mientras se disponía a calzarse. Se miró en el espejo un segundo, ajustándose el último zapato al talón.

Ya no era la misma. Parecía feliz, alegre y ¿enamorada?

Se recriminó su actitud irresponsable aguantando un gruñido en la garganta y apartó la mirada del reflejo que acababa de ver. No se reconocía en él.

Se giró sin querer pensar más en la imagen que le había devuelto el espejo, abrió el cerrojo lo más silenciosamente posible, asió el pomo y tiró de él antes de arrepentirse.

Rubén estaba apoyado en el marco de la puerta, oculto en la oscuridad. Había notado cómo la cama se enfriaba junto a él, pero algo le había indicado que debía esperar. La oyó mientras estaba sentada en el pasillo, suspirando y maldiciendo. Él también maldecía. No entendía nada.

Aguantó hasta límites que no era consciente que tenía cuanto Nerea regresó al dormitorio a por sus cosas, hasta que se cercioró de que era seguro levantarse. Entonces la observó en silencio mientras se vestía y se miraba en el espejo.

Esbozó media sonrisa orgullosa al ver cómo reaccionaba al contemplarse por primera vez después de haber hecho el amor con él.

Se acercó sigiloso a ella, que estaba de espaldas, y se mantuvo lo más apartado que pudo de su cuerpo; dejó las manos sobre la madera de la puerta para que no pudiese abrir justo cuando iba a tirar de ella. Estaba tan absorta, centrada en la idea de escapar, que no se había percatado de su presencia.

Nerea tiró dos veces más, sin entender por qué no se abría la maldita puerta mientras se recordaba una y otra vez por qué tenía que salir corriendo.

Fue entonces cuando oyó su profunda y sensual voz susurrándole demasiado cerca para el bienestar de su salud mental.

—¿Te vas? ¿Tan malo soy?

La sangre empezó a helársele en cuanto entendió el motivo por el que no podía abrir, comenzando a hervir instantes después al sentir su calor tras ella. Levantó la mirada a las manos firmes apoyadas en la puerta, emitiendo un suspiro mitad alivio, mitad rabia.

Rubén alargó la mano hasta el pestillo, cerrándolo, y de nuevo colocó las manos donde estaban un instante antes, a la altura de la cabeza de la mujer, esperando.

Nerea dejó caer la frente sobre la madera, intentando no gritar su impotencia.

«Déjame marchar», pensó abatida.

No quería responder a las preguntas que Rubén estaba ansioso que contestara. ¿Cómo podía pensar que era malo? Aguantó un sollozo, sin ser capaz de girarse. Él era el mejor hombre que había conocido jamás... Sí, claro que se iba, debía hacerlo para sobrevivir... para sobrevivir ambos.

—Mírame —susurró Rubén, bajando el tono de voz en una rogativa.

Nerea se armó de valor, sacando fuerzas del infierno en el que se había convertido todo en unos segundos, y se giró, apoyándose contra la puerta.

Levanto la barbilla con dureza para enfrentarse a esos ojos verdes que tan bien la hacían sentir.

—¿Por qué te marchas? ¿A dónde vas?

Podía ver la ansiedad en la mirada del policía, con miles de preguntas en el aire y... miedo, también había miedo.

No quería fijarse en ningún otro detalle. Sentirlo a su lado haciendo que su estómago diera volteretas le recordaba todo lo que había supuesto para ella encontrarlo.

—Tengo que volver a casa —murmuró como si no fuese capaz de decir más alto la mentira.

Era cierto que tenía que regresar a su casa, pero no había ninguna prisa, sólo la que ella precisaba para desaparecer de su lado y pensar con claridad en él y en todo lo que había pasado en las últimas horas.

Debía preparar su robo a Almeida. Eso era lo más importante de momento, para dejarlo fuera de juego y que no cometiese más delitos contra las menores, además de hacerlo por su propia seguridad, después de que la drogara.

—Cariño, no puedes volver a tu piso —contestó acariciando la mejilla de Nerea con una de sus manos—, no hasta estar seguros de que no corres peligro.

Esa mano estaba haciéndole sentir todo lo que no debía recordar si quería conservar el valor suficiente para huir.

Cerró los ojos, intentando abandonar sus sensaciones para concentrarse en su plan, pero lo único que consiguió fue que las caricias dejaran un rastro de fuego en su piel.

—Te prometí que te llevaría yo mismo y... —observó unos segundos cómo ella reaccionaba a su cuerpo antes de terminar con un tono ronco en la voz—... nunca rompo una promesa.

Nerea no pudo contestar. Los labios de Rubén impactaron en los suyos, mientras su mano, fuerte y cálida, le sujetaba la nuca.

Intentó mantener las manos en puños a los lados del cuerpo, pero, en cuanto la miraba, tocaba o besaba como estaba haciendo entonces, no podía resistirse a él.

Gimió ante el beso profundo y devastador que le estaba regalando.

—Vuelve conmigo, preciosa —rogó el hombre mientras desabrochaba despacio la gabardina hasta ver aparecer su camiseta de tirantes blanca y unos calzoncillos demasiado anchos para una chica a modo de pantalón.

—Rubén —balbuceó Nerea en sus labios—, tienes que parar. Así no puedo pensar.

En un ataque de sinceridad, Nerea mostró más sentimientos de los que debía y de los que estaba dispuesta a decir en voz alta.

Se regañó a sí misma mentalmente por ello mientras bajaba la cabeza, pero no se sintió mucho mejor.

—Pensaremos juntos —contestó levantando su barbilla para que lo mirase—. Luego.

Una hora más tarde, después de dejar que Rubén la amara, mimara y cuidara, seguía opinando que debía marcharse. El problema era que entonces le resultaba más difícil.

Lo tenía tumbado junto a ella, mirándose a los ojos el uno al otro y... supo que debía contarle la verdad.

Aquel hombre le importaba más que ningún otro en toda su vida y, por lo que se habían conocido en los últimos días, estaba convencida de que al final averiguaría quién era ella y a qué se dedicaba en realidad y... cuando eso sucediera, la odiaría, la echaría de su lado como buen policía.

Ésa era su salida, su única opción. Contarle la verdad.

—Rubén... —apretó los labios como si no quisiese que las palabras salieran de su boca. Lo que iba a decir los separaría—, ¿recuerdas todo lo que me preguntaste el primer día que viniste con Fernando a mi casa?

La mano de Rubén, que en ese momento descansaba sobre la cadera desnuda de Nerea trazando círculos sobre su cuerpo, se detuvo en seco. Echó de menos al instante la sensación que le proporcionaba. Él era fuego en su piel y eso no lo iba a cambiar un puñado de palabras o la confesión de una vida equivocada.

El inspector asumió a qué se refería.

Nerea supo que había encajado las piezas en cuanto vio cómo sus ojos verdes se tornaron hielo. Era muy inteligente y, en realidad, ya tenía el puzle medio terminado, sólo que se había negado a seguir montándolo al conocerla. Ella se lo iba a poner en bandeja.

—Sabes de qué hablo, ¿verdad? —insistió mientras su corazón comenzaba a resentirse. Estaba empezando a pensar en él como algo que podría convertirse en su otra mitad y dolía... mucho...

Rubén apartó la mano de la suave piel de Nerea. En otro momento de su vida, o más bien de su carrera profesional, habría deseado que ella le contara quién era en realidad, pero en ese instante no quería saberlo, no quería que le confirmara que era una ladrona a gran escala, muy huidiza... e incluso una asesina. No quería escuchar eso, así que decidió no contestar.

—Lo siento —susurró Nerea antes de levantarse de la cama, comprendiendo que él no quería entrar en esa conversación. Cogió la gabardina y sus zapatos de tacón, y tapó su desnudez cruzando el abrigo y haciendo un nudo doble al cinturón de la prenda. Se calzó sin apartar la mirada de él—. No puedo cambiar quién soy, ni lo que he hecho, ni cómo he sobrevivido o me he ganado la vida; por desgracia eso aún no lo han inventado... —Se mordió el labio a la vez que esbozaba media sonrisa triste para intentar que las lágrimas no florecieran—. Sólo puedo decirte que mi vida no ha sido fácil. Muchas veces no he decidido mi camino, más bien me he visto obligada a tomar atajos que no son los deseables para una adolescente, o una mujer joven y sola en un mundo de hombres y mala gente..., pero aquí estoy... viva, fuerte, inteligente... capaz de cuidar de mí

misma en más aspectos de los que un hombre como tú puede asumir, y vuelvo a mi solitaria vida porque es la única que puedo llevar, por mucho que desee otra cosa...

Rubén se levantó de la cama incapaz de seguir escuchando nada más. Él lo sabía, estaba seguro de que era lo que sospechaba. ¿Por qué se había dejado llevar por los sentimientos? Nunca antes le habían molestado, porque no había sentido nada real por una mujer. Justo tenía que decantarse por quien no le convenía.

Enfadado, se puso los calzoncillos que ella le había quitado una hora antes de forma muy sensual y se dirigió al baño sin mirar a la mujer que tanto le hacía sentir.

Nerea contempló cómo Rubén la despreciaba, pero, ya que había empezado, iba a terminar de contar todo lo que necesitaba que supiera, aunque el alma le doliera hasta la agonía, porque, si alguna vez sus vidas se volvían a cruzar, si alguna vez se volvían a encontrar, él sabría quién era ella de verdad y nunca más se sentiría traicionado si tenía la suerte de que, además, la volviera a besar.

—Soy Lady Shadow según la prensa o simplemente Shadow... como durante un tiempo me bautizasteis en la policía, cuando creíais que era un hombre —confesó en la puerta del baño, mientras se percataba de cómo todos los músculos del cuerpo de Rubén se tensaban hasta lo imposible. Cerró los ojos un segundo para coger fuerzas. Lo estaba partiendo en dos y era lo último que deseaba, pero ella era quien era y no había más. O lo aceptaba o la perseguiría toda la vida—. Todo lo que se ha publicado sobre mí no es cierto, ni tampoco todo de lo que se me acusa, pero... sí, he robado, he matado y he manipulado información, bases de datos, bancos... —Su desprecio era como una tenaza ardiendo clavada en el corazón, pero iba a terminar—. Me hubiese

gustado llevar una vida como la que uso de tapadera; mi pena es que eso no siempre ha sido posible. Durante mucho tiempo fui usada y maltratada por gente que pensó que yo era como un trapo que puedes tirar cuando ya no te interesa, así que tuve que aprender a sobrevivir.

Rubén se giró para mirarla al oír lo que estaba contando. Él conocía todos los delitos que se le imputaban a Lady Shadow, pero no cómo llegó a la situación de tener que realizarlos. Los policías saben bien que los delincuentes no nacen siéndolo, se hacen, pero muchas veces se olvidan de por qué llegan a serlo... Algunos por avaricia, comodidad o costumbre de la sociedad que los rodeaba, pero otros, una parte mínima, lo hacen para sobrevivir, y Nerea, al parecer, pertenecía a esa minoría.

—No todo el mundo tiene la vida que desea, ni las mismas oportunidades—continuó explicando sin amilanarse, aunque la mirada del inspector era dura—. Ser una niña guapa, lista y huérfana no ayuda a que siempre sea buena gente la que se acerca a ti, ya que puedes tener más usos para la gentuza de lo que tú y tus amigos policías podáis imaginar, pero eso es algo que nunca contaré, ni a ti ni a nadie, porque esa Nerea ya no existe y quien la creó, por suerte, tampoco. Yo misma me encargué de que nunca más pueda hacerle daño a otras niñas como me lo hizo a mí. —Lo estaba dejando sin aliento, pero ésa era la verdad—. Creo que sabes por dónde van los tiros sin necesidad de que te dé más datos, ¿verdad, Rubén? Así que te imaginarás que la Nerea que ves ahora no es fácil de manejar ni convencer, sólo cuando ella así lo quiere, y con vosotros, con Fernando y contigo, quise ser normal, como cualquier chica con un oficio legal que desea colaborar con la policía... Quise ayudaros, pero creo que lo que siento cuando estoy contigo me obliga a no poder engañarte ni un minuto más.

Lo observó unos segundos para tomar aire y dejar que asentara en su cabeza y su corazón aquella ráfaga de verdades y sentimientos que seguro que no estaba preparado para escuchar.

Muy segura de sí misma, se acercó hasta él. Rubén no se movió y ella

mantuvo la mirada fija en sus ojos verdes. ¿Y ahora qué se suponía que debía hacer?

Nerea levantó las dos manos, juntando sus muñecas delante de él sin retirar la mirada.

Había rabia en sus ojos.

Ella sentía una tristeza que no podría mantener a raya mucho más tiempo.

—Te regalo el mérito de detenerme —susurró tragándose las lágrimas—. Soy Lady Shadow. Ponme las esposas.

Rubén no podía respirar.

Entre líneas estaba descubriendo por qué Nerea sentía tanto asco por Almeida. ¡Ella había sido tratada por pederastas en su adolescencia! ¿Cómo no se había dado cuenta? Tenía animadversión por aquel tipo y era obvia la razón. Revivía una y otra vez su propia vida al estar cerca de él y aun así los había ayudado...

¿Por qué se entregaba? ¿Por qué no huía como otras tantas veces había hecho?

No soportaba verla ante él con ese gesto de derrota en la cara, esa tristeza en la mirada, ni imaginársela toda una vida entre rejas, pero... sus principios tampoco le permitían obviar lo que acaba de confesarle. Era una delincuente, aunque los motivos fuesen la supervivencia y la protección de otras mujeres. La ley y la justicia debían encargarse de eso, no ella.

—Vete —ordenó Rubén, echándose hacia atrás para no tocarla. Si lo hacía, sabía que no sería capaz de dejarla marchar y, si no la dejaba marchar..., tendría que detenerla.

Nerea no se movió, continuó con sus muñecas juntas y en alto delante de él. Arrestarla era un gran mérito policial y prefería que fuese él a cualquier otro; al menos le debía eso.

—Vete, Lady Shadow. Así figuras en mis informes... Vete y espero que nunca más nos volvamos a encontrar, porque, si eso sucede, si vuelvo a

verte... —Pensar en no estar juntos nunca más ya empezaba a hacerle daño—. Si vuelvo a verte, no podré evitar ponerte las esposas.

Lo estaba diciendo en serio, estaba dejando que se fuera. Su actitud era clara al respecto y no pensaba hacer nada para evitar que se escapara.

—Rubén... —intentó hablar.

—No quiero escucharte más. ¡Vete! —ordenó con dureza, evitando decir su nombre.

De repente no era capaz de llamarla Nerea. Para él, de pronto eran dos mujeres diferentes. Tenía a dos mujeres en su cabeza que eran la misma persona. La que era de verdad y él intuía desde el principio, y la que había estado en su cama, en su bañera y en su corazón. Su mente no podía procesar que fuesen una sola.

—Y recuerda no volver a cruzarte en mi camino. Nunca.

Ella evitó a duras penas que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Se sentía vulnerable, triste y vacía. Siempre había estado sola, la soledad era su hábitat natural, pero, después de conocerlo y sentirse amada, eso le dolía por primera vez.

Bajó los brazos y, sin más palabras ni miradas, se alejó de él.

Cogió su bolso, que había quedado tirado en el suelo, y salió de la casa de Rubén sin mirar atrás.

Uno de sus trabajos era recomponerse ante la adversidad y esa vez no iba a ser diferente.

Salió a la calle a toda prisa, paró al primer taxi que encontró y se montó en él.

Rubén estaba en *shock*.

Aún no se podía creer que la mujer que le había despertado todos sus sentidos era una de las delincuentes más buscadas por la policía nacional e

internacional, alguien a quien él mismo había querido cazar en infinidad de ocasiones, incluso de forma obsesiva, y que, sin embargo, cuando la tenía ante él, rendida y dispuesta, no había sido capaz de esposar.

Cuando conoció a Nerea estaba convencido de que ella era la ladrona que andaba buscando, su Lady Shadow. Habían llegado a sus manos archivos clasificados y ocultos de la adolescencia de esa chica y, atando cabos con informes de robos y cibertracos que durante años él mismo había analizado y estudiado, estaba convencido de que no se equivocaba. Sin embargo, eso no era suficiente, porque todo era intuición policial, esa que no le fallaba... pero, si la quería ver entre rejas, necesitaba una prueba real.

Fernando siempre lo había apoyado en ello. Sabía de las semanas, meses e incluso años que su amigo había empleado en esos casos en los que ella estaba implicada y, cuando la casualidad quiso que la tuvieran a tiro para poder acercarse a ella y ver qué había de cierto en sus sospechas, pues el caso de Almeida y el suyo se solapaban, no dudó en trazar una estrategia en secreto para el resto de la unidad para conseguir dichas pruebas... pero Nerea era muy lista y, sabiendo que eran policías, no iba a regalarles su vida.

Aquella confesión espontánea, desencadenada única y exclusivamente por los sentimientos que habían nacido entre ellos, le había sentado como un jarro de agua fría.

¿Qué se suponía que debía hacer entonces?

Durante mucho tiempo había estado solo, porque ninguna mujer le aportaba un reto. Nerea era diferente a cada segundo desde que la había conocido. Había tenido encuentros con amigas o mujeres con las que había flirteado en algún local tomando unas copas, pero no parejas estables.

¿Por qué tenía que ser ella la que se ajustara a él? El destino era un cabronazo y lo odiaba con todas sus fuerzas.

Cuando oyó cerrarse la puerta de la calle de su casa, salió de la habitación confundido.

Observó la cama vacía, las sábanas revueltas y... de pronto comprendió

que todo lo que Nerea acababa de decir y todo lo que él pudiese añadir o pensar al respecto no era nada, porque aquel delincuente que los había unido la quería... No sabía para qué, ni por qué, pero la quería para él... y dejándola marchar sólo se lo había puesto en bandeja.

Asustado por la importancia de lo que había olvidado, echó a correr en dirección a la puerta, descalzo y con los calzoncillos como única prenda. Corrió como nunca lo había hecho en su vida, pero, cuando llegó a la calle, sólo pudo ver cómo un taxi ocupado giraba la primera esquina.

Colocó las manos sobre sus rodillas, doblándose sobre sí mismo para recuperar el resuello, sin dejar de mirar el lugar por donde ella había desaparecido.

La rabia lo invadió. Almeida no iba a perder esa oportunidad y él no podría competir con tanto poder.

Era tal la impotencia que sentía por su propia estupidez que gritó al cielo de pura frustración.

Si a Nerea le ocurría algo por su poca profesionalidad, no se lo perdonaría nunca... y, lo peor de todo, no sabría vivir con esa carga en su conciencia ni en su corazón.

Capítulo 11

Nerea entró con decisión en el exclusivo hotel Room Mate Óscar, cerca de la Gran Vía.

Era extraño que alguien se registrara sin equipaje, pero había tantas cosas raras en la sociedad que la gente ya ni se daba cuenta de ellas o las achacaba a problemas de la modernidad, como por ejemplo la pérdida de las maletas en el aeropuerto.

El recepcionista gestionó la petición con rapidez y en menos de diez minutos estaba entrando por la puerta de su habitación.

Siempre llevaba en su bolso varios documentos de identidad falsos y las tarjetas de crédito correspondientes que enlazaban directamente con la suya de verdad, pero sin dejar pistas sobre quién era realmente. Ventajas de ser *hacker* informática: si no quería que la encontrasen, nadie lo haría.

Sin perder mucho tiempo en inspeccionar la *suite* que había alquilado, sacó su móvil, lo conectó al cargador y a la red, y por Internet realizó un pedido urgente de ropa, productos de aseo, calzado y todo lo que creía necesario para estar fuera de su casa durante unos días, incluido un portátil de última generación.

Satisfecha de que las cosas estuviesen en marcha, se descalzó y cogió el teléfono que había en la estancia. Estaba hambrienta y necesitaba comer. Solicitó unos sándwiches, Coca-Cola y helado de chocolate, para servir en media hora.

Tras colgar, se dirigió al moderno baño, obviando la gran bañera ovalada que se encontraba en un lateral de la habitación, frente a la cama. Necesitaba

una ducha y aclararse las ideas y, si entraba en esa bañera, sólo recordaría a cierto policía que se esforzaba en olvidar.

Abrió el grifo con los chorros de hidromasaje y, mientras salía el agua bien caliente, se quitó la única prenda que llevaba: su gabardina.

Sin querer, se enfrentó a un espejo de cuerpo entero que había a un lado de la estancia.

¿Por qué se sentía distinta? Era la misma mujer que días atrás, la única diferencia residía en que había tenido una buena sesión de sexo con un amante de órdago; por lo demás, nada nuevo a lo que no se hubiese tenido que enfrentar anteriormente en otros robos o con otros hombres, excepto por una cosa... le había contado la verdad a alguien por primera vez y... aunque no había salido como a ella le hubiese gustado, se sentía bien por ello. Por fin alguien sabía quién era realmente Nerea García, con todas sus consecuencias, y no se había abierto a cualquier persona... Rubén se había convertido en alguien fundamental de la noche a la mañana; por primera vez en su vida le importaba alguien.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas sin control. Ese hombre le importaba más de lo que quería reconocer, y su desprecio y frialdad habían hecho mella en sus sentimientos... Pero no podía esperar otra cosa. ¡Era un policía!

Conectó su iPod en el moderno equipo de sonido de la habitación y Maxwell comenzó a cantar para ella *Fistful of tears* por sorpresa. Era una canción romántica que hablaba de un hombre que le pedía a su amada que mirase lo que tenía frente a ella, que viera, sintiera y disfrutara de cómo la amaba, que luchara contra sus miedos y lo salvara de un puñado de lágrimas... ¡Qué ironía!, eso era lo que ella había hecho, luchar contra sus miedos y contarle la verdad al único hombre que le había importado en toda su vida, y lo que había recibido a cambio había sido frialdad, malas palabras y desprecio. Era su destino.

Sin darse margen para hablar más consigo misma, secó sus lágrimas y se

metió en el agua caliente y relajante.

Necesitaba pensar en lo que tenía que hacer a partir de entonces, no en lo que quería. Su vida dependía de esa norma básica que tan a la ligera se había saltado.

Decidió tomarse el día de descanso. No podía hacer nada sin ordenador ni ropa que ponerse; por tanto, una jornada de sueño reparador no le vendría mal, aunque deseaba ponerse manos a la obra y terminar lo que había empezado. Trabajar le despejaba la mente, y así no pensaría en Rubén.

Después de comer lo que había pedido, se metió desnuda en la cama y desconectó sus pensamientos para no volverse loca.

Lo único que podía recordar era a Rubén, su sonrisa, su cariño, cómo la había tratado y cómo la había amado... Una hora después y con mucho esfuerzo, ya que aquellos recuerdos eran dolorosos, consiguió dormirse, con la cara sobre la almohada humedecida por las lágrimas.

Hacía mucho tiempo que no lloraba sin estar bajo los efectos de la droga, casi ni recordaba desde cuándo, pero era lo mejor. Necesitaba estar centrada al despertar.

Rubén decidió llamar a Fernando en cuanto entró por la puerta de casa.

Casi sin aliento, marcó el número.

Tenían que avisar al equipo de vigilancia que habían instalado cerca del coche de Nerea de que no sólo debían estar atentos por si aparecía Almeida por allí, sino que había que proteger a la mujer si ella regresaba a por su Porsche.

Fernando no daba crédito a las palabras de Rubén. ¡Nerea era Lady Shadow!

—¿Cómo que ella misma lo ha confesado? —le preguntó por enésima vez a su amigo, sentado frente a él en el salón de su casa.

—Lo ha dicho... sin más... Ella es Lady Shadow. Ha aclarado que no todo lo que se ha publicado es cierto —le contó con un nerviosismo latente—. No me lo puedo creer, Fernando... ¡Yo tenía razón!

El aludido observaba a su compañero y no tenía claro cuáles eran sus sentimientos. Por un lado, parecía eufórico por tener la confirmación de que no se había equivocado sobre quién era la delincuente que durante tanto tiempo habían buscado policías de todo el mundo, pero, por otro, en sus ojos se reflejaba tristeza y pena.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó confundido—. ¿La detenemos? ¿No la detenemos? ¿Avisamos de ello en comisaría? ¿No avisamos?

Rubén escuchaba cada pregunta de su compañero sin saber qué contestar.

Los dos hombres se observaron unos segundos, incapaces de decidir cómo debían proceder. Ambos querían a Nerea de diferentes formas y ninguno deseaba hacerle daño.

—No te preocupes, Rubén, actuaremos según nos pidan los acontecimientos. De momento el operativo está avisado por si aparece a por su coche, aunque, habiendo confesado quién es y conociendo su modus operandi, no creo que se arriesgue, a no ser...

—¿A no ser? —inquirió nervioso.

—Que ella quiera que sea así.

Rubén lo comprendió al instante. No iban a encontrarla hasta que ella se dejara ver o coger. Fernando tenía razón.

La impotencia empezaba a hacer mella en ambos. ¿Cómo iban a deshacer ese lío? ¿Cómo iban a detener a Almeida sin pruebas?

—¿Crees que ha podido llegar alguna información al despacho de Nerea que sea de utilidad para la detención de este tipo? —planteó el rubio, buscando posibilidades—. Quedó en enviar unos documentos que quizá, con un poco de suerte, hayan llegado.

—Lo dudo. Seguro que no los había enviado antes del intento de secuestro por si no salía bien y, aunque así fuera, los habrá interceptado antes de que

éstos hayan llegado a su destino.

—Llamaré a Merche de todas formas, para asegurarme.

Fernando dejó a Rubén unos minutos solo para ir a llamar a la asistente de la galería con la que tan bien se llevaba y asegurarse de que no disponían de la única prueba que quizá vinculaba a aquel pederasta con un delito antes de intentar cualquier burrada.

Como su compañero sospechaba, esos documentos no habían llegado ni llegarían nunca.

—Ese tipo no sabe que somos policías, Fer —murmuró Rubén mientras llegaba a una conclusión—. Él piensa que somos ayudantes de Nerea en la galería... Si vamos a por el coche alguno de los dos...

Fernando no daba crédito. ¿Qué estaba diciendo su amigo? ¿Se había vuelto loco? Nerea casi muere en manos de ese malnacido y sus secuaces. Con cualquiera de ellos dos harían lo mismo o algo peor.

—Ni se te ocurra seguir por ahí —lo amenazó antes de que continuara.

—Piénsalo un momento —insistió él, desesperado por librar a Nerea de una muerte segura—. Si voy a por el Porsche, se acercarán a mí para saber dónde está su víctima. Yo la saqué del restaurante. Me cogerán y entonces los tendremos.

Aquel policía rubio que tanto quería a su amigo estaba a punto de cometer un crimen sólo por la idiotez que acababa de oír.

Rubén se había vuelto loco.

Si se lo llevaban, lo drogarían y, si no les decía dónde estaba Nerea, lo liquidarían. Así de simple.

—No, Rubén, entonces te matarán... y a ella también.

Éste, acorralado por no dar con una solución, resopló llevándose las manos detrás de la nuca, para tirar luego la cabeza hacia atrás y gritar de impotencia. Estaba harto de no saber qué hacer y mucho más de no saber dónde estaba Nerea.

Intentando calmarse para encontrar una salida, se levantó, se acercó a la

ventana del salón de Fernando y miró hacia la calle. Todo era cuestión de tiempo, y el tiempo, por desgracia, se estaba acabando.

—¡Ya lo tengo! —gritó por la emoción minutos después—. Tú irás a vigilar el coche de Nerea sin que nadie lo sepa ni te vea, ni siquiera el equipo de vigilancia, por si ella aparece con otro aspecto, y yo iré a su apartamento. Es Lady Shadow, pero no es invisible.

Fernando lo miró estupefacto. ¿De verdad creía que serían capaces de cazar a una ladrona como ella? ¿Los dos solos? Ni con todos los efectivos del mundo lo habían logrado durante años. Definitivamente se le había ido la cabeza.

—No me mires así. —Rubén había interceptado sus pensamientos. Se conocían tan bien que no hacía falta que se lo dijese en voz alta—. Ella va a ir a su casa. Si es quien dice ser, irá a por lo que necesita para el próximo golpe. Tarde o temprano irá allí o al coche, y entonces podremos ponerla a salvo.

—Aunque así fuera, que lo dudo... ¿de verdad crees que la vamos a reconocer? —preguntó riéndose de Rubén y sus ideas.

—Yo, sí —contestó muy seguro de sí mismo mientras cogía la cazadora de cuero y se dirigía a la puerta para acudir a donde su instinto le decía que debía ir.

Después de horas de vigilancia frente al portal de Nerea sin suerte, Fernando se comunicó con él sólo para cerciorarse de que los teléfonos funcionaban correctamente. La falta de noticias era cada vez más preocupante.

¿Era posible que la hubiesen cogido? ¿Podía Nerea estar ya en peligro y que ellos no se hubiesen percatado de qué había sucedido?

Rubén rezaba para que no fuese así.

Si Almeida ya la tenía en su poder, seguramente le quedarían escasas

horas de vida. En cuanto ella hiciese lo que ese malnacido quería, la mataría. Era demasiado hábil, escurridiza y peligrosa como para dejarla marchar. Sólo podría mantenerla viva para su uso como ladrona o para su deleite sexual... y eso era algo en lo que Rubén prefería no pensar, pero la soledad que sentía en el vehículo y las horas sin respuestas no le dejaban muchas más salidas.

Saber que Fernando y el equipo de vigilancia del coche de Nerea no habían conseguido absolutamente nada no era tranquilizador. ¿Dónde se había metido?

Por pura rutina, habían emitido una alerta de busca y captura con el nombre de la chica, así como con algunas de las identidades falsas que creían que podía usar, aunque todo eran suposiciones. Nunca se pudo comprobar si las utilizaba de verdad.

La búsqueda estaba resultando infructuosa y Rubén estaba a punto de colapsarse.

O había movimiento pronto o no podría afrontar la situación, pues le superaba.

Sus sentimientos encontrados lo estaban desquiciando.

Quería detener a la delincuente a la que durante tantos años le había estado siguiendo la pista, pero no quería que fuese Nerea, su dulce y sexy Nerea, quien le había hecho creer que hay personas hechas a medida de otras.

La vida era una cabrona sin piedad que cada día se lo ponía un poco más difícil.

Nerea pasó una noche bastante intranquila en el Room Mate Óscar.

La *suite* era confortable y de su gusto, pero la delicadeza del momento, los sentimientos a flor de piel y el peligro que la acechaba no le dejaron disfrutarla como merecía. Sólo deseaba que todo pasase pronto y huir lo más

lejos posible para tener una vida, aunque no fuese como ella había planeado que sería y desde luego no como se había ilusionado en los últimos días.

Eran las nueve de la mañana y, viendo que no iba a poder dormir más, pidió que le sirviesen el desayuno en la habitación y le subiesen los productos que había comprado por Internet en cuanto éstos llegaran. Después del café, un par de tostadas y un zumo de naranja, le entregaron todo lo que había adquirido.

Sin dilación, se duchó y se vistió con pantalones pitillo, camiseta de tirantes, sudadera con capucha y cazadora de cuero, todo en negro. Unas botas altas y planas con una hebilla en el tobillo y otra ajustando la piel por debajo de la rodilla cerraban el conjunto.

Se recogió la melena en una coleta baja y después se la repartió por la cabeza con unas horquillas. Se colocó una peluca rubia. Esperaba que así nadie la reconociera. Se puso un poco de crema hidratante con color en el rostro, una ligera capa de rímel, marcó la línea del agua de los ojos con lápiz negro y un poco de brillo transparente en los labios. Tenía que ser lo más discreta posible.

De vuelta a la habitación, sacó el portátil, instaló los programas necesarios y buscó la información que quería. En la prensa del día figuraba que Almeida se reuniría con unos inversores para su empresa en las oficinas centrales; por tanto, lo tendría controlado durante al menos una hora, tiempo suficiente como para dejarlo sin blanca.

Sólo quedaba tenerlo todo dispuesto para realizar el robo, pero obligatoriamente tenía que realizarlo desde el despacho del delincuente. Éste había sufrido un intento de hurto con anterioridad un poco chapucero, pues los ladrones dejaron toda clase de rastros. Por ese motivo había instalado un sistema para blindar sus cuentas bancarias, provocando que sólo desde esa estancia y con unas claves concretas se pudiese acceder a ellas. Nerea lo tenía todo; le había costado mucho tiempo conseguirlo y sólo quedaba ejecutar el saqueo.

Satisfecha con los datos, cerró el ordenador y lo introdujo en una bolsa bandolera oscura, junto con un iPad, cables de conexión, un lápiz USB y unos guantes de cuero negro muy ligeros y flexibles que siempre llevaba en su bolso; se los habían fabricado a medida en Roma, en una tienda cercana a la Via Condotti y la Piazza di Spagna. No cometía ningún robo sin ellos. Incluyó también un antifaz negro de encaje que solía usar por si había cámaras que pudieran grabar su rostro e incluso identificarlo con un programa de reconocimiento facial; éste era utilizado sobre todo en los casinos o por los servicios de inteligencia, así como por la seguridad empresarial. Finalmente cogió el móvil y salió del hotel. Debía ir a su casa, a por los datos que le eran precisos.

Rubén empezaba a acusar el cansancio. El coche caldeado y el ambiente tranquilo le gritaban que necesitaba descansar, pero no podía despistarse ni un segundo. Nerea sabía muy bien cómo ocultarse y él no podía bajar la guardia si quería reconocerla.

Dio un trago al nuevo café que se servía del termo que había comprado en un Starbucks, aprovechando su único viaje al servicio. Esperaba que Lady Shadow no hubiese aparecido justo durante esos cinco minutos.

Estaba en un límite tan extremo que todas las mujeres le parecían Nerea.

Cuatro veces había cogido el arma para salir corriendo detrás de alguna de las que estaba seguro que eran ella, hasta que su voz, el pelo o la forma de andar le habían hecho ver que estaba equivocado.

¿Tan convencido estaba de poder reconocerla? Quizá la locura había empezado hacía tiempo y no se había dado cuenta.

Subió la canción de la radio para despejarse un poco.

Deuces, de Chris Brown, Kanye West y algún rapero más, invadió el coche. Los graves hacían que la piel vibrara al ritmo lento de la sensual

melodía. Ojalá él pudiera decir lo que la canción contaba. Ojalá pudiese decirle a Nerea que había conocido a otra que le hacía sentir como él se merecía e iba a decirle adiós...

Resopló impotente. ¿Cuándo se había enamorado de ella?

Dios debía de estar castigándolo por algo.

Miró al frente, tarareando el estribillo, cuando una rubia vestida totalmente de negro pasó junto al vehículo.

La había visto venir por el retrovisor. Llevaba la capucha de la sudadera puesta y el pelo le salía por un lateral.

¿Por qué las chicas de ahora insistían tanto en no parecer guapas y deseables? No había término medio: o lo escondían con insistencia o enseñaban demasiado.

El claxon de un coche le hizo desviar la mirada, pero algo en los andares de esa mujer le hizo regresar a ella.

Era elegante en su caminar por mucho que lo quisiera esconder y un sutil temblor la delataba, como cuando vio llegar a su ladrona morena el día que quedaron con ella en el restaurante. No podía ver su cara, estaba de espaldas, pero... era Nerea.

Los nervios casi le hacen derramarse el café encima.

Sin mirar, tiró el líquido por la ventanilla, que gracias a Dios estaba bajada. Soltó el vaso desechable vacío sobre el salpicadero y aseguró las dos armas que acostumbraba a llevar sin quitarle ojo a la chica, una en las costillas con una pistolera pegada a su cuerpo, y otra metida en la cinturilla trasera del pantalón.

Se puso la cazadora de cuero negro, salió del vehículo, lo cerró con el mando a distancia y caminó tras ella.

Había bastante gente por la calle a esas horas de la mañana, mujeres que acudían a la compra, repartidores suministrando el género en las tiendas, comerciales... Rubén podía ocultarse entre los presentes sin ser visto, pero

decidió esperar en un quiosco de prensa hasta que ella entrara en el portal. En cuanto la vio desaparecer en él, fue tras ella.

Nerea entró en casa decidida a coger lo que necesitaba y marcharse de inmediato. Sólo tenía que llevarse un CD de música clásica numerado con el cuarenta y siete, junto con algo con qué protegerse, y largarse, así que no cerró la puerta de su ático con llave, sólo la empujó.

En cuanto entró, deseó quedarse allí y no salir durante una larga temporada. El olor a hogar era algo que con el tiempo había aprendido a apreciar y en ese momento le costaba no permanecer en él. Era uno de los efectos secundarios de haber estado casi toda su vida vagando por el mundo.

Al pasar delante del jarrón negro, cogió la pistola que había escondido allí días atrás, cuando Rubén y Fernando aparecieron en su puerta.

Esperaba no tener que usarla. No le gustaba utilizar las armas, lo suyo eran los robos silenciosos en los que nadie se daba cuenta de lo que había sucedido hasta horas, incluso días, después, pero las cosas estaban muy feas a esas alturas y no estaba de más protegerse.

Se cercioró de que estuviera cargada y le puso el seguro.

Fue a la cocina y sacó el arma y los cargadores que guardaba en la bandeja supletoria del cajón de las mantelerías.

Metió un par de ellos en un bolsillo de fácil acceso del bolso, otros dos repartidos uno en cada bota en la parte exterior, ajustados entre la piel del calzado y su pantorrilla. Las armas se las colocó en la cinturilla trasera del pantalón.

Salió de la cocina, se dirigió al salón, buscó en la estantería donde tenía música de todo tipo, se situó frente a los CDs que contenían la clásica que jamás escuchaba y cogió el registrado con el número cuarenta y siete. Lo

abrió para cerciorarse de que la numeración interior coincidía y lo guardó también en el bolso, junto al ordenador.

Toda la información sobre sus robos estaba en aquellos compactos obsoletos, a la vista de cualquier persona que curioseara.

Había aprendido que no hay mejor forma de ocultar algo importante que exhibiéndolo delante de todo el mundo con la forma de otra cosa, y así era cómo todos los datos de sus cuarenta y siete víctimas (la última, en proceso) estaban a la vista. Incluso, si se ponía el disco en el reproductor, sonaba la música que se indicaba en cada uno.

—¿Ahí es donde guardas todos tus secretos?

La voz de Rubén en la penumbra de la estancia le erizó la piel.

¿Cómo la había identificado? No contó con eso cuando ideó el plan.

Cerró los ojos, incapaz de girarse para enfrentarse a él. No la dejaría huir por segunda vez.

Rubén observaba cómo Nerea mantenía la posición, sin moverse. La había visto coger dos armas, cómo se las colocaba en la cinturilla trasera del pantalón y ocultaba los cargadores.

No podía mentir. Verla hacer todo eso le había dado un morbo que hasta se sentía aturdido, pero no podía desviarse de su cometido. Tenía que protegerla quisiera o no.

—Nerea, date la vuelta despacio. No quiero hacerte daño.

Oírlo decir eso le dolió en el corazón, pero hacía su trabajo, era policía y debía detenerla. Con sonrisa triste, se giró para encararlo.

—¿Por qué me detienes ahora y no antes, cuando te lo puse fácil? —lo increpó sin amilanarse. Ya todo le daba igual.

El inspector achicó los ojos, extrañado. ¡No quería detenerla!

Pensó bien la frase que le había dicho y se dio cuenta de que, obviamente, ella había entendido lo más lógico.

—No voy a detenerte —aclaró—. Voy a protegerte. Almeida te busca.

Nerea no se lo podía creer. Almeida la buscaba desde hacía días, la

situación era la misma que horas antes, y ella sabía cuidarse muy bien.

—Gracias, pero no necesito protección. Soy buena en mi trabajo y sé guardarme las espaldas —contestó con seguridad y en tono hiriente, aunque lo cierto era que le dolía hacerlo. Ella sí quería protegerlo a él, protegerlo de Almeida, de ella y de su propio trabajo. Todo se podía volver en su contra si seguía a su lado y él se merecía una vida feliz, no una vida huyendo—. Olvídate de que existo. Olvídate de mí, Rubén. Es lo mejor para todos.

—No —consiguió contestar, porque le abrumaban los sentimientos. En ese instante era ella la que lo echaba de su vida, y no sin razones.

Nerea caminó los escasos pasos que los separaban, se paró delante de él y, otra vez con sonrisa triste, le acarició la mejilla.

—Olvídate de mí, cariño —le suplicó aguantando las lágrimas—. Mereces ser feliz.

Rubén se quedó helado. No esperaba algo así, mucho menos que ella se pusiera de puntillas para acercar los labios a su boca y regalarle un sutil beso que lo quemó por dentro.

No era un beso apasionado, ni erótico... Era uno que no olvidaría en su vida, porque estaba lleno de amor, algo que no había experimentado hasta ese instante.

—Vive, Rubén. Hazlo por mí —le susurró emocionada, aprovechando el desconcierto del hombre por el gesto para desaparecer en segundos sin darle tiempo a reaccionar.

El policía se dirigió a la puerta segundos después, pero ella ya no estaba.

Sonrió con un nombre en la mente, Lady Shadow... y qué merecido era aquel seudónimo.

Capítulo 12

Nerea corrió hacia la salida trasera del edificio para que Rubén no la siguiera.

Era muy peligroso infiltrarse en las oficinas de Almeida y no quería que él estuviese en medio. Si supiera lo que se disponía a hacer, querría ir con ella y, al final, alguno saldría herido, quizá ambos.

Cogió el primer taxi libre que encontró para ir directa al edificio del pederasta, situado en pleno centro financiero de Madrid.

Sólo cuando supo que Rubén ya no podía verla, se quitó la capucha.

Había estudiado el inmueble a fondo, así como el despacho en el que debía realizar la operación.

Un mes atrás consiguió infiltrarse como mujer de la limpieza por un par de días. Así consiguió un duplicado de la tarjeta maestra de acceso para todo el edificio, que guardó dentro del CD de música hasta que pudiese utilizarla.

Antes de llegar a su destino, sentada en la parte trasera del vehículo, sacó el pequeño rectángulo de plástico y lo guardó en el bolsillo de la cazadora. Debía tenerlo a mano en todo momento. La operación sería rápida, limpia y, si todo iba como esperaba, segura.

Delante de las oficinas, se apeó del taxi y se instaló en una cafetería frente al edificio, a la espera de que llegase la hora de la reunión del señor Almeida. Tendría lugar en una sala de juntas algo alejada del despacho, por lo que contaría con tiempo suficiente como para entrar, robarle y marcharse sin que nadie se diese cuenta.

Rubén tardó en reaccionar. Nunca antes una mujer le había hecho sentir lo que acababa de experimentar con un solo beso.

Minutos después, cuando su cerebro empezó a procesar con normalidad, miró fijamente la estantería de donde ella había cogido algo.

Eran compactos de música clásica; una colección extensa, de la que faltaba un disco.

Abrió uno al azar y no encontró nada extraño en él, pero sabía de sobra que ella era una poderosa *hacker* y tenía claro que podía ocultar información en cualquier lugar.

De nuevo repasó cada CD y se fijó en que estaban numerados.

Cuarenta y seis..., las mismas víctimas que él creía que habían caído en sus redes. Almeida sería el cuarenta y siete.

Sonrió al percatarse de que allí estaba todo lo que había estado años buscando, todas las pruebas que necesitaba para condenar de una vez a la mayor ladrona cibernética de todos los tiempos, pero ahora no era eso lo que deseaba. Necesitaba saber dónde estaba e ir por ella antes de que consiguiera que la matasen.

Pensó rápido. Almeida era un empresario conocido y ocupado...

Sacó el móvil. Buscó en Internet noticias financieras sobre la futura víctima. Esa sabandija estaría en sus oficinas centrales toda la mañana, en una importante reunión.

¿Sería Nerea tan temeraria como para ir allí mismo a robarle?

Los policías sabían que el empresario tenía instalado un sistema especial para sus transacciones económicas, debido a anteriores intentos de robo frustrados, que sólo se podía activar en su despacho.

—Está loca —murmuró entre dientes cuando se dio cuenta de que era eso lo que Nerea pretendía.

Sopesó si avisar a Fernando o no.

Decidió no hacerlo. De momento era mejor que nadie supiera nada. Él lo

solucionaría.

Echó un último vistazo a las pruebas que durante años le habían quitado el sueño. Negó con la cabeza a la vez que sonreía y salió de la casa en busca de la mujer que quería, sin tocar aquellos CDs.

Sólo faltaban cinco minutos para que empezara la esperada reunión en la sala de juntas.

Nerea dejó dinero sobre la mesa del bar donde estaba, junto a un vaso con un poco de Coca-Cola.

Se acercó a la máquina expendedora situada al lado de la puerta. Echó unas monedas y compró un paquete de tabaco rubio.

Caminando con tranquilidad, se dirigió al edificio. Llegó a los tornos de la entrada de la empresa como cualquier otro trabajador, sacó la tarjeta de su bolsillo y la colocó ligeramente sobre el lector con sensor de proximidad. La luz verde de acceso permitido se encendió como ella tenía previsto.

Entró sin llamar la atención de los guardias de seguridad. Era un edificio con bastante tránsito de personas de todo tipo durante el horario de oficina.

Con la misma calma, puso rumbo al pasillo de los ascensores, donde había seis elevadores. Entró en uno bastante concurrido y apretó el botón que correspondía al piso dos plantas por debajo del despacho al que debía ir.

Se bajó con más gente y caminó hasta la escalera de servicio. Estaba al fondo del pasillo y a veces los trabajadores se colaban en ella para fumar. A nadie le extrañaría verla entrar.

Se puso la capucha de la sudadera, subió hasta el descansillo anterior al acceso que debía abrir, miró alrededor para captar dónde estaba la cámara de seguridad y colocarse en un buen lugar para lo que quería hacer, sacó un cigarrillo del bolso para disimular ante quien estuviese al otro lado vigilando y se sentó en los escalones.

Sacó el portátil, lo colocó sobre sus rodillas, lo abrió y comenzó a conectarse a la red interna. Cuantas más cosas tuviese preparadas antes de llegar al despacho, menos riesgos correría.

Se trataba de una red muy segura y de difícil acceso, pero no para ella. Por muchos cortafuegos que pusieran, entraría.

Se conectó al sistema de vigilancia y consiguió acceso a las cámaras de seguridad.

Con agilidad, seleccionó la que había frente a la puerta del despacho que le interesaba. Estaba cerrada. Sin embargo, la cámara que vigilaba la entrada de la sala de juntas indicaba que ya estaba abierta. Varios hombres hablaban en la puerta de esta última, y por el pasillo se veía a Almeida avanzar despacio mientras conversaba con su secretaria. Debía de estar dándole instrucciones.

Con tranquilidad, dado que la reunión aún no había comenzado, sacó el CD de música clásica con el número cuarenta y siete del bolso y lo introdujo en el lector del portátil. Volcó todos los datos en un programa que había diseñado especialmente para la ocasión, lo retiró de la bandeja y lo guardó de nuevo.

Todo estaba dispuesto, sólo faltaba que entraran en la maldita reunión de una vez para poder empezar a actuar. El cigarrillo ya se había consumido y no podía disimular mucho más tiempo.

Hizo un barrido rápido por las cámaras de seguridad que más le interesaban, como la que enfocaba en ese momento su posición. Pudo verse a sí misma trabajando con el ordenador, pero nadie la identificaría. La capucha no dejaba saber quién había allí en realidad.

Conforme con lo que veía, minimizó todos los programas menos el de las cámaras.

Justo cuando se disponía a cerrar el ordenador, una cámara enfocó a un hombre que llegaba a las oficinas que le resultó muy familiar.

Acercó la imagen para cerciorarse de que no se equivocaba.

No había duda... Rubén estaba en recepción, con un paquete entre las manos, hablando con la mujer que facilitaba los pases de acceso. Le tendió uno parecido a su llave maestra, deslizándolo sobre la encimera de mármol blanco, señaló la zona de acceso y observó cómo accedía por los tornos de entrada al edificio.

Nerviosa por la estupidez que aquel policía estaba cometiendo, se levantó como un resorte, recogió su material y se dispuso a entrar en la planta del despacho al que debía ir para realizar su trabajo.

Ya estaba allí, tenía el pomo de la puerta entre sus manos y... no fue capaz.

Si Almeida se enteraba de que Rubén estaba en sus oficinas, suspendería la reunión y, por tanto, todo el esfuerzo no serviría para nada.

—Eres muy gilipollas, Rubén Márquez —murmuró enfadada mientras se sentaba de nuevo en un escalón, sacaba el portátil y lo intercomunicaba con su móvil para copiar la aplicación de vigilancia.

Sin otra opción que ir a por él para evitar que los mataran, guardó el material y corrió escaleras abajo para salir de nuevo al descansillo de los ascensores sin dejar de vigilar en su teléfono las cámaras que lo enfocaban.

Parecía preocupado. Eso la afectó de forma inesperada.

Estaba enamorada de él, a esas alturas era inútil negarlo, pero no debía robarle más de su vida. Era policía y además de los buenos si había intuido desde el principio quién era ella. Conocerla y compartir cosas sólo podía complicarle la existencia, sobre todo en su trabajo, y eso no lo iba a consentir. Él se merecía una mujer que lo quisiese como lo hacía ella, pero que no viviese en la clandestinidad. Lo sacaría de allí lo antes posible y después desaparecería de su vida.

El ascensor llegó. Por suerte estaba vacío.

Entró sin quitarle ojo a Rubén en la pantalla; éste seguía esperando en el vestíbulo de entrada a que algún elevador quedara libre; esperaba que fuese el suyo y no se le adelantaran. Parecía que estaba solo, aunque desde el ángulo de aquella imagen no lo podía asegurar.

Sólo quedaba una planta cuando Nerea vio cómo una puerta se abría detrás de él.

Con los nervios a flor de piel, se situó en el centro de la suya, esperando a que la máquina frenase. Si no cogía el que tenía a su espalda, se la encontraría de frente.

Las puertas comenzaron a abrirse y, cuando Nerea se cercioró de que no era otro hombre quien estaba allí, lo cogió del brazo antes de que se girase para coger el ascensor libre, tirando de él hacia dentro mientras presionaba el botón de cierre de puertas. No quería que nadie más fuese testigo de la situación.

Rubén la miró de modo diferente a días atrás. Era una mujer muy valiente, incluso temeraria, y ahora que sabía quién era y qué podía hacer, sintió respeto por primera vez.

Lo que ella había conseguido no lo había hecho ningún delincuente en toda su carrera policial. Robar sin dejar rastro, con la sutileza y elegancia con que lo hacía ella, no era lo habitual.

El cabello rubio no le quedaba bien a sus ojos. Nerea era un bellezón moreno con ojos de un azul intenso que llamaban la atención. Toda vestida de negro y con aquella capucha, le transmitía un morboso peligro.

—¿Se puede saber qué narices haces aquí? —le preguntó enfadada, pulsando el botón del mismo piso en el que se había bajado la primera vez, dos por debajo del despacho de su futura víctima.

—Protegerte —contestó tranquilo, observando cómo trabajaba, porque allí estaba para eso, para realizar su trabajo: robar.

Nerea lo miró con furia. Aquel inspector no tenía ni idea de con quién se la estaban jugando.

—Provocar que nos maten, querrás decir —le replicó para después concentrarse en la pantalla de su teléfono. Buscaba a Almeida. Tenía que cerciorarse de que la reunión siguiera su curso como estaba previsto antes de continuar con el plan.

—Soy policía, no lo olvides. Tu desprecio hacia lo que sé hacer resulta insultante.

La chica levantó la vista de la pantalla enarcando una ceja. ¿Y qué hacía allí con ella, presentándose a protegerla como si fuese una damisela en apuros?

Rubén se dio cuenta de lo que quería decir ese gesto en el rostro de su ladrona y levantó las manos en señal de paz.

—Creo que ambos somos buenos en lo que hacemos... quizá deberíamos confiar el uno en el otro —propuso acercándose a ella para mirar qué observaba con tanta atención. Se sorprendió cuando vio cómo intervenía en la red de la empresa con un simple teléfono. Había leído sus habilidades en los informes de la Interpol, pero verlo en vivo y en directo era otra cosa—. Qué pasada —susurró, incapaz de ocultar sus pensamientos.

Nerea lo miró con una sonrisa por esas palabras de admiración. Rubén era un policía inteligente y sabía que en ese momento dependía de ella casi al ciento por ciento. Estaban en su terreno.

—Tengo intervenidas las cámaras de seguridad para poder vigilar los movimientos de Almeida. Necesito saber que está donde debe para poder trabajar tranquila —le explicó sin apartar los ojos de él. Estaba guapísimo cuando estaba alerta. Asintió mirándola—. Debo entrar en su despacho para llevarme lo que he venido a buscar y la seguridad es primordial para mí. No me gustan las sorpresas.

Rubén deseó quitarle aquella capucha que le tapaba el rostro con sombras y la peluca que tan diferente la hacía.

Deseaba besarla... No estaba seguro de si era lo correcto, si ella también quería o si lo rechazaría, pero lo que iba a suceder minutos, horas o días después era una incógnita y el momento que vivían era lo único que contaba.

Sin pedir permiso, se acercó a ella y tomó su boca.

Nerea no se resistió, se dejó hacer. Rubén, viendo el camino libre, la agarró por la cintura para acercarla a él.

Sus cuerpos se tocaron y la necesidad de tenerse el uno al otro se hizo patente.

El beso se volvió más duro, incluso furioso, provocando que Rubén la colocara contra la pared y presionara su entrepierna contra la de ella. Nerea sintió fuego en la sangre.

Él era su pareja y sabía que nunca encontraría a otro hombre que le hiciese sentir algo así.

Sin dudar, aprovechó la ocasión y enredó su lengua con la suya, dejándose llevar.

Cuando el ascensor frenó, ambos se separaron, molestos por la interrupción, pero estaban allí para otra cosa. Cualquier distracción les podía costar la vida.

Nerea se repuso rápidamente y, con la sangre más fría de lo que Rubén la había caldeado de verdad, tiró de él hacia fuera para que la siguiera. Debía hacer el mismo camino que minutos antes hasta la escalera de servicio, subir dos pisos y entrar en la planta donde llevaría a cabo el robo.

Una vez dentro de la escalera, colocó a Rubén fuera del ángulo de las cámaras y tiró a una papelera cercana la ridícula caja que le había servido de tapadera para llegar hasta allí sin levantar sospechas y que aún sostenía. Debía dejárselo todo claro antes de entrar. Sus vidas dependían de lo meticulosos que fueran.

Rubén observó cómo lo resguardaba de la vigilancia del edificio y sonrió.

—Soy yo quien ha venido a protegerte —dijo buscando su mirada ante aquel gesto.

La mujer esbozó media sonrisa traviesa intentando quitar hierro al asunto, pero no era para tomarlo a broma.

—Rubén, Almeida es una amenaza mayor de lo que sabéis. Tiene amigos mucho más peligrosos que él y uno de ellos está en la mesa de esa reunión, así que deja el machismo a un lado de una vez y escúchame con atención. Tú te quedarás aquí, vigilando las cámaras con este móvil, y yo entraré a por lo

que me quiero llevar. Si salen de esta sala de juntas o ves movimientos extraños, cierra el programa y ábrelo con este icono inmediatamente después. —Señaló un símbolo en una página llena de aplicaciones—. Tú no perderás la visión de lo que pasa, pero en mi ordenador saltará un aviso que delatará su desconexión y conexión. Eso querrá decir que tengo que salir de allí. —Él asintió ante ese despliegue de seguridad y preparación—. Si por alguna razón te encuentras en un peligro vital, sólo apaga la aplicación. Si en diez segundos no has activado de nuevo el programa, vendré a por ti. —El hombre la miró molesto—. ¿Lo has entendido todo? —preguntó sin darle tiempo a pensar o reaccionar—. Rubén, necesito que me digas que lo has entendido. No estoy acostumbrada a tener a nadie a mi alrededor, trabajo sola y me preocupa bastante pensar que no tienes algo claro. Aquí estás en mi terreno y mando yo. No lo dudes ni un segundo.

—Lo sé, pero me cuesta hacerme a la idea —contestó, cogiendo el dispositivo que le ofrecía.

—No hay tiempo, madero —replicó usando el modo con el que se llama a la policía de forma coloquial, colocándose el bolso mientras que con la mano libre se aseguraba de que la tarjeta de acceso estuviese donde debía.

—¿Cómo sabré si te hace falta mi ayuda? —preguntó por la necesidad de disponer de ese dato y, sobre todo, de sentirse necesario.

Nerea lo miró unos segundos mientras sacaba sus guantes de piel del bolso y se los ponía.

No había forma de que lo supiera, a no ser que ella llamara a su propio móvil, pero eso no se lo podía decir. Si se daba cuenta de ello, no la dejaría cruzar la puerta.

Se acercó a él muy sensual, sujetó su barbilla y lo besó.

Rubén se lo devolvió gustoso, pero, cuando fue a acercarla a él, Nerea se apartó con suavidad. Lo miró un segundo y comenzó a subir la escalera, dejándolo embobado observándola.

Consiguió subir el primer tramo y se giró para verlo una última vez

mientras se ponía su antifaz.

—Ahora vuelvo —le dijo sonriendo.

Sólo cuando la puerta se cerró y Nerea ya no estuvo allí, se percató de que no le había contestado a la pregunta.

Miró el móvil con impotencia.

Si a ella le sucedía algo allí dentro, no podría ayudarla. La única forma que tenía de avisar de un posible peligro era desconectar un programa informático del móvil.

Peor imposible.

El miedo lo invadió por un momento. Se estaban jugando la vida saltando al vacío sin red.

Consciente de la realidad de la situación, se colocó bajo la cámara de seguridad como había hecho muy hábilmente Nerea y no quitó ojo a la pantalla del teléfono. Debía hacer bien su parte si querían salir de allí.

Nerea encontró los pasillos vacíos. La reunión era importante y casi todo el mundo estaba en ella.

Cuando llegó a la puerta del despacho de Almeida, se cercioró de que nadie la viese, sacó su tarjeta para el acceso, la pasó por el lector con rapidez y, una vez abierta la puerta, se coló dentro.

Era una estancia amplia, pero, debido a la ostentación que tanto le gustaba a aquel hombre, parecía mucho más pequeña.

Tenía las paredes llenas de imitaciones de cuadros de relevantes pintores que Nerea identificó en su totalidad de un solo vistazo y, todos, como era de esperar, referidos a la infancia o adolescencia temprana. Los originales los tenía en su preciada mansión.

¡Qué asco le tenía a aquel tipo! Menos mal que ya no lo volvería a ver.

Sin pensar mucho más en ello, se sentó a la mesa del despacho, sacó su

portátil y lo conectó al de sobremesa que allí había.

Necesitaba entrar en el ordenador de Almeida para acceder al sistema de seguridad.

Mientras, abrió una pequeña ventana en el ángulo inferior derecho, donde veía a Rubén en la escalera o, mejor dicho, en el tramo de escalera donde lo había escondido. Estaba más nerviosa de lo normal y eso se lo provocaba tener que estar pendiente de otra persona que no fuese ella. Era horroroso.

Con más rapidez de la esperada, consiguió llegar al programa que necesitaba y puso a funcionar el suyo de diseño propio para decodificar los códigos de seguridad.

Eran tres claves con una secuencia de diez dígitos cada una, que Almeida cambiaba cada día de forma compulsiva ante el miedo a otro robo, cosa que no hacía con los sistemas del resto del edificio, y eso a Nerea le venía de perlas.

Había transcurrido casi media hora entre unas cosas y otras. Aquella reunión podría acabar en cualquier momento o alargarse durante horas, era imprevisible, y por ello Nerea quería actuar deprisa, para poder desaparecer con tranquilidad.

Tenía ante ella la última barrera de seguridad antes de llegar al código que quedaba por descifrar, cuando encontró un archivo codificado. No sabía qué podía ser, ni podía perder el tiempo en desencriptarlo, pero sí podía copiarlo, al igual que todo lo que había allí, para que Rubén, Fernando y sus compañeros pudiesen acusar a aquel malnacido de todos los delitos que se les ocurrieran y más. Allí tenía todas las pruebas que necesitaban para meterlo en la cárcel para toda la vida.

Sin quitar ojo de lo que había ido a realizar, programó una copia de todo el disco duro.

Cuando los datos que había cruzado entre su ordenador y el del despacho se colocaron en su lugar, se abrió una ventana donde aparecía el saldo y un espacio para introducir la cuenta de recepción: sólo tenía que introducir ese

número y escribir la cantidad que quería transferir. Sin pensarlo demasiado, puso cincuenta millones de euros, ya que el total ascendía a casi noventa. Podía coger más, ¡podía cogerlo todo!, pero ése era el tope que había decidido para retirarse y, aunque ella pensaba que aquel desgraciado tenía menos dinero, ahí estaba, todo para ella, pero... si quería que Rubén lo cogiera, debía dejar una cantidad significativa como prueba. Una vez validó la operación, el dinero se transfirió en menos de un segundo a su cuenta secreta. No se lo podía creer. ¡Había sido más fácil de lo que pensaba!

Con sonrisa feliz, cerró todos los programas que la delataban y los borró de su ordenador.

Si la cogían, no habría ni rastro de lo que había hecho, pero aún quedaba un treinta por ciento por copiar del disco duro, que en tiempo venían a ser unos siete minutos.

En otras circunstancias daría lo mismo, pero ya estaban en peligro desde antes de entrar en aquel edificio y debían salir de inmediato.

Inquieta mientras esperaba, no podía apartar la vista de la ventanita que a la derecha de su pantalla le mostraba el lugar en el que estaba Rubén. Aunque no pudiera verlo porque, muy obediente, no se movía de donde ella le había indicado, estaba allí, lo sabía porque nada en su ordenador avisaba de lo contrario.

Minutos después estaba eufórica. Había robado todo el dinero que quería para retirarse y, como regalo, había conseguido copiar todo el disco duro del ordenador de Almeida. Estaba deseando ver la cara de Rubén cuando se lo contara. ¡Tendría todas las pruebas que necesitaba para detenerlo!

Salió del despacho del pederasta con sumo cuidado y, una vez en el pasillo, avanzó alerta hasta la escalera.

Sólo quedaba salir del edificio y el trabajo estaría concluido. Si no levantaban sospechas y se largaban lo antes posible, todo saldría perfecto.

Entró en la caja de escaleras con la misma normalidad con la que salió con cuidado de no ser vista, y se quitó el antifaz y los guantes, que ya no debía

usar. Los guardó en el bolso mientras bajaba al encuentro de Rubén.

En cuanto llegó al primer descansillo, un escalofrío le recorrió la espalda. No sabía cómo, ni podía explicarlo, pero supo que algo no iba bien.

En contra de lo que debía hacer, echó a correr escaleras abajo. Necesitaba comprobar que se había equivocado, que su intuición no era infalible, pero no fue así... Rubén había desaparecido y en su lugar había una nota junto a un móvil: «Si lo quieres vivo, llama a tu número.»

La sangre se le heló al instante. Todos sus miedos se habían hecho realidad. Rubén estaba en peligro y ella debía decidir qué hacer: huir con el dinero y dejarlo morir o hacer esa llamada y, probablemente, morir los dos.

Capítulo 13

Salir del edificio fue sencillo. Nunca supo si la dejaron marchar por deferencia de Almeida o bien porque nadie sospechó de ella debido al disfraz.

Aun sabiendo que la habían descubierto, o al menos a Rubén, mantuvo todas las alertas de seguridad como en cualquier otro robo. Se guardó mucho de que nadie la viera con aquel teléfono ni con la nota. Sólo cuando estuvo en la calle y alejada del despacho de ese malnacido, decidió qué hacer.

Sacó el portátil del bolso y lo conectó al teléfono.

Su móvil tenía un dispositivo GPS modificado por ella que esperaba que funcionase para poder localizarlo o, como mínimo, darle una pista de dónde lo habían llevado.

Debía intentar el rescate antes de ceder a las pretensiones de aquel delincuente. No quería darle lo que deseaba, pero su corazón se había impuesto a la mente y, por Rubén, lo haría.

Marcó su número, temblando y sin dejar de mirar la pantalla del ordenador y, a la vez, vigilar a su alrededor. Entonces más que nunca necesitaba ser una sombra.

—Vaya, señorita García... Esperaba un poco más de rapidez por su parte. Quizá este policía entrometido no despierta su interés tanto como creía, cosa que, por otro lado, me hace tenerla en mejor estima.

Nerea casi vomita con tan sólo oír su voz. Rubén le importaba, y mucho, pero casi era mejor que aquel tipo creyera que no era así. Ese hecho tal vez podía darle un poco más de tiempo con vida a Rubén, y en ese momento eso

era lo principal. Por eso prefirió no amenazarlo con llevar a la policía la copia de su ordenador en la que quedaban probados todos sus delitos.

—¿Qué quiere? —preguntó con decisión, intentando esconder el desprecio que sentía.

—Ya lo sabes. Tus habilidades para un robo.

—¿Qué quiere? —repitió con voz cansada. Estaba claro que la quería para eso, ya se lo había pedido durante aquella comida envenenada, pero ¿qué obra?

—*Muchachas al piano*, Renoir, 1892.

Nerea cerró los ojos con fuerza y contuvo el aliento. Ese lienzo era muy difícil de sustraer sin un planteamiento previo extenso y riguroso, más que nada porque no estaba en una casa de subastas o de algún coleccionista... no, aquella pintura estaba en el Musée D'Orsay de París, uno de los museos más seguros y concurridos del mundo.

—Consigo imposibles, pero no hago milagros —replicó pensando que, si aquel hombre insistía, acabarían muertos.

—¡Ya lo creo que los haces! Lo he visto —contestó amenazador, deleitándose con la situación—. O bien me traes el Renoir o, si lo prefieres, la *Maternidad* que pintó Picasso en su época azul en 1901. Está en paradero desconocido y dudo de que el propietario de la obra haya hecho pública su adquisición. Fue un comprador anónimo, para salvaguardar su identidad. Tú decides.

Nerea no podía creer en su suerte. Al final su obra más querida podía salvar a Rubén —a ella no estaba tan segura—, aunque eso supusiera tener que deshacerse de algo muy importante y representativo en su vida.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —preguntó sin quitar ojo del ordenador. El GPS estaba haciendo su trabajo y ya casi tenía una ubicación aproximada de dónde podían tenerlo retenido.

—Dos días como máximo. Si dentro de cuarenta y ocho horas no tengo uno de los dos cuadros en mi poder, le pego un tiro en el corazón al policía.

¿Ha quedado claro? Y con el dinero que hoy me has robado, date por pagada.

Nerea apartó rápidamente de su mente la imagen de Rubén tirado en el suelo con un disparo en el pecho.

No podía procesar algo así si quería tener la mente fría para pensar cómo lograr salir vivos los dos de esa situación.

—En menos de cuarenta y ocho horas lo llamaré para que me informe de dónde desea que se realice la entrega, pero antes exijo saber que él está bien.

La risa de Almeida inundó la comunicación, haciendo que ella apartase el teléfono para amortiguar un poco el eco que producía. Era asqueroso.

—Está bien. Tú consigues lo que quiero.

Nerea no pudo decir ni pedir nada más. La llamada se había cortado y de ella sólo había conseguido saber hasta dónde podía llegar la avaricia de una persona que podía tenerlo todo pero no se conformaba con ello, sino que deseaba lo prohibido por encima de todas las cosas.

Lamentable.

El GPS parpadeó justo un segundo antes de que aquel tipo colgara. Tenían a Rubén en un vehículo que estaba saliendo de Madrid dirección sur, hacia un destino desconocido.

Era hora de trabajar y desde luego iba a intentar por todos los medios no perder nada de lo que quería y tanto esfuerzo le había costado conseguir: ni a él ni su amado Picasso.

Había que actuar rápido.

Sacó la batería del teléfono y la tarjeta. Guardó todas las piezas por separado dentro del bolso.

Si había algún dispositivo de localización en ese aparato parecido al suyo, así no funcionaría. Cerró el ordenador y paró el primer taxi que encontró.

—A la oficina central de correos —le ordenó al conductor tras montar en la parte trasera del vehículo y, con premura, abrió de nuevo el ordenador. El punto rojo al que seguía desde hacía rato ya había parado en algún lugar de

las afueras de Madrid, en algún descampado entre la carretera de Toledo y la M-45.

Ya sabía dónde lo tenía. Por tanto, sólo había que llegar hasta allí.

En cuanto llegó al majestuoso edificio de correos en Cibeles, se dirigió a la zona de apartados postales y, sin dudar, fue directa a su buzón. Tenía uno alquilado desde hacía muchos años, para emergencias.

Sacó una llave del bolso y abrió la puertecita.

No necesitaba muchas cosas, sólo la llave de su lugar seguro y algo de dinero en efectivo.

Lo cogió y salió igual de discreta que había entrado.

El garaje en el barrio de Carabanchel estaba en perfecto estado.

Había comprado un viejo almacén en los bajos de una finca que era lo suficientemente grande como para albergar una docena de vehículos y algunas cosas más.

Ella no alquilaba esas plazas de aparcamiento; utilizaba la estancia para guardar algo más que unos simples coches.

Entró con tranquilidad, mirando a ambos lados de la vía, a la que había llegado andando. Se había bajado del taxi dos calles antes. Toda precaución era poca, según estaban las cosas.

Cerró la puerta a sus espaldas y presionó el interruptor de la luz que tenía a su izquierda.

Enseguida se encendieron un montón de lámparas fluorescentes en el techo y la oscuridad dio paso a una estancia bien iluminada, limpia; vio las dos motos todoterreno que tenía allí aparcadas, una Ducati Monster y una Honda CBR 1000, ambas pintadas de color negro mate.

Se acercó a la Monster y acarició el carenado de pasada un par de segundos antes de dirigirse hacia una puerta lateral.

Puso la mano en un cajetín que había junto al marco de la misma. Un lector se deslizó por la pantalla, escaneando sus huellas. Una vez que el aparato comprobó que era la persona correcta, la entrada cedió y automáticamente se encendieron más luces.

De pronto apareció una especie de apartamento en miniatura; era su refugio de emergencia, un lugar donde esconderse cuando ni siquiera los hoteles le parecían seguros o si perdía el dinero, las tarjetas o la documentación.

Acceder al garaje resultaba fácil. Forzar la puerta, en caso de ser necesario, no era problema y, una vez dentro, sólo necesitaba sus huellas dactilares.

Abrió un armario y sacó una cazadora y unos pantalones de cuero, fabricados en exclusiva para ella. Tenían protecciones para montar en moto, pero, además, eran superligeros y flexibles, lo que resultaba muy adecuado en caso de que tuviera que huir, escalar o incluso defenderse en una lucha cuerpo a cuerpo. Los trajes habituales eran demasiado pesados y dificultaban la movilidad; en cambio, esos hechos por encargo, no. Tenía un par de ellos, que le fabricaba en Roma el mismo artesano que elaboraba también sus preciados guantes para los robos.

Se desnudó para cambiarse, dejándose puesta sólo la ropa interior y una camiseta de tirantes negra y ajustada.

La piel de los pantalones se pegó a la suya, estilizándole la silueta. La cazadora se entalló a su cuerpo a la perfección.

Se deshizo de la peluca y soltó su pelo natural. Luego se calzó las mismas botas de caña alta que iban perfectas para montar en moto y, de nuevo, se guardó las armas en la cinturilla del pantalón; además, cogió otra de menor tamaño, que sacó de un cajón, y la aseguró dentro de su bota derecha, junto a los cargadores.

Iba a sacar a Rubén de allí aunque le costase la vida hacerlo. No pensaba abandonarlo.

Comprobó de nuevo que el punto rojo del GPS estuviese en el mismo sitio en el que lo había visto la última vez y cargó el programa en otro móvil nuevo que pilló de uno de los múltiples armarios.

Mientras la tecnología hacía su trabajo, sacó una mochila negra y comenzó a meter material dentro: una escopeta, un rifle, una mira telescópica, dos pistolas más, cargadores, un par de pistoleras de pierna y otra para la espalda; un juego de seis cuchillos para lanzar y una navaja desplegable que guardó en la otra bota completaban el armamento. No sabía a lo que se enfrentaba, ni a cuántas personas...

Todo le parecía poco, pero ella sola no podía llevar más.

Sacó un par de cascos negros con visera tintada de un armario, guardó las piezas del móvil que encontró junto a la nota en las oficinas de Almeida en la mochila y salió de nuevo al garaje.

Debía colocarlo todo en la Monster y llenar el depósito con las garrafas de gasolina que había en un extremo del almacén.

En cuanto el móvil estuvo cargado con los datos y aplicaciones que necesitaba, lo cogió, cerró la puerta de su lugar seguro, se puso el casco, asegurándose de ocultar su cabellera, y salió montada en la moto en busca de Rubén.

Necesitaba llegar al punto que marcaba el GPS con la luz del día para saber cómo era la zona, a cuántos hombres debía enfrentarse, cómo podía entrar y trazar un plan. Después esperaría a que se hiciese de noche para sacarlo. Había luna llena, una superluna inusual con la que ganaría visión nocturna..., aunque no sólo lo haría ella. Tendría que tener cuidado de no ser vista.

Rubén estaba hambriento, sediento y muy preocupado.

Allí había al menos media docena de hombres armados, que él pudiese

ver, más otro par que lo habían transportado en el coche de cristales oscuros hasta aquella nave en algún punto indefinido de las afueras de Madrid.

Era probable que sólo le quedasen unas horas de vida.

Estaba perdido.

Aunque sabía que sería inútil, intentó anotar mentalmente todos los detalles de lo que lo rodeaba y las personas que lo retenían. Si conseguía salir de allí, sin duda todo aquello serviría para el caso contra Almeida.

Por más que lo intentaba, no podía quitarse de la mente a Nerea. Sabía de sobra que ella estaba a salvo y que sabría cuidar de sí misma probablemente mejor de lo que lo haría él, desde luego muchísimo mejor de lo que lo había hecho hasta el momento... pero no había podido avisarla del peligro como habían acordado antes de que ella desapareciese por aquella puerta y, conociendo sus habilidades y el historial que llevaba a sus espaldas, era capaz de hacer muchas cosas aparte de robar que constituían delitos más graves. No podía consentir que ella llegase a matar por él; ése era su trabajo, siempre que no hubiese otra salida.

De nuevo miró alrededor. Estaba en una nave rectangular con varios coches aparcados en la entrada más grande, que se cerraba con una puerta gigante que se elevaba.

A él lo habían situado en el centro del espacio, sentado en una silla de madera vieja y medio destartada, pero fuerte, con las manos atadas a la espalda rodeando el respaldo, sin zapatos, ni cazadora, ni camiseta. Estaba descalzo, con tan sólo los vaqueros puestos.

Vio cómo Almeida se acercaba a él con el teléfono en la mano y por su semblante supo que estaba hablando con Nerea.

Ya lo había observado las veces anteriores que había estado con ella y estaba volviendo a pasar: se le iluminaba la mirada como a un adolescente encaprichado cuando pensaba, hablaba o estaba con ella.

Rubén deseó poder borrarle esa sonrisa del rostro con un certero puñetazo. Aquel hombre le recordaba una y otra vez lo que ella había confesado en su

casa sobre su pasado.

Se juró que mataría a aquella escoria humana con sus propias manos si hacía falta.

Aquel tipo nunca volvería a tocar a una mujer, tuviese la edad que tuviese.

—Cuarenta y ocho horas. Eso es lo que te queda de vida —lo informó sin borrar el gesto que tanto asco le daba al policía—. Si ella no trae lo que quiero en ese tiempo, te pegaré un tiro justo aquí.

Rubén sintió el dedo de aquel sujeto tocar su piel sobre el corazón. Sabía que lo decía en serio y también sabía que Nerea haría lo que hiciese falta para que la amenaza no se cumpliera.

Sin embargo, estaban muertos. Ella no podría con aquel pequeño ejército sola.

El GPS marcaba un lugar determinado. Tenían a Rubén en los campos que había entre los barrios de Leganés y Carabanchel, cerca del nuevo polígono tecnológico entre la M-40 y la M-45.

En aquella zona había varias construcciones que se usaban como almacenes, granjas, trasteros y garajes de grandes autocares y camiones. Nerea rezaba para que el programa fuese exacto en su ubicación; lo necesitaba más que nunca.

Había conducido con toda la tranquilidad que pudo por la ciudad, por la carretera no tanto, y en ese momento, por el campo, debía ser cauta. No podía llamar demasiado la atención cuando estuviese cerca de la construcción señalada y tenía que apartarse del camino si se cruzaba con otro vehículo.

Era la hora de la siesta cuando se acercó a los alrededores del lugar. Simuló estar dando un paseo en moto, sin detenerse ni acercarse demasiado.

La construcción era simple por fuera: un rectángulo con una gran puerta parecida a la de los garajes en la entrada principal y ventanas de tamaño

medio; algunas parecían semitapadas desde el interior, y el techo era sencillo, a dos aguas.

No había ningún coche fuera, tan sólo dos hombres en las entradas, vigilando.

Nadie en el tejado.

Nadie alejado de la casa.

Nerea se apartó un poco, hasta llegar a otra construcción situada a unos cincuenta metros, que no correspondía a la misma propiedad y se asemejaba a una pequeña granja.

Se cercioró de que no había nadie alrededor, aparcó la moto, la ocultó con unas lonas que encontró tiradas en el suelo de lo que parecía una leñera y se sentó, escondida entre las telas.

Sacó el móvil del bolsillo de la cazadora, conectó el GPS y comprobó que el punto rojo seguía allí.

Estuvo tentada de llamar a Fernando y contarle todo lo que estaba pasando, pero, si lo hacía, estaba convencida de que se presentaría allí con un montón de coches patrulla, llamando por supuesto la atención, y al final sólo conseguiría que los matasen a todos.

Pensaba avisarlo, pero justo antes de intentar el asalto en solitario.

Debía vigilar las entradas y salidas de la propiedad hasta que oscureciera un poco.

En cuanto el sol comenzara a ocultarse, se dispondría a rescatar a Rubén.

Capítulo 14

El atardecer teñía el cielo de fuego mientras Nerea observaba cómo el sol se ocultaba en el horizonte. Tenía puestos los auriculares que siempre llevaba debajo del asiento de la moto. Los había conectado al teléfono para escuchar música. Necesitaba relajarse. *Say when*, de The Fray, sonaba a todo volumen. Esa canción no podía ir más a tono con la situación.

El espectáculo que ofrecía la naturaleza ante ella era precioso, majestuoso... mágico, y esa canción...

Contempló el horizonte y sus colores con la calma que requería el instante, recreándose en los detalles, pensando en todos los atardeceres que había guardado en su mente en soledad.

Ése sería el último... el último en soledad, bien porque dejaría de existir cuando Almeida la matara o bien porque Rubén vería el resto que le quedaban por vivir junto a ella. Estaba decidida.

Cerró los ojos, imaginando cientos de momentos con aquel hombre cabezota junto a ella al atardecer, cientos de besos, caricias y te quiero que cabían en aquellos cinco minutos que duraba la canción y que habían dejado volar su mente.

Esbozó una sonrisa soñadora y cogió fuerzas para que el deseo se cumpliera, pues antes tenía una cosa muy importante que hacer: rescatarlo.

Como si de otra Nerea se tratara, la sonrisa se le borró del rostro, abrió los ojos con mirada de furia y el azul de sus iris, que era chispeante segundos antes, se tornó tormenta.

En los últimos tiempos, pocas veces había utilizado sus dotes para la

supervivencia de forma tan extrema como iba a hacer a continuación.

Antaño eran el pan nuestro de cada día, pero hacía años que su vida era mucho más plácida, dentro de sus delitos.

Todavía lo recordaba. No olvidaba cómo y qué tenía que hacer, y había llegado el momento de desempolvar el pasado para ganarse un futuro mejor.

Abrió la mochila y sacó las cartucheras. Se colocó una en cada pierna y otra a la espalda, con lo que podía llevar cuatro pistolas a la vez sobre su cuerpo.

Eran automáticas y de gran capacidad de carga, para tener que recargar lo menos posible.

Cruzó la cuerda de lona que había instalado en la escopeta en bandolera por su cuerpo, montó el rifle de alta precisión, al que colocó la mira telescópica y el silenciador, para después cruzarlo de la misma forma.

Cogió el móvil nuevo con intención de llamar a Fernando como había previsto, pero lo pensó mejor. Tan sólo le envió un enlace a su ubicación en tiempo real a través de Google, junto a un mensaje de WhatsApp:

Estamos en el camino del romeral, junto
al polígono tecnológico de Leganés, entre
la M-40 y la M-45.

Tienen a Rubén y voy a rescatarlo.

Rastrea este móvil para encontrarnos...
Son muchos...

Adiós, Fernando, y gracias por todo...

Lady Shadow... o simplemente Nerea.

Instaló los cuchillos en las cartucheras de los muslos, se quitó los auriculares sin querer pensar en mucho más, ocultó la mochila junto a la moto y salió con sigilo en dirección a la nave donde tenían a Rubén.

Ya había anochecido. Nadie la vería.

Era una sombra.

Rubén no paraba de mirar con cautela cómo se apagaban las luces del exterior.

Estaba anocheciendo y estaba convencido de que Nerea intentaría algo antes de ceder a lo que fuese que aquel tipo le hubiese exigido. Ella sabía cómo hacerlo, sabía defenderse, y ése era el mejor momento. Él también actuaría así.

Sin duda intentaría estar lo más preparado posible, pero resultaba muy difícil intuir cómo iba a proceder. Había leído los informes, sabía de lo que era capaz, pero siempre había sido para defender su vida, nunca la de otra persona... y, cuando alguien que te importa está en peligro, eres imprevisible, y él sabía que le importaba.

Nerea anduvo campo a través con sumo cuidado.

No debía llamar la atención de los guardias exteriores. Sólo eran dos y sin duda lo mejor era eliminarlos en silencio.

Eligió un lugar del descampado que le permitía ver a ambos hombres, cada uno en un extremo de la construcción. No había luz exterior, pero la visión nocturna que le facilitaba la mira telescópica de su arma era lo único que necesitaba.

Durante largos minutos, tumbada en el suelo, con el cuerpo totalmente estirado para no ser vista, y el arma bien apoyada sobre un montículo de arena que había construido para afinar más el tiro, meditó el orden en el que los mataría. Debía ser un intervalo de sólo tres o cuatro segundos entre cada disparo para que al segundo no le diera tiempo de dar la voz de alarma y advertir al resto. Después, debía correr a sacar ambos cuerpos de la zona más visible y ocultarlos.

El arma era pesada, pero Nerea sabía controlar el pulso, la respiración y la puntería para obtener la mayor precisión. Debía ralentizar sus respiraciones hasta que casi fuesen imperceptibles y lograr que su corazón latiera despacio y tranquilo para apuntar con exactitud a la primera víctima. La adrenalina y su destreza harían el resto para matar al segundo.

Afianzó su posición en el suelo, colocó el arma firme contra su hombro y respiró pausada. Cuando estuvo preparada y vio cómo su víctima se colocaba en un buen lugar para no levantar la liebre cuando lo abatiera, disparó.

El hombre se desplomó, fulminado al instante.

Con rapidez, apuntó al segundo, afinó la puntería y apretó el gatillo.

El segundo vigilante cayó como un muñeco sobre la tierra.

Cogiendo aire con fuerza, Nerea se levantó del suelo de un salto sin soltar el rifle y corrió hasta llegar lo más cerca que pudo de la nave.

Miró alrededor para comprobar que nadie se había percatado de los disparos. Cuando confirmó que todo estaba tranquilo, se colgó el arma de nuevo a la espalda y corrió hacia el primer cadáver.

En cuanto estuvo a su lado, lo cogió de las muñecas y tiró de él, arrastrando el cuerpo un par de metros hacia la esquina de la nave, y lo colocó sentado contra la fachada. No quiso fijarse en cómo era, sólo quería quitarlo de su camino.

Sin perder un instante, caminó con sigilo hasta el otro extremo de la nave, con cuidado de no sobrepasar la altura de la parte baja de las ventanas. Debía ser una sombra todo el tiempo que fuera posible, y ni siquiera quiso arriesgarse a mirar hacia el interior. Debía llegar al segundo individuo abatido y ocultarlo, igual que había hecho con su compañero; después ya miraría.

Repitió la misma operación con el otro muerto.

Cuando estuvo más tranquila, se preparó para estudiar el interior.

Se agachó junto a una ventana, apoyó la espalda contra la pared para salvaguardarla de cualquier ataque y se asomó discretamente.

Allí estaba Rubén, vestido tan sólo con unos vaqueros oscuros, atado a una

silla y alerta, aunque se le notaba cansado.

Suspiró al ver que estaba vivo, pero no debía despistarse. Tenía que sacarlo de allí.

Había cuatro hombres sentados alrededor de una mesa, a unos cinco metros de Rubén, jugando al póquer; otros tres, en unos sofás al otro lado del policía, jugando a la Xbox, y dos más charlando con un cigarrillo, más alejados, junto a los coches; además, se veían sombras tras una puerta, justo al otro lado de la nave desde su posición. Debían ser Almeida y sus guardaespaldas. En total eran nueve, que ella viese desde su posición, y calculaba que, con el mafioso, serían otros tres o cuatro tras esa pared. Era su escolta habitual.

Iba a tener que ser rápido, porque, aunque matara con el rifle a los dos que estaban más alejados, junto a los coches, a los otros siete iba a tener que liquidarlos a bocajarro.

Suspiró mientras cerraba los ojos unos segundos, rotando el cuello para destensar y relajar los hombros.

—Si existes —susurró a la nada—, haz que salgamos vivos de aquí.

Nunca había creído demasiado en Dios, pues pensaba que, de existir, la habría salvado de más de un malnacido en su vida, pero quizá había llegado el momento de ser optimista en ese sentido, porque necesitaba de un milagro para conseguirlo. Con un poco de suerte, por fin había llegado la hora del suyo.

Con decisión, se encaminó agachada hacia las ventanas centrales. Había visto un agujero en la esquina de una de ellas y esperaba que le sirviese para meter el cañón de su rifle y no tener que hacer ruido rompiendo un cristal para disparar. Parecía que el milagro comenzaba, porque era perfecto para ajustar el tiro y matar a aquellos dos.

Repitió la misma operación. Cerró los ojos, cogió aire, acompasó la respiración a su pulso y, en cinco segundos, cayeron abatidos los dos hombres.

De inmediato miró en dirección a Rubén y comprobó que nadie se había dado cuenta de lo que había pasado. Todos estaban demasiado ocupados con sus juegos y conversaciones absurdas, incluso el ruido de la consola era lo bastante atronador como para que sus disparos hubiesen pasado desapercibidos.

Por si no tenían bastante violencia en su vida, aquellos tipos estaban jugando a *Call of Duty*, un videojuego de disparar a todo lo que se pusiera por delante y en primera persona. En la pantalla de dicho juego sólo se ve el arma, tus manos y lo que sea que tengas que matar. ¡Hombres!

Con cuidado, aseguró el rifle y lo dejó pegado a la fachada del edificio. Seguramente ya no lo necesitaría más, pero era mejor dejarlo donde pudiera regresar a por él.

Cogió pistola por pistola y las amartilló todas, allí de cuclillas contra la pared. Necesitaba tenerlas preparadas para lo que estaba por venir. Se iba a liar gorda en cuanto le disparase al primer hombre, y todo debía ser muy rápido.

Empuñó una con seguridad, se incorporó un poco y miró de nuevo hacia el interior. Rubén estaba mirando en su dirección.

Nerea le sonrió y después le hizo señas, indicándole la puerta principal. Era la forma más segura de entrar, ya que estaba en semioscuridad y, además, ya no había vigilantes.

Rubén, con media sonrisa orgullosa, asintió levemente, informándola de que estaba preparado y, como el mejor actor de Hollywood, regresó a su cara de preocupación.

La mujer se alegró de que él se hubiese dado cuenta de que estaba allí. Estando prevenido, podría tirarse al suelo y rodar para apartarse al máximo del fuego cruzado, y ése era un trabajo menos que ella agradecía no tener que hacer, dado que debía enfrentarse sola a ellos, aún siete, más los que estuviesen tras la puerta.

Corrió hasta la entrada, tiró con suavidad de un pestillo metálico que había

en una puerta más pequeña dentro de la grande y, cuando ésta cedió, Nerea entró muy rápido. La noche la ocultaba, toda vestida de negro como iba, pero Rubén sabía dónde estaba con exactitud, porque no le había quitado ojo desde que vislumbró la diminuta rendija de luz al abrirse la puerta. Era como ver un puma en plena cacería: elegante, rápida y segura. Lo tenía impresionado.

Nerea se agachó junto a los vehículos; no le costó comprobar que esos dos hombres estaban muertos. Avanzó pegada a los coches y, cuando estuvo lo más cerca que pudo de la zona donde lo tenían retenido, le indicó a Rubén que se protegiera como pudiera, porque iba a disparar, y mucho.

Rubén lo vio todo como a través de una cámara que filmara a una velocidad superlenta. La mujer que le había robado el corazón era letal, más de lo que nunca hubiese imaginado. Los informes que había leído una y otra vez sobre ella no habían sabido expresar la realidad.

Nerea se había levantado del suelo con una agilidad increíble, había empuñado el arma que llevaba en la mano con seguridad y, mientras disparaba al primero de los tipos que jugaba a la Xbox, había sacado la otra arma de la cartuchera de la pierna y había empezado a disparar también, esta vez a los que jugaban al póquer.

Siete hombres eran y siete certeros disparos salieron de sus armas.

Casi no les dio tiempo ni a reaccionar. Sólo un par de balas perdidas resonaron en la nave.

—Eran más lelos de lo que me había imaginado. Supongo que por eso necesitaban tantos para vigilarte —le susurró a Rubén al llegar a su lado y darle un tímido beso en los labios antes de cortar las cuerdas que lo ataban al respaldo de la silla.

—Creo que tú eres demasiado buena como para dejarlos reaccionar —contestó en el mismo tono, algo atontado por la sensualidad que desprendía

aquella chica, sin dejar de mirar hacia la puerta, tras la cual sabía que estaban Almeida y sus escoltas.

—Gracias, cielo —contestó con media sonrisa.

Nerea no era tonta y sabía que eso no había hecho más que empezar. Aún faltaba eliminar a los hombres de más confianza del pederasta y, por tanto, los mejor preparados, quienes seguro habían oído las detonaciones.

—¿Están ahí? —preguntó al policía.

—Sí —afirmó Rubén— y seguro que se han enterado de lo sucedido. Dame un arma y te ayudaré.

Ella lo miró preocupada. Quería que saliera de allí y ocuparse de aquellos hombres sin estar pendiente de él, pero no iba a ser posible.

—No, Rubén. Prefiero que te ocultes tras los coches y me cubras sólo en caso de necesidad. No quiero que delates tu posición a menos que sea necesario.

Rubén iba a replicar justo en el momento en que la puerta comenzó a abrirse. Nerea se sacó la escopeta del cuerpo y se la entregó indicándole que se resguardara mientras comenzaba el tiroteo.

No eran cuatro guardias los que había allí dentro, eran otros siete, armados hasta los dientes.

Nerea miró hacia el hombre que acababa de rescatar para comprobar que ya había llegado donde necesitaba que estuviera.

Él alzó el pulgar para confirmar que estaba a salvo.

—Cúbreme —articuló con los labios, guiñándole un ojo.

Rubén asintió, cogiendo el arma, pero un escalofrío le recorrió la espalda. Eran demasiados hombres y ellos tenían pocas armas. Estuvo tentado de disparar, pero ella tenía un plan y debía seguirlo si querían salir vivos de allí.

Nerea empuñó una pistola en cada mano y comenzó a disparar contra la horda de matones que tenía frente a ella.

El fuego cruzado era duro. Tenía que resistir. Las balas iban a terminarse pronto, pero sabía lo que tenía que hacer.

Sin dejar de apretar los gatillos, se dirigió con habilidad tras el sofá en el que habían estado jugando antes a la consola y se resguardó mientras recogía las armas de aquellos tipos que había liquidado hacía unos minutos.

Otra ráfaga de disparos cayó sobre ella y uno de ellos alcanzó un equipo de sonido que había cerca de donde se encontraba.

La música comenzó a sonar y lo invadió todo.

—No puede ser... —susurró Nerea al oír la canción *La nube*, de Sôber, uno de sus grupos madrileños preferidos.

Rubén no podía creer lo que veía al otro lado. Nerea estaba resguardada tras el sofá, cantando el tema que sonaba por sorpresa. Era digno de ver cómo la estaban friendo a tiros y ella parecía tan tranquila, siguiendo el compás de la batería con una pierna y cantando como el día que la vio entonar en su coche a Metallica, dejándolo totalmente K.O.

De nuevo, como si a cámara lenta se lo pasaran en la tele de casa, vio cómo la mujer, *su* mujer, cargaba las armas subiendo y bajando la cabeza al ritmo del rock, se giraba para asomarse por un lateral, se ponía de rodillas y disparaba con ambas pistolas, se cubría unos segundos y volvía a disparar... hasta que cuatro de aquellos tipos cayeron fulminados.

Con el campo más despejado, se acuclilló y, mientras cantaba el final de la canción, se cargaba a otros dos más. Sólo quedaba uno, que ellos hubiesen visto.

Durante el silencio que siguió a la música, todo permaneció quieto, en calma, como si nadie tuviese armas, pero la realidad era otra muy diferente. Otros tres sujetos más estaban frente a ella, y la sombra de otro se adivinaba tras la puerta: Almeida.

Arrepentido, otro de los temas de Sôber, comenzó a sonar.

Rubén lo conocía y, sin poder evitarlo, se sintió como el título de la canción, arrepentido de no haber dado antes una oportunidad a aquella valiente mujer que lo estaba salvando de una muerte segura. Ella podría haber huido sin mirar atrás, pero allí estaba, comprometiendo su vida.

Mientras el hombre se maldecía por haber sido tan necio, Nerea seguía disparando y cubriéndose con lo que podía, intentando encontrar la forma de salir vivos de allí. Ya casi no tenía balas y, llegar hasta las otras armas que habían dejado dos de los delincuentes unos metros a la derecha de su posición, era un riesgo que no estaba segura de si debía correr.

—Rubén, mírame —susurró al aire, en medio del estruendo, sabiendo que no podía oírla, con un ojo puesto en él y el otro en las tres balas que quedaban en la recámara de aquellas armas. Cuando se le acabasen, sólo le quedaría un cargador.

El policía reaccionó cuando la vio tirar al suelo las pistolas que llevaba en las manos por segunda vez y coger la que le quedaba en la cartuchera del pecho, deshaciéndose del cinturón elástico de donde la había sacado tras amartillarla. Estaban perdidos.

—Espera a disparar. No delates tu posición —le gritó, devolviendo un par de disparos que acertaron en uno de los atacantes. Después se volvió a parapetar tras el sofá. Lo miró—. Saldremos de aquí. Te lo prometo, inspector —lo animó con una sonrisa arrebatadora—. Siempre lo consigo.

Era cierto que siempre lo había conseguido, pero... sola.

En otra de las ráfagas de disparos, cayó uno de los atacantes y, con unas cinco balas en la recámara, Nerea salió a por el último.

En cuanto sintió el pitido en los oídos y la quemazón en el brazo, supo que la habían alcanzado.

El dolor era intenso, pero soportable.

Con un vistazo rápido, comprobó que sólo la había rozado, así que, con furia, fue a por el tipo que se ocultaba tras la mesa de póquer y, sin pensar, le pegó dos tiros, uno en el pecho y otro, para rematarlo, en la cabeza.

—Me encantaba esta cazadora, ¡capullo! —murmuró tirando el arma ya vacía que llevaba en las manos. Cogió la del hombre.

Se incorporó, comprobando las balas que quedaban en el cargador, para dirigirse a Rubén y avisarlo de que debían salir de inmediato... cuando un

disparo la dejó blanca como la cera. A ella no le habían dado, por tanto...

Salió corriendo en dirección a los coches aparcados donde estaba Rubén y el corazón se la paró de golpe. Había sangre, mucha, y Rubén...

—Te dije lo que quería, Lady Shadow, y lo que pasaría si no lo traías. ¿Acaso creías que lo iba a perdonar?

A Nerea los ojos se le llenaron de lágrimas de rabia. ¡Casi estaban fuera! Aquel criminal había disparado a Rubén.

—¡Eres el mayor cabrón que he conocido en la vida! —le gritó con todo el dolor que la imagen le provocaba—. ¡Te mataré! —lo amenazó, apuntándolo con el arma, con una seguridad que daba miedo, mientras que la de Almeida no se apartaba de la sien de Rubén.

—Nerea, no... —intentó hablar el policía, pero Almeida lo cortó propinándole un golpe con la culata del arma en la cabeza.

—Cállate o te mato —lo amenazó después de atizarle.

Rubén calló, pero no porque se lo pidiera aquella escoria, sino porque era la única forma de mantenerse con vida. Sólo quería decirle a Nerea que no estaba tan malherido como aquel delincuente quería hacerle creer a ella. La sangre que manchaba su cuerpo era de unos de los tipos a los que ella había matado, pues el disparo de Almeida no lo había alcanzado.

—Tienes un día para traerme uno de los dos cuadros que me debes. El poli y yo te esperaremos aquí mismo... si es que sobrevive.

Era increíble la insistencia de aquel tipo.

¿Cómo podía ser tan codicioso? Si pensaba que se iba a marchar y dejar a Rubén allí, en ese momento en que estaban tan cerca de escapar, y encima malherido, es que no la conocía como creía.

O morían o vivían, pero ya no había marcha atrás.

—Y suelta el arma ahora mismo —le ordenó, apretando la que apuntaba contra el rehén al que ella amaba.

Nerea obedeció.

Ésa era la única opción por el momento, más tarde pensaría en algo.

Se agachó con cuidado, sin quitar ojo a Rubén. Dejó la pistola en el suelo, para después empujarla con suavidad, haciendo que se deslizase hasta los hombres.

Rubén sabía que lo estaba mirando. Con mucho cuidado de que aquel asesino no se diera cuenta, señaló un punto en el suelo, cerca de donde ella estaba.

La mujer captó la señal del policía.

Con disimulo, miró a su izquierda.

La escopeta que le había dado a Rubén instantes antes estaba junto a ella. ¡Sólo tenía que alargar un poco la mano y se haría con el arma!

Pero, si lo hacía, Almeida liquidaría a Rubén.

El policía la miró a los ojos y vio su indecisión en ellos.

Sabedor de que a aquellas alturas lo más probable era que alguno de los dos no sobreviviría, esbozó una sonrisa.

«Vive por mí. Te quiero», articuló sin voz, y, sin pensarlo más, se abalanzó sobre el tipo que lo retenía, intentando dar una oportunidad a la mujer que amaba.

Nerea gritó su nombre, procurando frenarlo, pero no lo consiguió. Un disparo se oyó entre los cuerpos de aquellos hombres y ambos cayeron al suelo.

—¡Rubén! ¡¡¡¡Rubén!!! —gritó desesperada. Cogió la escopeta y se acercó a los cuerpos, apuntando al pederasta.

Viendo que no se movía ninguno de los dos, Nerea dejó el arma en el suelo, junto a la pistola que le había lanzado con anterioridad al delincuente dejándola desarmada, y se tiró sobre el policía.

Cuando lo vio mover un brazo, en un intento por zafarse del cuerpo de Almeida, que le había caído encima, se abalanzó sobre él para ayudarlo.

—Dios mío —susurró más asustada que en toda su vida—. ¿Estás bien, Rubén?

El inspector se incorporó con energía, sin apartar los ojos de la mirada

azul y la barbilla temblorosa de la mujer que había arriesgado su vida para salvarlo.

—¿Bien? —preguntó, con una sonrisa traviesa, observando a su alrededor con una pasada rápida. Miró su torso desnudo, lleno de sangre pero entero gracias a aquella chica tan valiente y, finalmente, la contempló a ella, a su ladrona—. Me has salvado la vida, cariño; estoy mejor que bien.

Nerea esbozó una tímida sonrisa, dejándose caer sobre las rodillas. Nunca había tenido que rescatar a nadie y al parecer, teniendo en cuenta que era la primera vez, no había salido tan mal.

Almeida la había engañado. No estaba herido.

Rubén acarició el mentón de su ladrona con una mano y, con ternura, metió un mechón de pelo negro tras la oreja con la otra.

—Eres preciosa, Lady Shadow, pero Nerea lo es más.

La mujer amplió su sonrisa antes de que Rubén devorase sus labios, dejando allí un beso que prometía más.

Ella se dejó hacer, sintiendo el fuego que tenía dentro, que le hacía suspirar. Lo quería y ya no había vuelta atrás.

Gracias a un sexto sentido, al destino o al milagro que había rezado recibir ese día, Nerea vio por el rabillo del ojo un movimiento junto a ellos.

No lo pensó. Apartó a Rubén a un lado con todas sus fuerzas, mientras con la otra mano empuñaba la pistola que sabía que tenía a sus pies.

Disparó.

Almeida no estaba muerto, sólo herido, y apuntaba directamente al corazón de su policía cuando ella le metió un par de balas en la frente y una última en el pecho.

—Te dije que te mataría, ¡capullo! —gritó con rabia al cuerpo ya sin vida del pederasta.

Sin perder tiempo, se giró en busca de Rubén.

Allí estaba... vivo; un poco asustado, pero entero.

El tiempo era oro, allí tenían la prueba, así que, sin más, se acercó a él y lo

besó.

Rubén reaccionó a las atenciones de la chica y, sin pararse a pensar mucho en lo que podría haber sucedido, la besó como si le fuese la vida en ello, con toda la pasión que había retenido por sus absurdas convicciones y debates sobre el honor policial, su carrera y demás diatribas mentales.

Nerea sentía cómo el único hombre por el que había perdido el norte la abrazaba y la acariciaba bajo la cazadora de cuero, mientras le devoraba la boca. Era tan sensual que incluso allí, rodeados de sangre, muertos y destrucción, se sentía la mujer más querida del mundo, como si nada de lo que acababa de hacer hubiese sido real.

El sonido de un helicóptero comenzó a percibirse en la lejanía.

Nerea se apartó de Rubén, interrumpiendo el beso, y se concentró en los sonidos de la noche.

Él la observó curioso. Ella era increíble en acción y había descubierto que le apasionaba verla trabajar.

—Debe de ser Fernando —anunció mirándolo de nuevo—. Lo avisé por WhatsApp de nuestra posición antes de empezar el *show*.

Rubén esbozó media sonrisa. No era buena, ¡era la mejor! Le encantaría tener compañeros con las habilidades que ella tenía. Era espectacular.

Nerea sabía que lo que iba a decir no le iba a gustar, pero así debía ser.

—Me tengo que ir.

El hombre palideció un segundo después de oír esa frase. Arrugó el ceño, enfadado.

—¿Por qué? No tienes que irte, me has salvado. No habrá cargos.

Nerea sonrió divertida. ¡Estaba loco! Con calma, le acarició la cara. Debía explicárselo rapidito y bien, porque sólo tenía unos minutos.

—Cariño, escúchame. Tengo que desaparecer. Nadie puede verme aquí, ni saber que he estado. Cuando todo se calme y sea seguro, te llamaré y te diré dónde estoy, ¿de acuerdo? Hasta entonces, no debo existir.

Él sabía que tenía razón, pero no quería separarse de ella.

—No, Nerea. Me has rescatado, me has salvado... —insistió sin argumentos.

—Rubén, ¿me quieres decir cómo vas a explicar que una coleccionista y marchante de arte ha organizado toda esta sangría? —El hombre se dispuso a protestar, pero Nerea, tapándole los labios con un dedo mientras le acariciaba el pelo con la otra mano, no lo dejó—. Te quiero, inspector Márquez, y no voy a desaparecer de tu vida, confía en mí.

Sin permitirle reaccionar ni protestar, dejó un fogoso beso en sus labios, haciendo que ambos temblaran por la sensación que experimentaron.

Lo miró un instante tras apartarse y salió corriendo en dirección a una de las ventanas rotas en mitad de la nave. Debía recoger su rifle, llegar a la moto y salir pitando de allí.

Ya estaba al otro lado del muro cuando oyó un silbido.

Se giró para mirar al hombre al que amaba y leyó sus labios.

«Te quiero, preciosa», dijo mientras guiñaba un ojo.

Nerea sonrió como una quinceañera ante el chico que le hacía sentir mariposas en el estómago, justo lo que no tuvo en su adolescencia.

Tirando un beso al aire en dirección al morenazo de ojos verdes, corrió campo a través con una nueva sensación.

Era más feliz de lo que nunca había sido en su vida.

Epílogo

Rubén caminaba nervioso por la Gran Vía de Madrid.

Hacía casi un mes que esperaba que llegase el momento que estaba a punto de suceder y sentía como si no pudiese respirar.

Después de que Nerea desapareciera como la sombra que era, la noche en que casi los matan a los dos, tuvo que dar largas explicaciones durante muchos días porque nadie se creía que él solo, sin ayuda, y habiendo estado maniatado a una silla, hubiese conseguido matar a tal cantidad de hombres y sobrevivir con tan sólo unos rasguños.

Fernando lo ayudó todo lo que pudo, pero estaba tan alucinado por lo que había visto que muchas veces se quedaba sin argumentos para poder ocultar a Nerea.

El colofón fue cuando, por medio de un mensajero, llegó a comisaría, a nombre de Rubén, un paquete con un disco duro.

En cuanto el policía leyó la nota y sonrió, Fernando supo que aquello lo firmaba su chica o, lo que era lo mismo, la mejor ladrona de todos los tiempos hasta el momento: Lady Shadow.

Era, nada más y nada menos, que toda la información sobre blanqueo, compraventa de productos ilegales, contrabando de droga, de obras de arte y de medicamentos fraudulentos y más, que aquel indeseable de Almeida había realizado a lo largo de su vida...

Aquel tipo estaba muerto, pero tenía muchos cómplices y aliados a los que echar el guante con aquella información tan difícil de conseguir, por no decir imposible.

Hacía tiempo que se sentía orgulloso de la mujer que le quitaba el sueño, pero en ese momento lo estuvo todavía más.

Toda la policía nacional lo felicitó por haber conseguido una información tan valiosa, incluso la Interpol, y le propusieron un ascenso dentro del cuerpo que Rubén decidió meditar.

Le apasionaba ser policía y le ofrecían dirigir una unidad especial dedicada al contrabando de arte, cosa que le encantó, ya que su chica le podría enseñar muchas cosas al respecto, pero eso implicaría que su nombre ocuparía la mayor parte de los informes que llenarían su mesa.

Aunque sus superiores se negaron a ello en un principio, finalmente le concedieron sus ansiadas vacaciones. No recordaba siquiera la última vez que había disfrutado de unas, y pensaba dedicar éstas a darle vueltas a ese asunto. Cuando regresara, decidiría qué hacer con su vida.

Frente a la puerta del hotel Room Mate Óscar, se obligó a dejar de pensar y disfrutar.

Estaba deseando subir a la *suite* que aquella tarjeta negra con letras moradas y firmada con las iniciales L. S. que sostenía entre las manos le indicaba.

Ni un segundo dudó acerca de quién se trataba y ni un segundo dudó en acudir de inmediato a su encuentro.

Nerea estaba muy nerviosa.

Llevaba un mes sin ver a Rubén... Bueno, realmente sin que él la viese a ella, porque, como buena sombra que era, lo había observado desde su moto en alguna ocasión, conteniendo las ganas de llamarlo, tocarlo, besarlo... pero sabía que era preciso que el tiempo hiciese que las cosas se tranquilizaran, que dejaran de vigilarlo sus propios compañeros y que todo regresara a una normalidad en la que poder reencontrarse.

Para la ocasión había elegido un vestido negro, corto y ligero, que simulaba ser un camisón, pero que resaltaba su figura como estaba segura de que a él le gustaría.

El pelo, suelto, maquillaje suave y unos tacones altos y elegantes completaban su *look*.

Había pedido champán y diferentes tipos de bombones y chocolates al servicio de habitaciones.

Estaba contenta. No sólo por verlo, también porque ya no tendría que robar nunca más.

Había conseguido su propósito quitándole a aquel indeseable los cincuenta millones de euros que había previsto y, a partir de entonces, podría dedicarse a su pasión, el arte, y ser una coleccionista legal.

Eso implicaba disfrutar de Rubén sin que él arriesgara su trabajo y sin que nunca tuviera que contar su secreto.

Cuando Nerea oyó el sonido de unos nudillos tocando en la madera de la puerta con suavidad, un calor le arrasó la piel de arriba abajo.

Sabía quién estaba tras ella y, por supuesto, sólo ese hombre podía provocar que su cuerpo ardiese sin tocarla.

Se acercó inquieta y, sacando el aire de los pulmones, abrió.

Rubén se quedó sin habla cuando vio a su ladrona más guapa que nunca con aquel vestido tan sexy sólo para él. Estaba muy hermosa y él tenía un único deseo: besarla y hacerle el amor toda la noche.

El problema era que no estaba seguro de para qué lo había citado exactamente, así que decidió contenerse unos minutos y ver qué sucedida.

—Hola, preciosa —saludó dando un paso hacia delante para entrar, pero sin avasallar.

Nerea lo dejó pasar y, percibiendo que él estaba alerta y dubitativo, cerró los ojos, rogando que no se hubiese cansado de esperar a que llegara ese momento.

Caminó tras él, espiando su reacción cuando viese lo que había preparado

en la habitación.

Rubén supo que ella lo quería en el mismo instante en que vio cómo el azul de sus ojos chispeaba al verlo nada más abrir la puerta. Aquella habitación con bañera en el dormitorio, luz tenue, música lenta y champán con chocolates ya no le dejaba duda alguna.

Se giró buscándola. Sabía que estaba detrás de él.

—¿Ahora vives aquí? —preguntó sacándose la cazadora para intentar destensar los nervios.

—Cuando es necesario —contestó recogiendo la prenda de sus manos y depositándola sobre una silla de la mesa de trabajo.

—Es espectacular —afirmó mirando por el ventanal y fijando la vista en la bañera, un objeto que provocó que su mente volara a recuerdos en su casa que, aunque duros y desagradables, hicieron que se vieran como pareja.

—Me gusta mucho —contestó Nerea, mordiéndose el labio inferior, intuyendo lo que él estaba recordando. ¿Qué les pasaba?

Rubén asintió, observándola con detenimiento, y supo que lo estaba pasando muy mal.

Ella no era como las otras mujeres que había conocido. Nerea no sabía atacar a un hombre que le interesase porque simplemente no había querido hacerlo nunca. En ese momento, cuando lo tenía delante, estaba bloqueada. Toda la valentía y la decisión que desprendía en su trabajo clandestino desaparecían cuando se trataba de relaciones personales e íntimas con el sexo opuesto.

—Estás muy guapa, Nerea, y muy sexy con ese vestido.

La chica sonrió con timidez, se acercó al equipo de música, buscó una canción y cogió un par de copas de la mesa. *Jupiter love*, de Trey Songz, comenzó a sonar.

—Tú también estás muy sexy, inspector —confesó observando sus vaqueros bien ajustados a sus formas, la cintura estrecha que escondía unos oblicuos perfectos, la camisa que ocultaba unos abdominales insuperables y,

lo más importante, el corazón que casi deja de latir por culpa de aquel indeseable al que mató sin ningún remordimiento.

Nerea se acercó a él con la copa, se la ofreció y, a continuación, dio un sorbo a la suya.

Cerró los ojos ante el sabor que tanto le gustaba. Estaba delicioso.

Rubén observó el gesto de la chica y, sin poder remediarlo, se acercó hasta ella, dejó el champán, le quitó el que tenía en la mano y la besó.

La besó como llevaba un mes pensando, soñando y anhelando. La necesitaba, la echaba de menos y no iba a dejar que se marchara nunca más.

Devoró su boca con deleite, cogiéndola de la cintura y acercándola a él. La necesitaba, la deseaba y esperaba que fuese recíproco.

—Espera —le rogó con la respiración entrecortada—. Yo necesito...

Pero Rubén no la dejó seguir, de nuevo atacó su boca y Nerea, incapaz de negarse, lo besó con pasión durante un par de minutos, hasta que notó cómo él bajaba la mano con suavidad por su espalda, buscando su cuerpo. De nuevo se apartó.

—Espera, Rubén —insistió.

Él cedió de inmediato, aunque desconcertado. Le había costado mucho aguardar todo ese tiempo y estaba seguro de que a ella también.

—Necesito decirte que ya no seré nunca más Lady Shadow. La tarjeta que te he enviado con la cita es la última que verás con esas iniciales. A partir de hoy sólo soy Nerea García, coleccionista y marchante de arte... Nunca más tendrás que decidir qué hacer en tu trabajo respecto a mí, porque seré una persona normal, con un trabajo normal y obligaciones normales.

Rubén se sintió orgulloso de ella por haber tomado esa decisión. Era una grandísima noticia, pero, por otro lado, sintió la tristeza de no verla más hacer aquello que tanto morbo había provocado en él.

Un pensamiento pasó fugaz por su mente y, sin sopesarlo siquiera, se lanzó a la piscina.

—Hoy me han ofrecido dirigir un departamento sobre arte. Sería una

unidad internacional para investigar robos... y he pensado que quizá te gustaría participar. Creo que se te daría bien, ¿verdad? —Sonrió asentando la idea, imaginando cómo sería—. ¿Quieres trabajar conmigo, Nerea?

La chica se quedó helada al oír aquella propuesta.

¡Era fantástico que ascendieran a Rubén! Y que el departamento fuera sobre robos de arte, una graciosa casualidad, pero... de ahí a proponerle trabajar juntos...

—Estás loco —susurró negando con la cabeza—. Yo no soy policía, ¡soy ladrona!

—Piénsalo —insistió Rubén, cada vez más seguro—; no tienes que contestar ahora y no hace falta que seas del cuerpo, puedes colaborar sin serlo.

Nerea lo miró, sonriendo ante tal descabellada idea.

Sin querer oír nada más al respecto, lo besó, sabedora de que, en cuanto se centrara en ella, su cabeza dejaría de pensar barbaridades y olvidaría ese tema, aunque para ser sincera debía reconocer que le había encantado la idea, aun siendo lo más surrealista que le habían propuesto jamás.

Sin querer plantearse más el futuro, decidió aprovechar el presente. Era especialista en ello, porque en su vida nunca había sabido si habría un mañana, un mes que viene o un próximo año y, de repente, después de tanto tiempo soñando con ello, había llegado el momento.

Se apartó un poco de Rubén, rompiendo el beso sólo por el placer de mirarlo.

Estaba guapísimo con aquella camisa blanca entallada y sus profundos ojos verdes clavados en ella. Estaba cansado, Nerea lo supo en cuanto le vio al abrir la puerta, y las sombras bajo sus ojos no hacían más que corroborarlo. Las acarició con los dedos con suavidad, sintiéndose un poco culpable.

—Siento no haberte llamado antes, pero tus propios compañeros te vigilaban y yo...

Rubén selló sus labios con un dedo, acarició la rosada mejilla con

delicadeza y negó con la cabeza.

—Después —dijo con voz profunda.

Sin más explicaciones y con una mirada tan intensa que hizo que a Nerea le temblara todo el cuerpo, acercó la boca hasta sus labios y la besó tan dulce y a la vez tan sensual que ella creyó que explotaría.

Aquel policía era tan sexy que hacía que nunca tuviese suficiente cuando estaba con él.

Continuó con el beso mientras la música de fondo hablaba de hacer el amor y ella se dejaba hacer.

Sentía sus manos quemándole la piel a través de la tela, acariciándole la espalda con una y apretando la cadera con la otra.

El beso se hizo más duro y exigente con las caricias. Nerea sólo pudo acercar su cuerpo al de él, impaciente.

Rubén sabía lo que necesitaba y, sin demora, la subió al respaldo del gran sofá, que tenía la curiosa forma de un diván de terciopelo y se extendía hasta formar parte del cabecero de la majestuosa cama.

La tumbó sobre la suave superficie, dejando su bella anatomía a su disposición. Estaba preciosa y aquel vestido tan ligero como una pluma hacía que lo notara todo a través de la tela.

Sin apartar la vista de sus ojos, fue pasando sus grandes manos suavemente por las caderas, los costados, los brazos, el cuello, hasta llegar a su boca y echarse sobre ella para volver a besarla después de acariciar sus labios con el pulgar.

Nerea gimió al notar la erección en el sitio que debía, haciendo que Rubén se apretara contra ella, lo que provocó que abriese más las piernas.

Lo necesitaba en su interior con urgencia, pero él no parecía tener ninguna prisa.

—Rubén —susurró en sus labios, haciendo que la mirase.

—Espacio —pidió intentando ir poco a poco, aunque no estaba muy seguro de aguantar todo lo que tenía pensado antes de entrar en aquella

habitación.

Nerea tampoco tenía prisa. Ya no la tendría nunca más con él, pero, en ese instante, después de todo lo que habían pasado y esperado...

—Después —contestó emulándolo, para luego coger la hebilla del pantalón vaquero que tan bien le quedaba, desabrochar el cinturón, la cremallera y el botón.

El policía sonrió travieso y, sin esperar a que ella consiguiera su objetivo, metió las manos por debajo del vestido y se las pasó por la piel, sin demorarse, por las piernas, caderas y costados, poniéndole la piel de gallina, hasta llegar a sus pechos y acariciar los pezones sin apartar la mirada.

Nerea sintió tal placer que se olvidó hasta de su nombre.

Él lo sabía, la conocía, así que, satisfecho con lo que había conseguido, sacó las manos y tiró de la prenda para quitársela, seguida del tanga de encaje negro y los zapatos.

Se desprendió veloz de toda su ropa, se puso un preservativo y colocó las piernas de ella para facilitarse el acceso a su interior.

Estaba preparada para él, lo sabía, pero, aun así, acercó una mano a la entrepierna y acarició su clítoris, provocando que se arqueara mientras él se acercaba a sus pechos, los chupaba y después los soplabá lentamente, concediéndole el máximo placer.

Las respiraciones de ambos eran entrecortadas, el placer aumentaba.

Ante la erección que tenía, penetró a Nerea.

Ésta se arqueó de nuevo, gimió al sentirlo por fin dentro y empujó para que entrase más profundo.

Con la fuerza justa, Rubén embistió como ella quería. Nerea pensó que nunca, con ningún otro hombre, conseguiría lo que él le hacía sentir.

Siguiendo el ritmo que marcaba, se balanceó una y otra vez hasta que un calor la abrasó por completo, sintiendo un orgasmo demoledor, mientras él, al notar cómo lo succionaba el interior de la mujer, se dejó ir, sintiéndolo también.

Después de unos segundos sobre ella para recuperar el aliento, Rubén se incorporó, deseando mirar esos ojos azules que lo hacían tan feliz.

Lo que encontró fue deseo, pasión, respeto, comprensión y... amor.

—Te quiero, Nerea —confesó todavía dentro de ella, mientras tiraba de los brazos de la chica para que se incorporase y se acoplara todavía más a él—. Nunca pensé que diría estas palabras, pero lo has conseguido... como buena ladrona que eres, me has robado lo que ninguna antes había logrado..., mi corazón.

Nerea cogió aire, muy nerviosa.

No sabía cómo ni cuándo se había enamorado de él. Quizá fue en el mismo instante en el que lo miró cuando apareció en su casa aquella mañana ya lejana, o justo antes de que le hiciera el amor por primera vez... pero ya daba igual. Un policía había logrado que se enamorase y, lo más importante, que dejase atrás esa vida tan solitaria que había empezado a ser una losa.

Coqueta y sensual, levantó sus manos ante él, colocó las muñecas una pegada a la otra, como hizo en otra ocasión, y lo miró con intensidad.

—Deténgame, inspector. He sido muy mala.

A Rubén le pasaron por la mente todas las imágenes de lo mala que había sido, los delitos que había cometido con él y cómo ella había sido valiente, resolutiva y le había salvado la vida.

Con el morbo que le provocaba recordarla empuñando un arma, disparando e incluso cantando sentada en el suelo en aquel tiroteo infernal, con su traje de cuero negro ajustado mientras le guiñaba un ojo y sonreía, su erección se volvió a activar, provocando que Nerea jadeara cerrando los ojos y él quisiera hacerle el amor sin descanso.

—Queda detenida junto a mí durante el resto de su vida, señorita.

Agradecimientos

Esta novela ha caminado mucho desde 2014, cuando fue editada por primera vez, y por fin ha vuelto a salir a la luz para todas aquellas personas que me han pedido la reedición de la historia de mi ladrona.

Espero que os guste y la disfrutéis tanto como yo lo hice escribiéndola.

Han pasado aún más años desde que la escribí. En este tiempo han cambiado muchas cosas. Todos evolucionamos, avanzamos y aprendemos. Por ello estos agradecimientos son para las personas que están cada día conmigo, las que me han acompañado en este largo camino que emprendí allá por 2009, y, sobre todo, para las que compartimos la vida más allá del mundo literario. Nos queremos. Nos importamos.

Os amo.

Hago algunas menciones especiales, aunque podría añadir muchas más...

A Daniel. Mi vida. Te amo.

A Luis, mi marido y compañero desde hace tanto que casi todos mis recuerdos importantes están ligados a él. Gracias por apoyarme en esta locura, ayudarme siempre que puedes y, especialmente, por quererme. Sin ti no sería capaz de escribir estas historias, porque la nuestra es la primera. Te amo.

A mis padres, Luis y Tere, por no decirme nunca no a lo que he querido hacer. Dicen que los sueños empiezan con un sí, y yo siempre he podido soñar. Os quiero.

A mi hermano, David, por no chivarse muchas noches de que estaba leyendo en la cama. ¡Mira al final la que he liado! Te quiero.

A Elena, Soraya y Merche. No hay palabras para agradeceros tanto... Aquí seguimos juntas. No hay más que decir. Os quiero.

A Arantxa. Más de media vida juntas y aquí estamos, la una para la otra. Te quiero.

Al resto de mi familia y amigos, por apoyarme e ilusionarse tanto o más que yo con mis proyectos. Sin vosotros todo esto no sería posible.

A todos los lectores que hayan llegado hasta aquí, gracias por dar una oportunidad a la novela. Sin vosotros, los libros no son nada.

Biografía



Mar Vaquerizo es una escritora madrileña que, tras sufrir un accidente doméstico en 2008, comenzó a tomarse en serio su hobby: escribir. Aquella dolorosa y prolongada baja derivó en varias obras aún inéditas, como *El guardián de tormentas* y *Más de ti*.

Tras ellas llegaron pequeñas colaboraciones, como relatos en diferentes antologías, revistas y concursos, hasta que en mayo de 2014 publicó la primera edición de *Lady Shadow* para una pequeña editorial y quedó finalista en la categoría de suspense romántico en la web RNR.

Además es autora de *Mi vida en tus manos*, *Todo lo que desees*, obra que recibió el premio Dama 2015 a la mejor novela de suspense de Club Romántica, *Mil luciérnagas en el jardín*, *Encontrarte* y *Tenía que ser él*.

Actualmente sigue sumergida en nuevos proyectos, aprendiendo y buscando ideas para crear historias que contaros.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.facebook.com/marvaquerizoescritora,
www.instagram.com/marvaquerizo y www.twitter.com/MarVaquerizo

Referencias de las canciones

Too hot, Copyright: © © Dance Wizards Records, interpretada por Lisa Stansfield y Kool & The Gang. (N. de la e.)

Take back the night, 2013 © RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Justin Timberlake. (N. de la e.)

Eyesdown, Copyright: © Ninja Tune, interpretada por Bonobo. (N. de la e.)

Unforgiven II, © © 1997 Metallica, interpretado por Metallica. (N. de la e.)

Last time, Copyright: © © 2007 Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States, interpretada por Trey Songz. (N. de la e.)

Welcome to the jungle, Copyright: © 1987 UMG Recordings, Inc. © 1987 The David Geffen Company, interpretada por Guns N' Roses. (N. de la e.)

Fistful of tears, Copyright: © 2009 Sony Music Entertainment, interpretada por Maxwell. (N. de la e.)

Deuces, Copyright: © 2010 JIVE Records, a unit of Sony Music Entertainment, interpretada por Chris Brown, Drake, Kanye West y André 3000. (N. de la e.)

Say when, Copyright: © 2003 The Fray LLC/(P) 2005 Epic Records, a division of Sony Music Entertainment/(P) 2006 Epic Records, a division of Sony Music Entertainment/© 2009 Epic Records, a division of Sony Music Entertainment/© 2012 Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por The Fray. (N. de la e.)

La nube, Copyright: © © 2004 Universal Music Spain, S.L., interpretada por

Sôber. (*N. de la e.*)

Arrepentido, Copyright: © © 2014 Warner Music Spain, S.L., interpretada por Sôber. (*N. de la e.*)

Jupiter love, Copyright: © © 2009 Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States, interpretada por Trey Songz. (*N. de la e.*)

Lady Shadow
Mar Vaquerizo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Mar Vaquerizo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20229-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

